

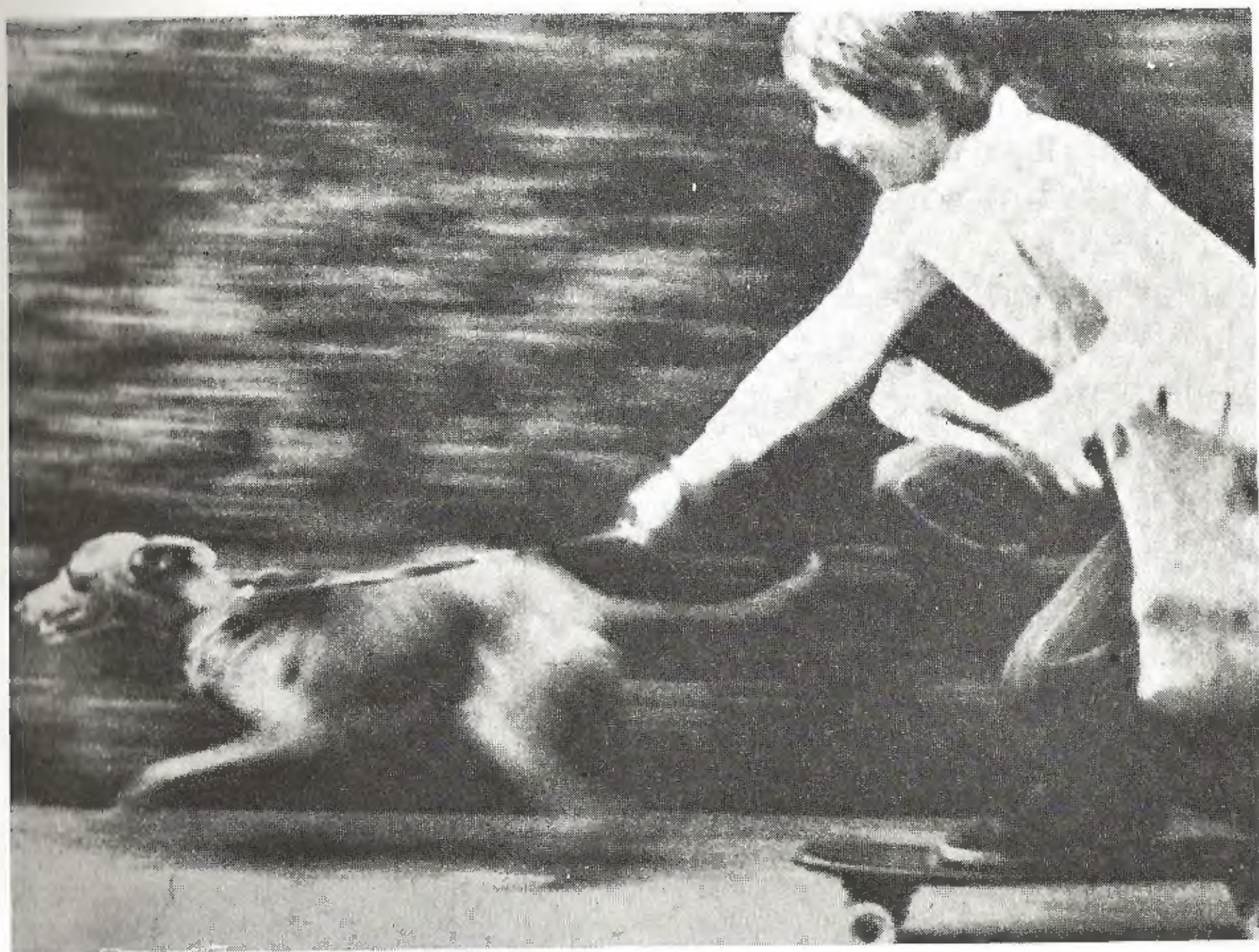


jorge mora

***Manifiesto a favor
de los animales***

MANIFIESTO A FAVOR
DE LOS ANIMALES





JORGE MORA

MANIFIESTO A FAVOR DE LOS ANIMALES



EDICIONES DE NUEVO ARTE

thor

Edita Ediciones de Nuevo Arte Thor
C/ Vallirana 69, Barcelona-6.
Reg. Emp. Edit. 1449-75.

ISBN: 84-7327-127-4
Depósito Legal: 22289-79

Impreso en España. Printed in Spain.

Impreso por Planograf, Aurora 9, Barcelona.

C - Ediciones de Nuevo Arte Thor

PROLOGO

Quiero exponer en esta obra algunos puntos que definan y teoricen en forma un poco extensa lo que es y representa el amor verdadero a los animales.

Debo, ante todo, decir que me considero discípulo de Ricardo Wagner quien, principalmente en los últimos años de su vida, comprendió de forma perfecta lo que representa el amor a los animales y esbozó, aunque no muy definidamente, unos principios que ahora amplío.

En su época la humanidad atravesaba problemas muy graves y había gran cantidad de gente viviendo miserablemente. El luchó por la mejora de las condiciones sociales y por la implantación de una verdadera justicia social, pero, sin olvidar este aspecto, profundizó también en el amor a los animales. Si en su época hubiese dicho textualmente lo que ahora expongo yo en esta obra, hubiese sido tildado de excéntrico, como de hecho lo seré yo, pero estoy convencido de que dentro de cien o quizás mil años, la humanidad deberá seguir estos principios, incluso quizás más perfeccionados todavía.

Son muchas las obras, cartas, escritos, etc. de Wagner en los cuales se percibe su postura con respecto a los animales, pero fundamentalmente sus principales opiniones se contienen en sus escritos póstumos agrupados bajo el título de "Religión y Arte" y en una extensa carta abierta que fue publicada para combatir la extendida práctica de la vivisección. El texto de esta carta figura completa en el apéndice de esta obra, así como también incluimos por su extraordinaria belleza y profunda verdad, la obra de Mark Twain "Memorias de una perra" cuyo lenguaje poético es mil veces más elocuente que todas las páginas de este libro.

Creo importante difundir las ideas de Wagner por cuanto estoy convencido de que amando a los animales se ama también a los semejantes. No hemos de caer sin embargo en el error de convertir este amor a los animales en una especie de afeminamiento del hombre y en un pánico a la sangre. El evitar el derramamiento de sangre animal o humana debe ser para todos el mayor objetivo a alcanzar, pero no debemos olvidar tampoco que, como los Caballeros Templarios que prohibían el mal trato a los animales y predicaban el amor y la paz, sabiendo defenderse y luchar por sus principios, tampoco nosotros debemos dejarnos devorar por un animal —o en sentido simbólico por los hombres— a causa de nuestro sentimiento de amor a las especies inferiores y de nuestra sensibilidad ante el dolor ajeno.

Prediquemos el amor y la piedad, respetemos a los demás, pero no olvidemos que no nos debemos dejar avasallar y ser como nuevos cuáqueros víctimas de los que, sin pensar como nosotros, encuentran en el derramamiento de sangre placer y satisfacción. El amor y la piedad deben ir dirigidos en principio a toda la Humanidad y a todas las especies; si se nos insulta u ofende debemos ofrecer, como decía Cristo, la otra mejilla. Pero si nuestro enemigo la golpea también, tengamos presente que el Evangelio no sigue más allá. Hemos dado pruebas de buena voluntad, pero si nuestros enemigos persisten en su postura, debemos defender nuestros principios enérgicamente. Wagner cita el caso de un laboratorio de vivisección que fue asaltado por unos amantes de los animales y apaleado el guardián que los custodiaba. Esta violencia puede parecer un contrasentido con los objetivos perseguidos, pero

no lo es para el que ama a los animales. Bien está pedir primero, exigir después y conseguir al fin por los medios que sea. Si el objetivo final es bueno, como en nuestro caso, no nos pueden impedir alcanzarlo ni los formalismos ni siquiera las leyes, pues si la Ley no sabe respetar y proteger a criaturas vivientes que dan color y alegría a nuestra vida, es una ley incompleta que no merece ser respetada en este punto.

El mayor peligro que puede hallarse entre los que simpatizan con las ideas que ahora expongo, es que se crean simples propagadores de teorías. En la medida de lo posible hemos de luchar por nuestras ideas para evitar convertirnos en ridículos teóricos iluminados de teorías inútiles e impracticables.

Lógico sería que el amor a los animales fuese algo espontáneo por naturaleza, amor hacia seres vivos creados por Dios para acompañarnos en este mundo. Frecuentemente un animal hace más compañía que algunas personas. Nunca piden nada a cambio de su entrega y son fieles hasta dejarse matar por sus amos. Se dan cuenta de los estados de ánimo de los que les rodean y están contentos cuando su amos lo están y tristes cuando los ven tristes. Lo único que sorprende es que todavía exista crueldad para con esos fieles hermanos inferiores o incluso que se pueda permanecer ajeno a ellos con la clásica frase de "yo no les hago nada malo a los animales", comentario que debería ser comparado a aquel que Jerome K. Jerome incluye en una de sus obras cuando un hombre al llegar al cielo dice: "No he hecho nada malo en la tierra", a lo cual le responden los ángeles: "¿Y qué has hecho bueno?", condenándolo por su negligencia.

Sé que defiendiendo aquí algunos postulados de imposible realización. Considero que mi misión ahora es la de teorizar. El objetivo final es el que expongo, pero para recorrerlo hay que subir peldaño a peldaño. Ya sé que cuanto aquí digo es un sueño, pero todo lo que la humanidad ha hecho a lo largo de su historia ha sido soñado primero por idealistas entregados a todo.

Sé también que hay mil problemas más importantes para solucionar antes que éste. Sé que miles de personas padecen hambre, pero sé también que no puede olvidarse un aspecto de la vida por defender otro. Existen cartas de derechos humanos en las Naciones Unidas, asociaciones internacionales para el socorro de los pobres, cien distintas Iglesias ocupadas en proteger contra la miseria al hombre, pero ni la ONU ni las Iglesias se preocupan de los hermanos inferiores. Ni tan siquiera los Franciscanos, que deberían ser herederos de aquella alma sensible que sabía hablar con los pájaros, se dedican a la protección de los desamparados y fieles animales, por eso yo quiero ocuparme de ello. Por otra lado, fútbol, toros, grandes espectáculos, ostentación... se hallan en vigencia y son apoyados por casi toda la Humanidad pese a que sigue habiendo gente que padece hambre.

El amor a los animales es el más idealista de los sentimientos y en nuestro mundo materialista la propagación de un principio idealista, aunque sea por el momento de imposible realización debido a otros problemas más urgentes, es siempre necesario y beneficioso.





Las crías son el plato predilecto de los depredadores. La afirmación de que su carnícera labor contribuye a mejorar las especies, es simple demagogia. El depredador busca siempre a la cría, no a la enferma.

EL DESEQUILIBRIO ECOLOGICO NATURAL

En otros capítulos de este trabajo incluiremos al final la serie de tópicos más característicos con los cuales los enemigos de las ideas que aquí expongo intentan dar al traste con nuestros razonamientos. Ahora, al tratar del equilibrio ecológico y de las leyes inflexibles de la naturaleza, debe empezarse por los tópicos, pues mientras en otros aspectos estos son esgrimidos por los que nada sienten por los animales, en el presente caso son también los amantes de ellos los que los utilizan.

Me parece inconcebible que personas que se conmueven por el dolor de cualquier animal, presencien inmutables las escenas filmadas o fotografias y cada vez difundidas con mayor profusión que nos presentan a un animal devorando a otro. Me parece insólito que estas personas se preocupen de un pájaro que ha caído de su nido y lo recojan a fin de que no se lo coma algún gato y sin embargo encuentran lógico y natural que infinidad de animales mueran día a día, sin que nadie se preocupe de su profundo drama en este mundo.

El decir que la naturaleza impone su ley inflexible, según la cual unos animales se alimentan a base de otros, y que esto constituye una cadena indestructible es un absurdo sin precedentes. No hay ninguna ley que diga que un animal tenga como destino el servir de alimento a otro. También es falso por otro lado que los animales se alimenten unos de otros. Los animales carnívoros se alimentan normalmente de los que no lo son y, aún en el caso de ser carnívoros ambos, jamás se hallan en igualdad de condiciones.

No puede hablarse en la naturaleza de la ley del más fuerte, sino de la del más sanguinario. Los elefantes son los más fuertes de todos los animales y no matan para comer. La ley del más fuerte puede aplicarse entre los iguales, pero nunca entre especies distintas, con constituciones diferentes. No puedo aceptar como justo y comprensible que el destino del gamo en este mundo sea el de correr para evitar ser devorado por un animal sanguinario. Muy distinto sería si los leones o los tigres se comieran entre sí o tuviesen como alimento a miembros de otras especies tan fuertes como ellos. Si en el diario quehacer para alcanzar la comida dos especies de animales distintas, pero de similares características, luchasen encarnizadamente venciendo unas veces unos y otras otros, podría admitirse el principio de la ley del más fuerte, pero en este caso no se puede hablar de ello. Los animales sanguinarios buscan para su alimentación a aquellos que no pueden oponerles resistencia, que simplemente pueden huir, correr, para salvar su vida y la de sus hijos, y creo que esto es una insjucia de la naturaleza que el hombre puede y debe corregir siempre que en su mano esté.

No venimos a este mundo a sufrir, sino a luchar. Justamente en esa lucha constante encontramos el sufrimiento, pero precisamente luchamos para no sufrir. El sufrimiento no es el objetivo de nuestro mundo y por ello el más humilde de los santos, el que más pobremente vivió y que no temía al sufrimiento, San Francisco de Asis, retiró los cilicios con los cuales algunos religiosos se automartirizaban. No, sufrimos, pero esa no es la finalidad del mundo. Dios ha puesto en el mundo fuerzas del bien y del mal en constante enfrentamiento, y nosotros podemos con nuestros conocimientos y superior inteligencia convertir la tierra en un paraíso o en un infierno. Ve-

nimos al mundo a luchar por nosotros, por nuestras familias, por nuestra raza, y lo verdaderamente meritorio es que en esa lucha por lo que es nuestro, no nos aprovechemos de los demás o seamos injustos con ellos llevados por el egoísmo. Es justamente ahí donde se relacionan nuestros intereses con los de los demás, donde empiezan los verdaderos problemas morales que distinguen el hombre noble del taimado. La misión del hombre no es la de aceptar el mundo en su estado primitivo y dedicarse a ser un animal más. Tenemos en la tierra fuerzas del bien y del mal y debemos luchar contra las segundas, debemos utilizar nuestro libre albedrío para hacer este mundo siempre mejor hasta que llegue un día en que al ser un paraíso ya no sea necesaria su existencia. El hombre, ser supremo de la creación, tiene la sagrada obligación de perfeccionar la naturaleza y proteger a todos los seres vivientes que en ella habitan. Este sagrado deber corresponde exclusivamente al hombre y debe ser consciente de él.

Cuando vemos que los hombres perforan montañas, desecan lagunas, cogen territorios al mar, fertilizan desiertos, allanan montañas, encauzan ríos, construyen lagos, etc., imponiendo su voluntad inflexible a la naturaleza, nos parece inaudito que se nos tilde de exagerados si decimos que también en las especies animales debe intervenir el hombre como ser superior al hacer la naturaleza mejor en su conjunto.

Los volcanes son bellos, y también es hermosa la vista de un huracán sobre un paisaje tropical, pero el hombre busca día a día, muy juiciosamente, la forma de librarse de estos peligros de la naturaleza ya que su belleza no compensa el daño que producen. Se libra también el hombre de infinidad de animales dañinos y sin embargo se considera injusto que libre a otras especies de animales todavía más dañinos. El hombre interviene a cada momento en la naturaleza y en sus leyes, pero sin embargo se quiere que no actúe así cuando los intereses no le afectan directamente a él. Algún día, quizás, el hombre conseguirá acabar con los huracanes, ciclones y tifones y nadie lo lamentará, aunque sean fenómenos de la naturaleza. Pero si acabase con los tigres, todo el mundo pondría su grito en el cielo. ¿Y las vidas de animales inocentes que significaría salvar con ello? No creo que el haber exterminado las ratas de las ciudades sea de lamentar y tampoco creo que sea de lamentar la desaparición de determinadas especies de animales.

Yo simplemente querría saber si un tigre ante la falta de alimentación cárnica, sería capaz de alimentarse con productos de la tierra ó, de no ser ello posible, si enfrentado con los de su especie, se alimentaría con ellos. Esto podría intentarse o cuanto menos sería preciso limitar el número de animales sanguinarios hasta el mínimo posible.

Algunos se horrorizarán de estas palabras, hablarán del desequilibrio ecológico, pero creo que ese desequilibrio es en muchos aspectos una falsedad. El hombre, durante cientos de años, ha pescado cientos de miles de millones de peces sin que los mares se vacíen de sus especies o sólo se vean afectadas unas pocas. La naturaleza sabe adaptarse a las nuevas situaciones y el que en Africa aumentase el número de gamos y gacelas no lo veo como nada lamentable.

Quizás se nos diga que los animales como gamos y gacelas perderían su velocidad al no ser atacados por los leones, pero no creo que ello sea especialmente lamentable, y por otra parte no creo que fuese apreciable. Las gace-

las no son animales rápidos por el hecho de ser perseguidos, sino por su constitución física. Si aceptásemos que la naturaleza las dota de velocidad para escapar del león, correrían muchísimo más y no sería posible para ningún león alcanzarlas. Las gacelas, gamos, etc. —póngase lo que interese— seguirán siendo como son, con o sin animales que se las coman o, en todo caso, las pocas características que pudiesen perderse compensan el hecho de que no sirvan exclusivamente para alimento de los sanguinarios.

Naturalmente, los argumentos de los opositores a lo que he expuesto continuarían, diciendo que entonces habría demasiadas gacelas y se acabaría el alimento para ellas hasta fallecer por inanición. Yo, particularmente no lo creo, pues si bien hay casos en los que puede ofrecerse un ejemplo real al respecto, hay otros en los cuales la naturaleza ha limitado la natalidad para buscar el equilibrio, pero aún admitiendo esta posibilidad de falta de alimentos, no se modificaría sustancialmente nada de lo dicho. El hombre tiene en sus manos infinidad de recursos para compensar esos para mí muy poco probables desequilibrios. Puede esterilizar a algunos centenares de animales, procurar que los alimentos para cada uno de ellos puedan aumentar, logrando las condiciones idóneas por medio de abonos o replantación, o puede incluso llegar a matar, pero siempre en forma más humana que un tigre u otro animal sanguinario.

También debe ser considerada una solemne estupidez la afirmación de que en esta lucha por la vida mueren los animales más débiles fortaleciéndose y mejorándose constantemente la especie. En primer lugar, a los que tal dicen les tiene sin cuidado el mejoramiento de su propia especie humana, pero además no puede ser admitida esta afirmación como válida, ni mucho menos. Un animal que se lastima una pata, o que padece una indigestión debido a la última comida realizada, o que se halla agotado después de algunos juegos o peleas con los de su especie o después de su última carrera por salvar la vida, o el que ha rebasado ya la edad considerada como juventud, o incluso un animal que corre algo menos que los demás por la simple razón de que siempre ha de haber un último, no significa que sea un animal inferior cuya eliminación supone un bien para la naturaleza. Para no hablar de las crías o animales muy jóvenes que constituyen bocado de primera calidad y de los cuales no se puede saber —hasta que sean mayores— si serán o no los más veloces. ¿Sorprende que el famoso equilibrio ecológico o los no menos famosos depredadores no tengan en cuenta estos detalles a la hora de escoger sus víctimas!

Los verdaderos animales nacidos enfermos o muy débiles fallecerían igual en un bosque o en una selva, sin necesidad de servir de alimento a nadie. Simplemente fallecerían ante la imposibilidad de procurarse su propio sustento. Si imaginamos a nuestra humanidad enfrentada a otra de proporciones mucho mayores y con una fortaleza muy superior, cuya alimentación básica fuésemos nosotros, veremos fácilmente la falsedad de lo afirmado con respecto a las gacelas. Si en esta humanidad en que vivimos, los que corriesen menos hubiesen sido devorados, tendríamos como máximos exponentes de nuestra cultura a los jugadores de fútbol y otros deportistas y casi no quedaría ni habría existido un solo artista o personalidad genial.

Y que no se diga que todo esto es demagógico, pues los que queremos y conocemos a los animales sabemos que los caracteres son distintos y que

unos son más simpáticos, otros más alegres y otros más inteligentes y si bien no podemos pretender que nazcan artistas entre las gacelas, sí podemos asegurar que ser la más rápida no significa ser la más buena o inteligente y que también entre los animales existen otras características además de las puramente físicas.

Si continuamos imaginando esa especie superior a nosotros a la que servimos de alimento, no podemos por menos que entristecernos del espectáculo que ofrecen tigres y leones y mil otras especies. A mí, y creo sinceramente que a todo el mundo le ocurrirá lo mismo, me indignaría muchísimo servir de alimento a unos seres superiores y tener como único recurso la huída. La situación no es sólo peligrosa sino humillante.

A mí me agradan los tigres y leones, a diferencia de otras especies, como serpientes, arañas, etc. cuya desaparición de la tierra —al margen de los posibles beneficios de su existencia que ignoro y no me importan demasiado— me dejaría indiferente. Los leones y tigres y otros animales sanguinarios me agradan, pero no lo suficiente como para garantizarles la existencia a costa de otros animales que nada pueden hacer para oponérseles. Las prostitutas acostumbran a ser mujeres bellas, pero no por ello deben tolerarse. Si leones, tigres y demás especies no están dispuestas a alimentarse sin recurrir a otros animales indefensos o por lo menos a buscar su alimentación cárnea entre especies tanto o más fuertes que ellos, entonces su desaparición no me preocuparía demasiado. Yo admiro y amo a la naturaleza en forma profunda, pero no soy de los que se preocupan en mantener vivas en el mundo 36.418 distintas especies por el hecho de que existen. Me agradan los árboles y las flores, pero si alguno de éstos o alguna de aquéllas fuesen perjudiciales para animales o personas, su desaparición no me causaría ningún dolor.

El lograr una humanidad y una naturaleza perfecta, de la cual desaparezca el afán de sangre y asesinatos, será difícil, pero yo aquí no pretendo hallar una solución al problema sino simplemente exponerlo. El camino a recorrer puede ser difícil, ¡imposible! —en la superficie de la tierra cabría intentar algo pero en las profundidades del mar la imposibilidad es manifiesta—, pero no podemos negarnos a reconocer una serie de injusticias en la naturaleza que deben ser corregidas si ello es posible.

Naturalmente, hoy por hoy sigue siendo el hombre el animal que para su alimentación comete un mayor número de muertes sanguinarias entre animales incapaces de defenderse y que ni siquiera tienen la posibilidad de huir o de salvarse, aunque sea en parte. Nacen con el destino fijado de su muerte y por ello es casi absurdo pretender librar a las gacelas de sus sanguinarios enemigos mientras las ovejas no se puedan ver libres de los hombres. Pero el problema está ahí, existe y no podemos soslayarlo con la demagógica afirmación de que es ley de vida o inexorable principio de la naturaleza.

Todo esto parecerá a muchos una sarta de estupideces inconcebibles. Quiero dejar claro que no estoy pretendiendo que la Humanidad se preocupe de este problema abandonando otros. Lo que sí considero indispensable es que en aquellos casos en que sea factible, se tenga en cuenta el problema. No quiero, tampoco, limitarlo todo a gamos, ciervos y gacelas —los animales que más me gustan— y leones y tigres. Sé que hay infinidad de otros animales cuyos problemas son distintos. Lo que debe hacerse es estudiar

cada caso y procurar encontrar una solución. Posiblemente algunos animales repugnantes o sanguinarios sean beneficiosos para el mundo por su labor destructora de insectos o algo similar. En ese caso no deben eliminarse ni tender a su progresiva desaparición, pero en muchos casos nadie notaría su desaparición y en otros, lo que esos animales hagan en beneficio de la naturaleza puede ser inferior a su perjuicio, traducido en sufrimientos de otros animales, en cuyo caso el hombre debería procurar, con sus siempre inagotables recursos, sustituir a ese animal y compensar su función en beneficio de la naturaleza por otros medios.

También hemos de aceptar que dentro de los animales hay unas escalas perfectamente claras que no permiten considerarlos a todos por igual. Vale aquí lo que menciono luego en el capítulo del vegetarianismo en el sentido de que deben haber animales que merezcan más nuestro aprecio, por ser más bellos, más inteligentes o simplemente más simpáticos y para encontrar una solución al problema que aquí tratamos debe empezarse por los inferiores para respetar a los que se hallan en la cima de la escala de valores.

Sé que este capítulo será el más difícil de la presente obra, y lo sé porque también a mí me ha sido el más difícil de descubrir y aceptar como lo expongo. Los argumentos que pueden aducir mis opositores son infinitos, pero también pueden ser infinitas mis razones. Quiero pues limitar este problema o sintetizarlo en muy pocas palabras. Yo preguntaría a los que me lean si ellos, de poderse hallar ante la posibilidad de una nueva creación del mundo, no lo preferirían sin animales sanguinarios y pedirían a Dios que no crease tales animales. El que hubiese preferido un mundo sin animales sanguinarios, tarde o temprano comprenderá, aceptará y defenderá las ideas aquí contenidas.

Dios ha creado un mundo a la vez bello y horrible, encontramos en él animales sanguinarios, enfermedades, catástrofes de la naturaleza, corrupción física y moral. El hombre debe luchar contra todo esto, por todos los medios y no puede ignorar —aunque de momento sea simple teoría— el grave problema aquí planteado: No es admisible que ese mismo hombre que ha exterminado a cientos de tigres que hacían peligrar aldeas o ciudades, no quiera combatirlos cuando la víctima es un ser sin ninguna posibilidad de hacer frente a dicho animal. Los tigres no son ciertamente culpables de su naturaleza. Su alimentación es la carne y para ellos es buena la del hombre o la de la gacela. Los hombres combaten al tigre cuando les perjudica directamente a ellos, pero pensemos que la misión del hombre ha de ir más allá, protegiendo a todos los seres vivos de la tierra sin ningún interés egoísta.

Si preguntamos a cualquier persona cuál sería su comportamiento si viese, teniendo un fusil, a un tigre a punto de saltar sobre un hombre, la mayoría nos responderán que dispararían sobre el tigre. ¿Por qué? Según la tan cara-reading ley de la naturaleza es lógico que el tigre se alimente a base de hombres. Nadie ha dicho —o por lo menos la naturaleza no lo ha dicho— que la carne preferida del tigre tenga que ser la de un animal. Antes al contrario, dado que el hombre corre menos que un gamo, un mono o una gacela, lo lógico es que el tigre —o cualquier otro animal similar— coma hombres. Y sin embargo a nadie se le ocurrirá, ni por un momento, permitir que el tigre se alimente con la carne de aquel hombre que distraído o desarmado es fácil presa de un tigre. Claro que se me responderá que se trata de un hombre, pero sin embar-

go, y los amantes de los animales tienen que comprenderme, aunque reconozcamos sin lugar a dudas que un ser humano es antes que un animal —pese a que algunos seres humanos podrían situarse después sin problema alguno—, una vez no tenemos planteado el problema con el ser humano, es lógico que también disparásemos si viésemos a un animal próximo a morir entre los dientes de un animal sanguinario. Un animal no es ciertamente un ser humano, pero posee cierta humanidad y nos merece el suficiente aprecio como para salvarle la vida si está en nuestras manos hacerlo. Por lo menos ésta es la forma de pensar y actuar de toda persona que, como yo, consideramos al hombre superior al animal, pero entre éste y aquél no vemos una enorme distancia sino en ocasiones cuestiones de matiz. Pues la nobleza, sinceridad, fidelidad, orgullo... de los animales son en ocasiones superiores a los de los hombres.

Puedo asegurar además que todos los amantes de los animales reaccionarían disparando, aunque en teoría pretendan otra cosa. Si en la práctica mantuviesen su actitud pasiva, sería claro signo de que no aman a los animales. No creo que nadie pueda asistir impasible al espectáculo triste y sanginario de una cría de gacela despedazada entre los dientes de un “depredador”. Y en la práctica nadie se resiste. Veamos pues sino por ejemplo las reiteradas muestras que nos dan personas como Cousteau en las series de películas que se han ofrecido de sus expediciones, en las cuales, y pese a ser científicos experimentados acostumbrados a estos dramas de la naturaleza, no se resisten, por ejemplo, a contemplar impasibles la muerte de todas las tortugas que nacen de día y que son presa fácil de aves que esperan su bankete impasibles sin dar una posibilidad de sobrevivir a la víctima, salvando a unas pocas lo cual no modificará esta injusticia de la naturaleza, pero descargará la conciencia de los que contemplan este profundo drama de la vida. Igualmente al salvar a una ballena ya medio muerta por los picotazos de mil aves distintas actúan contra la naturaleza, pero actúan como hombres, dotados de una sensibilidad mayor a la de los animales y de la virtud por excelencia: la piedad.

El instinto del hombre es salvar al inocente que está indefenso en manos de un enemigo superior contra el que nada puede hacer. Sea hombre o animal el hombre blanco no puede aceptar el espectáculo triste de tantas muertes sin intentar remediarlo si está en su mano. El que se nos diga que nosotros no lograríamos nunca nuestro objetivo y que una reorganización del mundo sin desequilibrios sería imposible, no modifica el hecho. Repito que esto es absolutamente secundario. Si no podemos solucionarlo cuanto menos debemos intentarlo, sino en términos absolutos, en el ámbito de nuestra influencia, a nivel individual, de pueblo, ciudad, nación o continente. Lo que resulta absolutamente inaceptable es que constatando que nada podemos hacer nos crucemos de hombros y contemplemos impasibles los dramas de la naturaleza filmados por presuntos amantes de los animales —Walt Disney el que más ha hecho por los animales, jamás ofreció muertes entre ellos en sus películas— que, buscando lo sensacionalista y escabroso, lo ofrecen a millones de espectadores en todo el mundo. Esta forma de comportarse sólo podría aceptarse a los que, percatándose de que nada pueden hacer para evitar la muerte de sus semejantes, contemplen impasibles igualmente el fallecimiento de personas queridas, para todos los que se conmueven con

la muerte de sus seres queridos, es lógicamente obligado que se conmuevan también por las muertes de animales, si es que, como dicen, son para ellos auténticamente seres queridos y no despiertan simplemente un interés meramente zoológico.

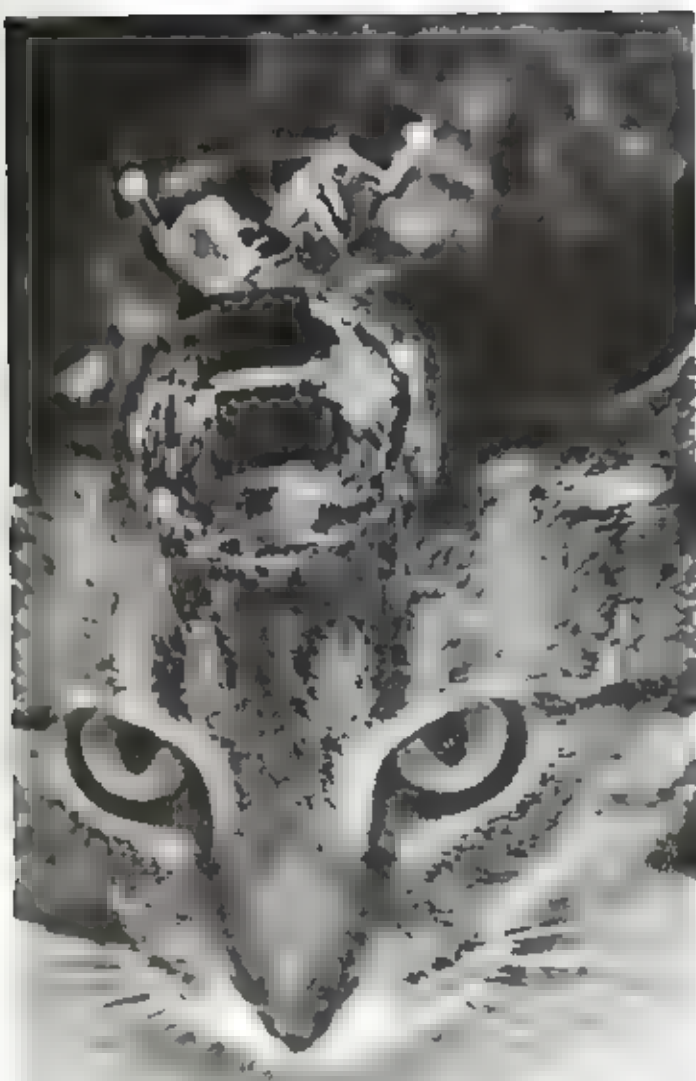
Puede ser considerado inmoral exterminar a los tigres (leones, pumas, serpientes, hienas, etc.) —aunque sea por medios más humanos que los de la jungla o mediante la esterilización—. Ciertamente acabar con los tigres no es acción laudable y digna de alabanza. Ellos no son responsables de haber nacido así, pero debemos elegir entre uno u otros y la elección es fácil. Schopenhauer nos dá los dos argumentos más importantes: “Este mundo es campo de matanza; donde todo animal de rapiña es tumba viva de OTROS MIL, y no sostiene su vida sino a expensas de una larga serie de martirios”. Evitar el nacimiento de un tigre significa salvar la vida de un centenar de otros animales.

También a la hora de tomar la decisión oigamos otras palabras de Schopenhauer: “Si quereis en un abrir y cerrar de ojos saber si el placer puede más que la pena, o solamente si son iguales, comparad la impresión del animal que devora a otro con la impresión del que es devorado”. Sin duda tampoco puede haber duda en la elección.

Por desgracia, el hombre no es Dios, no puede en muchas ocasiones sino hacer lo menos malo ante la imposibilidad de hacer lo más bueno y ya que no podemos conseguir un mundo de felicidad infinita donde los tigres y los gamos convivan pacíficamente y los hombres y las ovejas también, hemos de seguir un camino lento, muy lento, que conduce si no a la perfección en sí, cuanto menos al mejor mundo de los posibles. Procurando que cada vez más este mundo se aparte de aquel objetivo para el que fue creado: Un purgatorio para la redención de un pecado.

Aquel que ama a los animales —sólo a esta persona va dedicado este trabajo— no puede permanecer impassible ante este problema. No puede irse a dormir tranquilamente olvidándose de la impresión de terror del animal que nota en su cuerpo las heridas mortales que le quitan la vida, para servir de alimento a un ser que ha sido concebido por la naturaleza más fuerte que él. El hombre tiene también una misión en este terreno y pido a todos los que me lean que reflexionen muy detenidamente sobre este punto y sólo entonces podrán dar una opinión válida, opinión que, quizás, será contraria a la mía. Posiblemente esté yo en un error, pero cuanto menos yo habré cumplido con lo que considero un deber. Seguiré pensando en este problema, y al igual que contemplo un mundo podrido de odios y rencores, de egoísmo y aflicción y me desespero ante la imposibilidad de hacer algo positivo para convertirlo en algo mejor, así también, muy frecuentemente, aparecerán ante mí las imágenes de esos simpáticos animales, armónicos, estéticos, bellos y simpáticos, que llenan de vida y alegría los bosques o las praderas y que retozan con sus pequeñuelos, mientras son observados con ojo calculador por un animal sanguinario y que día a día deben pagar con su vida el tributo de haber nacido pacíficos y de no haberles sido concedido el deseo de sed de sangre. Ese sufrimiento, esa muerte horrible a manos de otros animales, estará presente en mi mente, turbará mi sueño y pido a Dios que el tiempo no me haga insensible a estos sufrimientos aunque, como en los demás grandes problemas del mundo, nada pueda hacer yo para evitarlos.

Tengo sin embargo el convencimiento, absoluto además de que la regeneración de la Humanidad que deseaba Wagner llegará algún día. Antes tendrán que romperse moldes, costumbres e intereses, pero el día de la luz llegará y el sol brillará alegre para todos, para todos los hombres y también para los pacíficos habitantes de la naturaleza que compartirán, con el injustamente llamado "rey de la creación", una vida nueva, pura y alegre en plena convivencia y comunicación.



Uno de los más importantes magnates del lucrativo comercio de pieles que lleva a la cría de miles de animales y a su sacrificio por razones puramente de exhibición. Las pieles sintéticas han logrado casi la perfección, pero el sangriento comercio continua.

Por la vivisección, millones de pequeños animales son torturados hasta morir, para demostrar la resistencia al dolor, al insomnio u otras prácticas de ningún beneficio para la humanidad.



Ultimamente se han comentado mucho las masacres de focas, gracias a la propaganda desplegada por Brigitte Bardot. Las focas, sociales de por sí, se acercan al hombre, que las golpea con un palo -para no estropear su preciosa piel- y, una vez moribundas, sin esperar su muerte, les arranca la piel.



Millones de visones son muertos anualmente para satisfacer los gustos de la moda de una burguesía, por suerte en decadencia.



DEPORTES SANGUINARIOS

Uno de los aspectos que más contribuyen a la deseducación de los humanos y al incremento de sus instintos sanguinarios, haciendo que sienta por la sangre una irresistible atracción, es sin duda el de los deportes sanguinarios que constituyen una práctica muy común en nuestro mundo, incluso en aquellos países que gozan de leyes especiales para la protección de los animales.

Los principales deportes sanguinarios son: caza, pesca, tiro de pichón y corridas de toros.

LA CAZA

La caza se halla extendida en todos los países llamados civilizados. En algunos, como Inglaterra, constituye todo un ceremonial y se convierte en una actividad de carácter nacional en lo que a las clases elevadas se refiere, es decir, entre aquellas clases en las que su comportamiento no puede excusarse en virtud de haber tenido una educación deficiente o de haberse movido constantemente en malos ambientes.

La característica más acusada de la caza es la desproporción de fuerzas entre los cazadores y la víctima. En líneas generales, los animales que se acostumbra a cazar: conejos, zorros, codornices, ciervos, etc., no constituyen un peligro para el cazador.

Como en el caso de los animales sanguinarios, citado en el capítulo precedente, la víctima en el mejor de los casos sólo puede aspirar a huir, pero jamás a acabar con su perseguidor. Por si fuera poco, en muchas ocasiones ya no se trata de un hombre contra una bestia, sino de varios hombres contra ella. El hombre, con su inteligencia superior, podría vencer y más con la ayuda de las armas modernas - a animales muy superiores a él, pero se dedica preferentemente a aquéllos que no tienen ninguna posibilidad de oponérsele. Incluso en algunos casos en los que su integridad podría correr un cierto y relativo peligro, por ejemplo en la caza del jabalí, el moderno cazador se escuda en un grupo de personas, en la colaboración de los perros -que son las únicas víctimas, heridos o muertos por el animal- o, en el mejor de los casos, tiene la certeza de que si el animal llega a atacarle no persistirá en sus ataques hasta matarlo. El jabalí que atacado se defiende, desea librarse de su enemigo, pero no tiene la preconcebida intención -que sí posee el cazador-, de perseguirle y atacarle hasta causarle la muerte. La situación del cazador siempre es netamente más favorable que la del animal.

En un certamen dentro de una exposición celebrada en Barcelona, asistí a la proyección de una película sobre algunos lugares pintorescos de España. En esta película aparecían secuencias de algunos cazadores y en una de ellas, que preferiría no haber visto, se captaba la imagen de un conejo corriendo al que un cazador disparaba. Tocado el animal, quedaba en virtud del disparo paralizado en sus patas traseras y apoyado en las de delante, y arrastrando su cuerpo emprendía una carrera frenética en su afán por sobrevivir. En el mejor de los casos escaparía del cazador para tener una muerte cruel en algún lugar escondido simplemente para satisfacer los instintos sanguinarios de unos hombres que son los genuinos destructores de la naturaleza. El animal, en lu-

gar de sentirse protegido por el hombre y acudir a él en momento de peligro huye frenéticamente cuando el aire le trae su olor. La verdaderamente genial película "Bambi" de Walt Disney, el gran productor cinematográfico que bien merecería el Premio Nobel de la Paz en lugar de Lutero King, Kissinger o Willy Brandt, representaba magníficamente la imagen denigrante de la caza, cuando los ciervos huyen asustados ante la presencia del asesino de la naturaleza. El hombre es en esa película — en sí un canto a la naturaleza y a los animales— el único personaje maligno. Cuando los animales, al ser perseguidos por una bestia sanguinaria, se refugian entre los hombres, el hombre habrá dejado de ser el purgatorio que actualmente representa.

Quien es capaz de contemplar una escena como la descrita anteriormente sin sentir una profunda lástima por el pobre animal es un ser indigno de llamarse humano.

Los cazadores disponen además de muchos métodos de caza, fusiles con telémetro, cotos reservados, estudios meticulosos sobre las costumbres de los animales, épocas de celo en las cuales es fácil cobrar buenas piezas, etc. Es decir el animal tiene como única posibilidad en el mejor de los casos la huida.

Otro gran inconveniente de la caza es que asusta a los animales del bosque que temen al hombre y se ocultan en cuanto aparece. La actividad del cazador hace desaparecer las especies de los bosques y, otro aspecto menos grave pero siempre molesto, llena la naturaleza de sonoras explosiones que turban la paz de los que vamos a la montaña a convivir con la naturaleza y no a asesinarla.

Nada puede compararse al sueño dorado de todo amante de la naturaleza que consiste en poder efectuar paseos por los bosques mientras somos observados por sus diversos habitantes, los cuales acabarán por acercarse para ver si pueden obtener de sus amigos los humanos alguna caricia o algún alimento. Si los cazadores no pueden apreciar esa belleza de la naturaleza es porque en lugar de corazón tienen el estómago y en lugar de alma una culebra. La falta de sensibilidad del cazador le constituye en representante de la idiotez humana y del materialismo.

Quizás el lenguaje utilizado para definir un cazador no sea excesivamente ético, pero quiero por lo menos expresar algunas de las opiniones que nos darían conejos y venados, si cobrasen el don del habla por unos momentos y pudiesen opinar sobre ese ser tan poco humano que es el cazador.

En principio, no puedo aceptar la caza como deporte ni actividad. Puede excusarse al que caza por necesidad, y aún en ese caso cabría estudiar el concepto "necesidad" y una vez aceptado discutir si la "necesidad" nos autoriza a matar. Pero desde luego no puede ser aceptada la práctica de la caza entre los que la practican por "placer", rara expresión para definir lo que nos impulsa a matar y que dice muy poco en favor del que la utiliza, pues el que se complace con el dolor y el sufrimiento de seres vivos, aunque sean animales, es muy probable que también en otras facetas de su vida muestre su insensibilidad hacia el sufrimiento ajeno, aunque sea de personas, de seres humanos, de los que puede, en buena lógica, haber recibido ofensas más frecuentes y enérgicas, que de los conejos y codornices que asesina por el simple hecho de que para él asesinar es, según sus propias palabras, "un placer".

Hay otras prácticas mucho más saludables y también más viriles que la caza, pero cuanto menos lo que deberíamos pedir al cazador es una "igualdad de oportunidades" con relación a la víctima. Cazar con arco y flecha, coger una liebre con las manos desnudas, o luchar contra un oso o un jabalí con un cuchillo o una lanza, merecería cuanto menos algo de respeto y podríamos hablar de un cierto equilibrio en la lucha y aunque el animal preferiría que le dejaran en paz, cuanto menos existiría la "legítima defensa", en esos casos los cazadores serían crueles, pero no cobardes. Pero la posibilidad de disparar con perdigones que en su dispersión cubren un área muy grande de espacio, siendo imposible errar el tiro a corta distancia o con armas de precisión, colocan al animal en el papel de víctima incapaz de eludir su fatal destino y condenada a huir siempre del que debería ser su protector y amigo: el hombre.

Después de las corridas de toros, es posiblemente la caza el deporte que ha despertado más polémica. Los que más han comprendido el drama que representa este deporte han sido los artistas, almas sensibles y que no pueden permanecer ajenas al sufrimiento ajeno. Incluyo pues seguidamente algunas bellas poesías que se han dedicado a combatir este salvaje deporte.

Citaré en primer lugar a mi maestro, Richard Wagner, quien en su primera y en su última obra, nos habla del tema. En la primera, en "Las Hadas", el protagonista Arindal se percata al ir a matar a una cierva que sus ojos están llenos de lágrimas, lo cual le hace desistir del disparo. Pero es en "Parsifal", obra cumbre de la música universal, donde nos expone el problema en toda su encantadora sencillez. Parsifal es el joven salvaje, criado en el bosque que nada sabe de moral, religión, ética... todo lo que él sabe es propio de sí mismo. No posee convencionalismos, sino que actúa espontáneamente. Admirado de los caballeros con brillantes armaduras y espadas doradas, sueña con ser uno de aquellos héroes. Vaga por el bosque y mata a los animales sin comprender el daño que causa. Cerca del templo de Monsalvat, donde los Caballeros del Santo Graal custodian el cáliz con el cual Cristo celebró la Última Cena, se hallan algunos de estos reunidos cuando de pronto un cisne cae abatido por una flecha:

GURNEMANZ

¿Qué ocurre?

EL CUARTO ESCUDERO

¡Allí!

EL TERCER ESCUDERO

¡Allí!

EL SEGUNDO ESCUDERO

¡Allí!

EL CUARTO ESCUDERO

¡Se vé un cisne!

EL TERCER ESCUDERO

¡Vuela herido!

TODOS LOS CABALLEROS Y ESCUDEROS
¡Maldito! ¡Maldito!

GURNEMANZ
¿Quién ha herido al cisne?

(El cisne, después de un penosísimo vuelo, cae al suelo, exánime. El segundo caballero le arranca la flecha que tiene clavada en el pecho)

LOS CABALLEROS Y ESCUDEROS
¡Ese fue! ¡Ese fue!
(enseñando el arco)
El arco lo prueba.
(mostrando las flechas)
Las flechas son iguales.

GURNEMANZ (a Parsifal)
¿Has sido tu el que ha matado al cisne?

PARSIFAL
Ciertamente. Todo cuanto vuela yo cazo.

GURNEMANZ
¿Tu has hecho esto? ¿No te apena tu acción?

LOS CABALLEROS Y ESCUDEROS
Dale un buen castigo.

GURNEMANZ
Oh maldad grande.
¿Cómo pudiste dentro de la sagrada selva
matar, donde todo lo que te rodea es paz?
¿No son los animales mansos junto a tí?
¿No te saludan tiernamente?
¿No te habla desde las ramas el pájaro?
¿Qué te hizo el cisne?
Volaba buscando a su hembra,
para ir los dos sobre el lago.
Fue nuestro amigo ¿qué es ahora para tí?
¿O no lo ves? Lo has herido aquí
helada está la sangre, tiene flojas las alas,
sus blancas plumas están manchadas de rojo,
sus ojos se cierran, ¿no ves su mirada?

(Parsifal ha escuchado a Gurnemanz con una emoción creciente, hasta que al llegar a este punto, rompe su arco y lanza lejos sus flechas)

Joven, ¿confiesas que tu culpa es grave?
¿Cómo has podido atreverte?

PARSIFAL
No sabía nada.

(Los escuderos recogen el cisne muerto, lo levantan solemnemente sobre una camilla hecha con ramas verdes y lo llevan hacia el lago)

Estos bellos versos en el primer acto del Parsifal, son un buen prelude del carácter de esta obra sublime, de esa "elevada canción de amor, canción de elevado amor" como la definiera Dietrich Eckart.

Otro magnífico verso, en este caso debido a un poeta español, lo tenemos en el titulado "Canción" de Antonio Mira de Mescua, poeta del siglo XVII y que dice:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
se sentó en los pimpollos de una haya,
y con su pico de marfil nevado
de su pechuelo blanco y amarillo
la pluma concertó pajiza y baya;
y celoso se ensaya
a discantar en alto contrapunto
sus celos y amor junto,
y al ramillo, y al prado y a las flores
libre y ufano cuenta sus amores.
Mas, ¡ay!, que en este estado
el cazador cruel de astucia armado,
escondido le acecha
y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquivia
y envuelto en sangre en tierra lo derriba
¡Ay, vida mal lograda!
¡Retrato de mi suerte desdichada!

Otro poeta español, ya más conocido, dedica también bellos versos a combatir la caza. Francisco de Quevedo, alma sensible, escribe el siguiente soneto:

Primero va seguida de los perros
vana tu edad, que de sus pies la fiera
deja que el corzo habite la ribera,
y los arroyos, la espadaña y berros.
Quieres en ti mostrar que los destierros
no son castigo ya de ley severa;
el ciervo, empero, sin tu envidia muera,
muera de viejo el oso por los cerros.
¿Qué afrenta has recibido del venado,
que le sigues con ansia de ofendido?
Perdona al monte el pueblo que ha criado.
El pelo de Acteón, endurecido,
en su frente te advierte tu pecado;
oye, porque no brames, su bramido.

Otro poeta, en este caso alemán, que se ocupa del tema es Herzog Ulrich von Württemberg, poeta del siglo XVI. Sus versos son los siguientes:

Sonó el cuerno plañidero:
cesó en mi toda alegría;
se cazaba por el bosque
la cierva ante el perro huía.
Jamás animal tan noble
por el monte encontraría;
iba saltando los riscos;
sin duda andaba perdida.

Huye cierva, por las breñas.
No he de aumentar tu agonía
ni herir tu pecho de nieve.
Que otros hombres te persigan
con sus gritos y sus perros,
que otros te quiten la vida.
Con pena de tí me aparto,
guárdate, cierva querida.

Y para terminar esta pequeña muestra de poesías en contra del bárbaro espectáculo y deporte de la caza, una del más romántico de los poetas románticos, Friedrich von Schiller, el poeta de la juventud, que expone magníficamente el problema en su poesía "Der Alpenjäger" (El Cazador Alpino):

¿Te gustaría apacentar ovejas?
Las ovejas son buenas y son dóciles,
pastan los dulces brotes de la yerba
triscando en torno de la fresca orilla.
"¿Permíteme ir de caza, madre, madre,
quiero cazar en lo alto de los montes!"

¿Te gustaría dirigir el hato
con el gozoso resonar del cuerno?
En el alegre coro de los bosques
cuán dulces las esquilas tilintean.
"¿Permíteme ir de caza, madre, madre,
quiero cazar en lo alto de los montes!"

¿Querías esperar a que las flores
en los bancales tuyos florecieran?
Allí no pueden florecer jardines,
todo es salvaje en el desierto agreste.
"¿Deja a las flores, deja que florezcan,
quiero irme a la cumbre de los montes!"

Y aquel muchacho se marchó de caza,
y con un ciego atrevimiento iba

aventurándose incansablemente
por lo más tenebroso de los montes;
ante sus ojos, semejante al viento,
huía temblorosa la gacela.

Con ágil paso trepa por la fría
y desnuda osamenta de las peñas,
alada cruza con seguro salto
los peligrosos tajos de las rocas,
y atrevido el muchacho la persigue
tensa ya la mortífera ballesta.

Ahora sobre las cumbres pedregosas,
ella consigue la más alta peña,
de donde la montaña baja a pico
y el camino se pierde en lo profundo.
A sus plantas está el rocoso muro
y ante ella el enemigo que se acerca.

Con el mudo lamento de sus ojos
suplica al hombre que implacable llega,
y en vano son sus ruegos porque el hombre
suelta ya el arco que la muerte lanza.
De improviso un espíritu aparece
sobre la roca, el Viejo de los Montes, (Bergesalte)

y con manos de dios protege entonces
al trémulo animal acongojado.
“¿Por qué hasta estos lugares, el dios dice,
muerte y angustia has de arrastrar contigo?
Bastante sitio tienes en el valle.
¿Por qué has de encarnizarte con los míos?

Estas poesías exponen magníficamente el profundo drama de la caza, aunque su contenido no pueda llegar a los cazadores, gente por lo general estúpida y cruel, cerrada a todo idealismo artístico y poético.

LA PESCA

Este deporte, con ser paralelo a la caza, tiene puntos fundamentales que lo hacen diferir de ésta. Si el cazador carece de riesgos en la práctica de su deporte, cuanto menos tiene la posibilidad de tropezar y caerse cuando va persiguiendo a su pobre víctima. Al pescador no le queda siquiera esta posibilidad. Es el genuino deporte de la vagancia. Me ha ocurrido con frecuencia que al ir de excursión a algún lugar de alta o media montaña, me he encontrado con algún pescador que, inmóvil y sentado en el margen de un río, esperaba paciente, pacientísimo, la suerte. Mientras yo me adentraba por los senderos de montaña hacia mi objetivo, observaba la figura del pescador que permanecía en la misma posición. Después, al regreso, otra vez lo mismo. In-

móvil, lo perdía de vista. Aseguran que es un deporte muy relajante y desde luego debe serlo, pues el ejercicio físico es limitadísimo. Lo cierto es que creo que los que se dedican a la pesca podrían obtener la misma satisfacción y el mismo "relax" tendiéndose sobre un prado verde y contemplando las cimas de las altas montañas coronadas de nieve. Respecto a los que pescan en las playas —supongo que más numerosos— lograrían el mismo objetivo tendiéndose sobre la arena.

El pescador no da al pez la más mínima posibilidad de escaparse. Tanto el de caña como el buceador, tienen el cien por cien de posibilidades sobre la víctima. Especialmente el segundo podría advertir al animal y emprender entonces la persecución. No sería noble pero se concedería al menos al animal la posibilidad de luchar por su vida. Naturalmente hay tipos de pesca como la de arrastre —que aunque con fines alimenticios supone el exterminio de miles de peces dejando algunas áreas sin población acuática—; con explosivo —prohibida pero practicada— y la efectuada con botellas de oxígeno, absolutamente inmoral.

Ni la caza ni la pesca se practican por razones de alimentación y consecuentemente no pueden encontrar justificación. Son deportes cuyo objetivo es acabar con el mayor número de vidas posibles, sin importar si el animal que logra escapar queda gravemente herido. Acabar poco a poco con los pobladores que la naturaleza guarda en sus profundidades.

Además los pescadores, en medio de su indolencia, no son capaces ni tan siquiera de ahorrar sufrimientos inútiles al pez quitándole rápidamente la vida una vez fuera del agua. No, lo dejan a un lado y contorsionándose y muriendo lentamente agoniza al lado de su asesino sin despertar en él la más mínima compasión. Algunas veces todavía vivo lo fríen sin preocuparse de sus sufrimientos. Igual fin corresponde a langostas y ostras que son más "sabrosas" vivas.

Difícil es justificar la caza por razones de alimentación, pero todavía lo es más el pescado, que en una buena parte —especialmente mariscos— es consumido puramente por gula, pues el alimento que contiene es mínimo.

Admitimos que, en líneas generales, los peces ofrecen menos compasión que los otros animales. Lógicamente su vida nos es más extraña. Sin embargo aquéllos que han podido hacer submarinismo y dar de comer a los peces en la mano, también saben que son animales a los que la naturaleza no ha puesto a nuestro alcance para que traidoramente, por medio de un anzuelo, de un engaño, vengan a parar a nuestro estómago.

EL TIRO DE PICHON

El tiro de pichón constituye uno de los más absurdos deportes de nuestro tiempo. El pobre animal no tiene prácticamente ninguna posibilidad de sobrevivir. El radio de dispersión de los perdigones cubre un espacio demasiado amplio para poder ser evitado y el vuelo del pichón, que apenas se inicia, difícilmente puede salvar el obstáculo. Por otra parte la pericia de los tiradores es manifiesta y es rara la ocasión que fallan un tiro. Un concurso de tiro de pichón supone la muerte de cientos y cientos de animales y nadie quiere interceder por ellos pidiendo su inmediata prohibición, pues si bien la caza no puede ser sustituida por otra actividad similar, ni tampoco la pes-

ca —pese a todo la caza y pesca fotográfica podría ser un buen sustituto—, el tiro de pichón fácilmente podría evitarse por medio de tiro al plato, modalidad que puede sin duda acabar con esta lamentable práctica. Las Sociedades Protectoras de Animales deberían haber conseguido ya esta sustitución. El no haberlo logrado representa un fracaso, no sólo para nuestras Sociedades, sino para toda la comunidad que permite el asesinato institucionalizado de animales sin ningún fin específico y sin necesidad real de ello.

LAS CORRIDAS DE TOROS

De todos los deportes o espectáculos sanguinarios, las corridas de toros son sin duda el número uno. Cuando un extranjero se percata de que la bandera nacional española sirve de anuncio de las corridas de toros y de los puestos de venta de tabaco, debe llevarse una pésima impresión del respeto que los españoles sienten por su bandera.

El primer paso a dar en el terreno de las corridas de toros, paso fácil pero necesario, es prohibir que a una tal manifestación se la califique como “Fiesta Nacional”. Este apelativo constituye un insulto contra todos los españoles que son muchos y cada vez más, que rehuyen este bárbaro, salvaje y anacrónico espectáculo.

Mientras el cazador persigue como objetivo matar a un animal y si le hiere y le causa sufrimientos no es buscándolo directamente, en las corridas de toros el mismo espectáculo entraña la tortura de un animal. Cuando vemos esos enormes toros chorreando sangre incluso por la boca y como, pese a ello, picadores y demás chusma toreril le hostigan una y otra vez, clavándole esos monstruosos arpones en la carne, ante el deleite y beneplácito del público que les ovaciona, no podemos por menos que explicarnos el cúmulo de bestialidades y crímenes horrendos que se cometieron durante la pasada guerra civil por individuos acostumbrados a deleitarse con la sangre.

Los toros son cebados y engordados simplemente para proporcionar al público el placer del sangriento espectáculo. Si se oponen a luchar se les instiga por todos los medios, hiriéndoles una y otra vez para enfurecerles y una vez muertos, como digno colofón a tan repugnante espectáculo, se premia al carnicero-actor con oreja o rabo del animal, digno premio para un canibal o para un torero, el más genuino representante de la bajeza a la que pueden llegar los hombres.

En ocasiones —especialmente durante el gobierno de Franco— y sólo por razones políticas, en el extranjero se han desarrollado campañas contra España debido a este espectáculo. Esas campañas nunca han sido sinceras y no vale la pena hablar de ellas, pero lo verdaderamente lamentable es que, en la misma España, las Sociedades Protectoras de Animales no hayan hecho nada contra este bárbaro espectáculo. San Pio V, como indicamos más adelante, las atacó duramente y excomulgó a algunos de los que participan en el espectáculo. La Iglesia frecuentemente las ha atacado —en el pasado, naturalmente, ahora sería incapaz de hacer nada digno a este respecto— y pese a ello son miles y miles los españoles que si bien no asisten a las corridas, las ven con satisfacción por televisión.

Lo peor de todo es que nadie parece darse cuenta de lo vergonzoso de este costumbre. El simple hecho de que las corridas se retransmitan por

televisión —sin ser consideradas cuanto menos no aptas para menores— es algo perfectamente representativo de la degradación moral del pueblo y gobierno español. Algunos gobernantes como Isabel la Católica, hicieron cuanto pudieron en contra del toreo, aunque sin éxito, pero en la actualidad, cuando parecería lógico que se desarrollasen violentas campañas, nadie hace absolutamente nada para combatirlas.

Son muchas las razones que pueden aducirse en contra de tan bárbaro espectáculo, aunque basta una mediana sensibilidad para percatarse de su crueldad. Podemos admitir que algunas personas acostumbradas desde pequeñas al mismo, sólo a base de un examen de conciencia puedan darse cuenta de su carácter nocivo, sin embargo, una vez analizado ninguna persona decente puede llegar a la conclusión de que es un espectáculo digno y provechoso.

Diversos libros se han escrito sobre este tema. Algunos, como el de Eugenio Noel "Escritos antitaurinos" debidos a plumas prestigiosas; otros, como "La fiesta de los toros y sus tristes verdades" debido a Santiago Esteras y que analiza el problema desde todos los puntos de vista, con profundidad y meticulosidad. Ahora, como complemento a lo dicho, incluiremos diversas opiniones debidas a personalidades, especialmente literarias, siendo a nuestro entender las más de lamentar, las debidas a autores extranjeros que al enjuiciar las corridas, enjuiciaban indirectamente a todos los españoles, fortaleciendo aquel dístico popular europeo según el cual Europa empieza en los Pirineos.

Veamos algunas opiniones:

"¿qué piensas que se saca de una fiesta de éstas? Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo, que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como maridos"

(Francisco de Quevedo, "Epístolas del caballero de la tenaza")

Jineta y cañas son contagio moro
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Francisco de Quevedo (Epístola
satírica y censoria)

"Como el gran Marconi, descubridor de la telegrafía sin hilos, nos visitara, le llevaron a los toros, de los que escapó haciendo desagradables comentarios.

"José Ortega y Gasset, un joven de genio, me escribió diciendo: "Noel, además de ser esa fiesta todo lo que de ella dice, en ella veo histerismo.

"Si una persona, un hombre, recibiera el castigo que describiremos a continuación, permitiéndole su constitución física afrontarlo, y después, en el corral nos hablara, ¿qué diría? Probablemente, que éramos tan brutos, tan cobardes, tan mentecatos, que si teníamos alma era la del escorpión, si la de este animalito tiene tantas patas como su cuerpo.

"... El arte del toreo es una de las mentiras convencionales más estúpidas. Su valor es habilidad.

"... La plaza es el lugar neutral donde la justicia no interviene sino en for-

ma urbana. 'lodo esta permitido aua.

"... Bravo, toro. Sin embargo el engaño indigno del hombre pudo más que el valor de tu raza. Te pincharon cien veces y la sangre caía por tus lomos, embelleciendo tu martirio. La plebe ponía en tu belleza sangrienta y firme sus ojos innobles."

(Eugenio Noel, fragmentos de sus "Escritos antitaurinos")

"Estas funciones deben su origen a los moros, y en particular, según dice don Nicolás Fernández de Moratín, a los de Toledo, Córdoba y Sevilla. Estos fueron los primeros que lidiaron toros en público. Los principales moros hacían ostentación de su valor y se ejercitaban en estas lides, mezclando su ferocidad natural con las ideas caballerescas que empezaban a inundar Europa.

"La admiración pública, la novedad y, sobre todo, el espíritu un tanto feroz de aquellos tiempos de guerra e incivilización, contribuyeron no poco a poner en boga esta diversión.

"Así es que amanece el lunes, y parece que los habitantes de Madrid no han vivido los siete días de la semana sino para el día en que deben precipitarse tumultuosamente en coches, caballos, calesas y calesines fuera de las puertas, y en que creen que todo tiempo es corto para llegar al circo, adonde van a ver a un animal tan bueno como hostigado, que lidia con dos docenas de fieras disfrazadas de hombres, unas a pie otras a caballo, que se van a disputar el honor de ver volar sus tripas por el viento a la faz de un pueblo que tan bien sabe apreciar este heroísmo mercenario. Allí parece que todos acuden orgullosos de manifestar que no tienen entrañas, y que su recreo es pasear sus ojos en sangre, y ríen y aplauden al ver los destrozos de la corrida.

"Hasta la sencilla virgen que se asusta si ve la sangre que hizo brotar ayer la aguja de su dedo delicado, que se desmaya si oye las estrepitosas voces de una pendencia, que empalidece al ver correr a un insignificante ratón, tan tímido como ella, o al mirar una inocente araña que en su tela laboriosa de nada se acuerda menos que de hacerle daño; la tierna casada que en todo ve sensibilidad, se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde no sólo no se alteran ni de oír aquel lenguaje tan ofensivo, que debieran ignorar eternamente, y que escuchan con tan poco rubor como los hombres que lo emplean, ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadrúpedo noble que se las pisa y desagarra, sino que salen disgustadas si diez o doce caballos no han hecho patente a sus ojos la maravillosa estructura interior del animal, y si algún temerario no ha vengado con su sangre, derramada por la arena, la razón y la humanidad ofendidas".

(Mariano José de Larra, "Artículos escogidos")

"Tres veces ha sonado el clarín, es la señal; se abre el antro, la masa enmudecida fija sus ojos en el silencioso circo.

"Excitado por un latigazo, se lanza el terrible animal, y dirigiendo a su alrededor sus salvajes miradas, escarba la arena con sus puras pezuñas...

"... Vanamente le oponen los caballos su fuerza y sus armas; el toro lo desprecia todo; uno de los caballos ha quedado muerto sobre la arena; otro muestra su pecho desgarrado; ¡oh espectáculo horrendo! Por el boquete vense ensangrentados los órganos vitales. Herido de muerte, arrastra su

cuerpo con paso vacilante, salvando a su jinete de inminente peligro.

"... Vencido, jadeante, pero furioso hasta su último momento, queda el toro inmóvil en la arena, rodeado de sus enemigos, ya fuera de combate; se hace temer aún a pesar de sus heridas, los hierros de las lanzas y los dardos que cuelgan de su piel.

"Es el momento en que los matadores giran a su alrededor, agitando su capa roja y sus espadas: hace el toro un último esfuerzo y se lanza como el rayo; vano furor, una páfida mano abandona la capa, le tapa los ojos: ¡pobre animal!, dentro de poco le veremos desplomarse sobre la arena.

"El acero de la espada queda clavado en el sitio en que el ancho cuello del animal queda unido a su cuerpo: se detiene, se estremece, pero no retrocede; cae entre los gritos de triunfo, sin lanzar un último mugido, muriendo sin agonía...

"Tal es el bárbaro juego que reúne frecuentemente a las jóvenes gaditanas y divierte al pastor español. Acostumbrado desde niño a ver correr la sangre, su corazón siente deleite por la venganza, viendo sin conmoverse el dolor de los hombres..."

(Lord Byron, "Peregrinaciones de Childe Harold")

"El hombre es, en efecto, el más cruel de los animales. Hasta ahora, como más feliz se ha sentido en la tierra ha sido asistiendo a tragedias, corridas y crucifixiones; y cuando inventó el infierno, he aquí que éste fue su cielo en la tierra".

(Federico Nietzsche, "Así hablaba Zarathustra")

"He asistido a una corrida de toros que me ha parecido innoble. Una carnicería sin nombre. Seis toros y catorce caballos matados en hora y media. Más un picador conmocionado. Pero a éste no le compadezco. Se trata de un espectáculo, no sólo salvaje, sino también cobarde. Consiste en extenuar y enloquecer al toro, hasta que el matador —bien denominado: el carnicero, el criminal— le asesina sin mucho riesgo... Pero a ninguno de esos brutos con figura humana se les ocurre pensar ni por un segundo que ese animal que surge es un ser semejante a él y tal vez superior (en muchos casos indudablemente superior). Por la noche no pude dormir. ¿Es posible que pertenezcamos a esta raza humana? ¡Qué le vamos a hacer! Esto contribuye a hacernos querer más a aquéllos que han conseguido salir de este fango sangriento y purificarse de sus instintos bestiales".

(Romain Rolland, "Correspondencia")

"Un francés o un español procurarían persuadir a todo el mundo de que la fiesta de los toros es una institución que tiene como objetivo principal dar placer al toro. El caballo que uno imagina relinchando de dolor, no hace otra cosa que reirse del cómico espectáculo de sus intestinos colgando. El francés o el español contrastan su muerte gloriosa y emocionante en la plaza con la brutalidad a sangre fría de un torneo. Si uno no tiene la cabeza perfectamente sujeta con el resto del cuerpo, se va con el deseo de empezar un movimiento de opinión destinado a establecer la fiesta de los toros en Inglaterra como complemento de la caballería. No hay duda de que Torquemada estaba convencido de que la Inquisición era algo humano".

(Jerome K. Jerome "Tres alemanes se divierten")

“Considerando que estos espectáculos torpes y cruentos son contrarios a la caridad y piedad cristianas por las muertes, mutilaciones y peligros del alma que los acompañan y queriendo abolirlos y proveer cuanto Dios nos permita a la salvación de las almas, a todos los Príncipes cristianos, tanto de dignidad eclesiástica como civil, imperial o regia, les prohibimos, bajo excomunión y anatema que en sus provincias y ciudades, pueblos y lugares, se celebren espectáculos de corridas o luchas de toros, y si alguna persona muere en ellos, no haya sepultura eclesiástica. Asimismo prohibimos a todos los clérigos, seculares y regulares, que asistan a ellos bajo pena de excomunión. A todos los venerables Patriarcas y Primados, Arzobispos y Obispos, mandamos publiquen eficazmente en sus diócesis estas disposiciones, y procuren bajo las penas eclesiásticas, que se observen. Queremos que las presentes letras se publiquen en nuestra Cancillería Apostólica y se archiven entre las Constituciones perpetuamente vigentes. Que ningún hombre ose infringir o atacar esta página de nuestra prohibición”.

(San Pío V, Papa, en la bula “Salutis Gregis Dominici”)

“Declaro que esta diversión popular es a mi juicio bárbara, digna si es posible de ser extirpada completamente... Una costumbre que me parece indigna de un pueblo civilizado”.

(Jaime Balmes, “El protestantismo comparado con el catolicismo”)

“Esta diversión no se puede llamar nacional porque la disfruta solamente una pequeñísima parte de la nación.

“El hábito de ciertas acciones (las corridas de toros) al mismo tiempo que las hace fáciles, disminuye la idea de su riesgo y desde entonces su ejecución merece más el nombre de destreza que el de valor.

“Sabe Vd. de uno sólo (torero) que haya pasado por hombre de espíritu fuera de la arena? ¿Conoce Vd. a uno que no tiemble al ruido de un mosque-te? Los tenemos por valientes, es verdad, y aún su valor nos parece maravilloso; pero otro tanto juzgamos de los bailarines de cuerda”.

(Gaspar Melchor de Jovellanos, “Correspondencia”)

“Que guste España de ver una fiesta tan maldita”.

(Tirso de Molina, “Marta la Piadosa”)

“La plaza de toros es la escuela y a la vez el desahogadero de la mala educación y de la grosería españolas. Puede asegurarse que no hay público menos culto que el público taurino.

“Siempre me han repugnado y me han aburrido las corridas de toros, siempre he deseado que llegue un día en que se supriman y siempre he creído que su supresión sería una cosa mucho más fácil de lo que se cree comúnmente”.

(Miguel de Unamuno, “A propósito del toreo”)

“Nada, absolutamente nada hay en ese odioso espectáculo que no sea inmoral, que no se realice a costa de aniquilar en el público los impulsos más elementales de la piedad. Las autoridades deben prohibirlo. Es más dañoso

que un libro pornográfico, que una cupletista obscena. Mueve las fibras más sensibles del alma, ofrece como goce la visión de un verdadero asesinato”.

(W. Fernández Flórez “El torero, el toro y el gato”)

Como la misión de este libro no es la recopilación de frases famosas sobre las corridas de toros, ni siquiera un estudio exhaustivo sobre ninguno de los temas tratados, creemos que las frases ofrecidas son suficientemente elocuentes. Añadamos a otros autores como San Juan de Avila, Santo Tomás de Villanueva (que califica las corridas de “bestiales y diabólicas”), Lope de Vega (“no hay nación que una cosa tan bárbara e inhumana si no es España consienta”), Sarmiento, Pío IX, Benedicto XV, Feijoo, Fernán Caballero, Ramón y Cajal, Benavente, A. Machado, Pérez de Ayala (“Si yo fuese dictador de España, suprimiría de una plumada las corridas de toros”) Valle-Inclán... incluido el General Carranza que las prohibió en Méjico por considerarlas peligrosas para los hombres e inmorales al torturar a los animales que deben incluirse dentro de la protección del Estado. Asesinado en 1920, se reanudaron las corridas. Todas estas opiniones y otras muchas que podríamos hallar de autores menos conocidos, pero no por ello desdeñables, comprenden en conjunto una prueba testimonial de gran valor a la hora de examinar este bárbaro espectáculo. No creo que los defensores de esa barbarie puedan hacer concurrir en su favor firmas tan prestigiosas.

Hay, lógicamente, otros llamémosles deportes, también censurables como la lucha de gallos, otra actividad indigna. Pero con todo las corridas de toros son lo más lamentable de nuestro siglo, entre países civilizados.

En las peleas de gallos, que son también un espectáculo degradante, la lucha se desarrolla entre dos animales que, aunque educados o maleducados por el hombre, no dejan por ello de ser dos seres irracionales. Luchan hasta morir, pero el objetivo de su lucha no es el de torturar al contrincante. En las corridas podríamos decir que también son dos animales los que luchan, aunque uno de ellos pasa por persona, y el objetivo es únicamente torturar al toro que al no lamentarse hace menos horrible el espectáculo. En el pasado —no tan pasado por cierto— se enfrentaban al toro otros animales, y los caballos sufrían heridas mortales, ante la complacencia del público salvaje que acudía a este bárbaro espectáculo.

LOS TOPICOS

Aunque todas las posibles razones en favor de las corridas han sido analizadas por plumas más autorizadas en trabajos más extensos, quiero referirme a algunos de los tópicos principales.

Los defensores del toreo se esfuerzan en encontrar virtudes y bellezas que justifiquen su espectáculo. Los opositores al toreo se limitan a decir que deben suprimirse banderillas, picadores y también la llamada “suerte de matar”, y ante estas pretendidas modificaciones los aficionados se ven obligados a reconocer, en la casi totalidad de ocasiones, que sin todo esto no valdría la pena el espectáculo. La deducción es que es precisamente en la sangre donde radica su belleza. Es imposible pues razonar con quien ha sido educado en que la tortura y la sangre son bellas.

Los defensores del toreo utilizarán el tópico de que el animal y el hombre se hallan enfrentados de igual a igual, e incluso llegarán a decir que el animal tiene más fuerza que el torero y que incluso, visto así, éste se halla en inferioridad. Esta afirmación es sumamente inexacta ya que de ser auténtica, el número de toros y toreros muertos sería similar, mientras que en la práctica se demuestra que el toreo es uno de los deportes en los cuales se producen un menor número de muertes humanas, entre los deportes arriesgados.

La idea de que el torero está constantemente expuesto a la muerte no es auténtica en todo su rigor, ya que el profesional sabe perfectamente que las posibilidades de morir son mínimas. Por otro lado, los partes médicos son sumamente exagerados y después de cada cogida podemos leer el diagnóstico de "grave" o "gravísimo", pero no es raro ver al interesado perfectamente poco tiempo después. El número de bañistas que mueren cada año en las playas españolas o el de automovilistas es mucho mayor que el de toreros que pueden morir en un siglo.

La afirmación —otro tópico— de que para ser torero se precisa valor, tampoco es exactamente auténtica. Lo que se precisa para ser torero es "oficio" y quizás algo de temeridad, pero no, desde luego, valor.

El deporte del alpinismo, por ejemplo, es mucho más arriesgado y cuesta un mayor número de vidas humanas que el toreo y sin embargo Gaston Rebufat, uno de los mejores escaladores del momento, reconocía en un artículo suyo que para escalar no se necesita valor sino simplemente afición y oficio. Para ser torero se precisa otro tanto, sólo que con la circunstancia nada despreciable de que el torero es un profesional muy bien retribuido y el montañero, excepto casos muy raros y aún entonces no tan bien pagados, es puramente amateur. No hay duda de que el mejor montañero no se atrevería a ponerse por las buenas delante de un toro, pero tampoco lo es menos que el torero sería incapaz de escalar una montaña. El auténtico valor se demuestra, por ejemplo, en una guerra, donde hayamos sido llevados incluso contra nuestra voluntad, pero en donde debemos arriesgar la vida para salvar la de otros. En tanto nosotros realicemos una actividad por nuestro propio deseo y con afán de lucro, nunca puede hablarse de valor.

Por otra parte, el toro jamás se presenta con el hombre de igual a igual. En primer lugar el animal no ha elegido la lucha, le viene impuesta. En segundo se sabe que no saldrá vivo de la plaza —excepto contadísimos casos— y tercero, en cuanto pueda coger al torero y herirlo, saldrán infinidad de hombres en su ayuda.

Otro de los tópicos respecto a las corridas lo constituye el decir, demagógicamente, que el toro de lidia vive en condiciones de libertad y alimentación excepcionales. Corre por los campos y posee una vida mucho mejor que la de un toro de matadero y su única parte negativa la constituye el momento de su muerte aunque —sigue la demagogia— incluso en ese momento muere orgullosamente luchando.

El razonamiento es absurdo. Ya es dudoso que el toro, de poder razonar, escogiese esa buena vida y mala muerte en lugar de la del toro de matadero y su mala vida y buena muerte, pero en todo caso no discutimos aquí lo que es mejor para el toro. Nosotros abogamos también por la supresión de la

muerte en matadero, de lo que se trata es del sadismo de una multitud congregada para ver sufrir a un animal y la bestialidad del torero que se complace torturando a un animal que ignora las razones por las cuales los hombres le tratan tan despiadadamente.

El último tópico —a fin de demostrar que esto pasa en todas partes y no únicamente en España— es la comparación con el rodeo americano; sin embargo la comparación es imposible. Allí los animales tienen tantas o más probabilidades de vencer que los hombres. En los rodeos un animal jamás puede morir o resultar herido o sólo en casos rarísimos; el hombre, contrariamente, tiene casi asegurada la caída con más o menos dolor —especialmente en la monta de toros—. El Rodeo americano es un deporte viril en el cual los hombres juegan con los animales y en el que, en la mayoría de ocasiones, la peor parte la llevan los hombres. Pese a todo es dudoso que los animales disfruten en ese espectáculo como los hombres.

El toreo podría convertirse en algo viril por medio de la supresión de algunas “suertes” y evitando el sufrimiento del animal. Prácticas como la de la “garrocha” —creo que se llama así— o similares, podrían sustituir la parte morbosa dándole un mayor atractivo al espectáculo. Fundamental sería cambiar esos ridículos vestidos que actualmente se utilizan.



ZOOS

Es lógico que aquellas personas interesadas en los animales, que les gustan y los aman, visiten con frecuencia el Zoo a fin de conocer las diversas especies que existen en la tierra. Yo apenas lo visito, pero sin embargo las pocas veces que lo hago, tengo el interés común y me deleito con tal infinidad de especies, tanto mamíferos, como reptiles, pájaros o peces.

Como en otros aspectos mencionados en el resto de capítulos, aceptamos sin más la existencia de los Zoos y consideramos como necesario el mantenimiento de dichas instituciones en las importantes ciudades. Ninguna gran ciudad puede presentarse en el panorama internacional sin poseer un Zoo de alta categoría. Por lo menos eso es lo que cree la mayoría de la gente.

Y de hecho, yo creo en los Zoos, o en algo similar. En lo que no creo es en esa especie de competición que las diversas ciudades europeas y mundiales sostienen entre sí para disponer del mayor número de especies. He visitado los Zoos de Madrid y Barcelona y ambos, si bien se ha progresado mucho en relación con los que existían hace unos años, siguen adoleciendo de muchos defectos. Los animales no se hallan, ni mucho menos, en las adecuadas condiciones.

El primer aspecto a destacar es que algunas especies no pueden ser adaptadas a la vida de un Zoo y su condición de inhumano encarcelamiento es manifiesta. En otros casos, no sólo por el espacio disponible sino por las condiciones climatológicas, les es imposible una auténtica adaptación y, por último, su alimentación habitual exige en algunos casos lamentables espectáculos.

Al igual que en otros aspectos, me inclino favorablemente por los animales vegetarianos y considerados más o menos pacíficos. La supresión de los clásicos Zoos y su sustitución por los llamados "Safari-Parks" nos parece indispensable aunque estas instalaciones, casi siempre de carácter turístico, deben estar pensadas para los animales y para los amantes de los animales, prescindiendo de cualquier otra consideración. Si no puede lograrse que los animales vivan en estos parques EXACTAMENTE igual que en su propio territorio, es preferible que se prescinda de este tipo de instalaciones que actualmente no tienen otra motivación que la de ser una forma más de entretenimiento. Por encima de la creación de todo tipo de Zoos y sus variantes se halla la imprescindible necesidad de poblar nuestros bosques y montañas con animales vivos y, si por cualquier razón su alimentación no es suficiente con lo que provee la propia naturaleza, cabe al hombre el recurso de abastecerle de comida. Se trata, ni más ni menos, de tratar a los animales de nuestros bosques como los de los Zoos, manteniéndoles si es necesario y prohibiendo totalmente la caza. La verdad es que mantener a un colibrí o un ornitorrinco, mientras los ciervos han desaparecido de nuestros bosques, es una incongruencia.

Lo importante, a mi entender, no se halla únicamente en la posibilidad de conocer las diversas especies que ya nos son familiares gracias a la fotografía y el cine. Con frecuencia, vemos en los Zoos hipopótamos inmóviles durante horas, mientras en películas o fotografías los podemos ver en acción. Lo fundamental es conseguir la convivencia entre los animales y los hombres y a ese fin incluir en recintos naturales a todos aquellos animales suscepti-

bles de tal convivencia y, naturalmente, autorizar su alimentación por medio de paquetes conteniendo su nutrición habitual. Poder dar de comer en la mano a los animales es un espectáculo encantador que debería lograrse. Sin duda, esto daría un nuevo carácter a los Zoos —a los cuales sólo tendrían acceso los acreedores de tal confianza que debería haberse demostrado en la práctica— y los amantes de los animales que se encontrarían felices en ellos, en lugar de ser los menos interesados actualmente por las circunstancias que concurren ahora. El cautiverio en zonas o jaulas pequeñísimas es un espectáculo degradante para la humanidad y especialmente para los que aman a los animales.

Si nos situamos un día festivo a la entrada de un Zoo comprobaremos la gran cantidad de personas que van a él por curiosidad o por esparcimiento, pero que son del todo ajenos a los problemas de los animales. La prohibición de darles comida ha surgido precisamente debido a esas personas, las cuales se han divertido incluso lanzando a algunos animales panecillos llenos de hojas de afeitar; por ello sería imprescindible una selección rigurosísima para autorizar la asistencia al Zoo.

De hecho, como paso previo hasta alcanzar la situación ideal, se deberían ir limitando los animales a aquellos tipos inofensivos que deberían estar en grandes recintos en la mayor parte mezclados entre sí. En otro lugar con espacios separados se hallarían aquellos que, aunque en principio inofensivos, pueden ser peligrosos, como jirafas, elefantes y otros animales de envergadura que, no siendo por principio peligrosos se pueden convertir en un momento dado en un peligro. Más que animales raros, lo importante sería tener animales sociables.

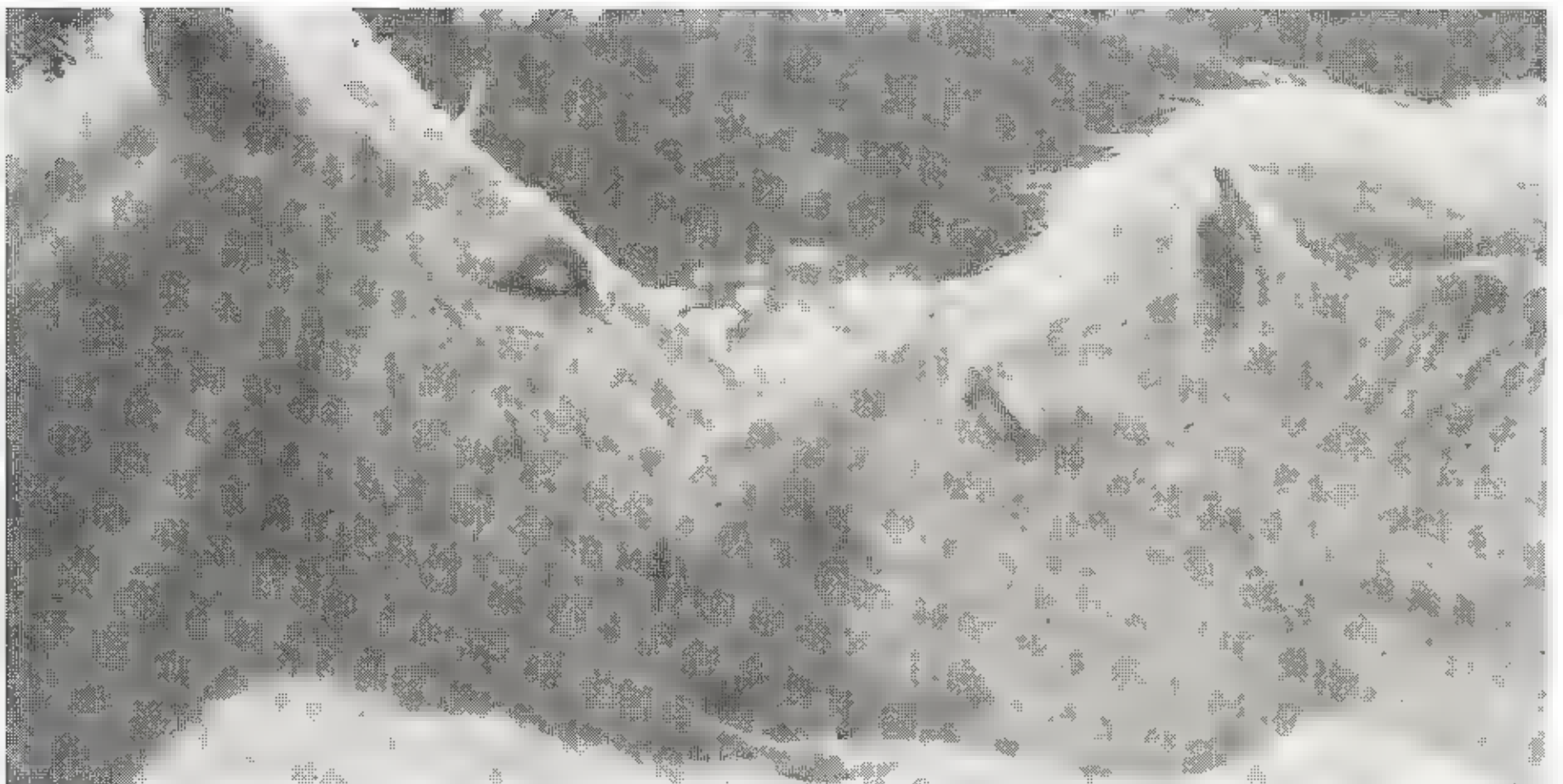
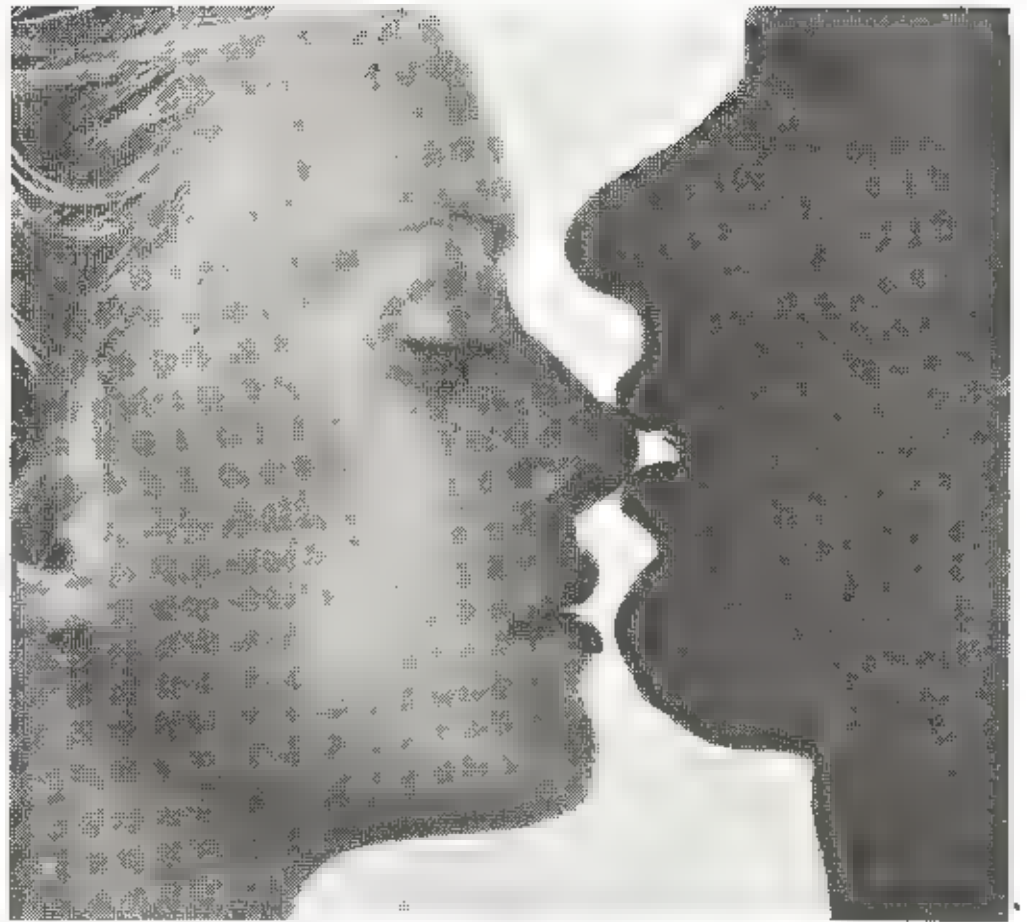
Otro de los problemas que presentan los Zoos actuales es la alimentación de sus especies, problema que la mayor parte de la gente no se plantea. Algunas especies —para mí perfectamente suprimibles— deben alimentarse necesariamente con animales vivos, especialmente cocodrilos y serpientes, y aunque su alimentación tenga lugar a puerta cerrada, no considero tal circunstancia como digna de un país civilizado. Muchos otros animales se alimentan de ratas que en cantidades industriales son criadas en el propio Zoo para después ser distribuidas como alimentación. 15.000 ratas, 3.700 conejos, 2.000 cobayas y 2.500 codornices es el balance de animales consumidos en el Zoo y producidos en él como simple alimentación. Creo que la supresión de los animales que consumen presa viva podría ser realizada sin problema alguno. Actualmente los Zoos no están concebidos ni para los científicos ni para los amantes de los animales. Son como espectáculos similares a circos o teatros, y no creo que pueda justificarse así su existencia.

Respecto a leones y animales sanguinarios, lógicamente su alimentación supone matanzas, pero dado que comen animales ya muertos, el problema es relativo, ya que si bien puede constituir algo digno de supresión en el futuro, mientras la humanidad se alimente preferentemente de carne, poco importan las pequeñas cantidades destinadas a los Zoos. En todo caso, estos animales más que otros precisan de gran espacio para vivir y tenerlos encerrados en pequeños recintos es lamentable.

Los Zoos son representativos justamente de la postura opuesta a la que yo propongo. La conclusión que quiero saque todo el mundo de este pequeño trabajo es la de que a los hombres corresponde velar por esos hermanos in-

feriores. Como ser superior, el ser humano debe procurar el mejoramiento de la vida en la tierra y debe proteger y cuidar a los animales en forma siempre progresiva y paralela al progreso, bienestar económico y solución de otros problemas más importantes. Los Zoos representan justamente lo contrario, pues esos pocos animales sacados de su medio ambiente para ser traídos a la civilización, en lugar de ser privilegiados y encontrar sus condiciones de vida mejoradas en el mundo de los humanos, encuentran en el hombre no a su mejor amigo sino a su peor enemigo. Lamentablemente los Zoos que podrían convertirse en una especie de paraíso para algunas especies, se convierten en la práctica en su infierno.

En tanto las condiciones actuales prevalezcan, creo que los Zoos deben tender a desaparecer. Una nación sólo debería disponer de Zoo si antes dispusiese de las instalaciones necesarias para ofrecer albergue justo, apacible y confortable a las especies que en él habitan. Los progresos han sido muchos en los últimos tiempos, pero necesariamente deben aumentarse paulatinamente. En tanto esto no ocurra, creo que las grandes urbes podrán prescindir de ese espectáculo que constituyen hoy los Zoos de todo el mundo.





VEGETARIANISMO

No hay duda de que dentro de las corrientes de amor hacia los animales, la que debería ser más importante, mucho más que las Sociedades Protectoras de Animales, deberían ser las Asociaciones Vegetarianas. Desgraciadamente eso no es cierto y hasta el momento no he conocido a ningún vegetariano que lo sea por su amor a los animales. Esto ha llegado a ser para mí algo lamentable, hasta el punto en que entre todos los mortales a los que más desprecio es a los vegetarianos dietéticos. Ellos tienen la clave del problema. Se han desprendido de la gula que lleva a la alimentación cárnica y sin embargo no poseen en todos sus escritos y doctrinas ni un solo pensamiento elevado, ni un solo pensamiento que suponga amor a la humanidad y a los animales. Su vegetarianismo es simplemente una práctica gastronómica egoísta. Son vegetarianos porque creen así vivir más y mejor y si para ello tuviesen que asesinar y devorar a todos los seres vivientes de la tierra lo harían con gusto y fruición.

El trato con otros vegetarianos ha constituido para mí una experiencia tan despreciable que he llegado a calificarme a mí mismo no como vegetariano, sino como siguiendo la idea de un amigo — “no carnívoro”. Efectivamente, yo no como carne, y no la como porque ello representa dar muerte a un ser viviente, sensible y natural, y por ello prescindo de este tipo de alimentación.

Hay algunas características que pueden identificar a los vegetarianos con los no carnívoros. Por ejemplo, entre los vegetarianos no se consume café, no se fuma y no se bebe alcohol. Yo coincido en estas prácticas pero, una vez más, por razones distintas que ellos. Para los vegetarianos, la justificación de estas privaciones se halla en la salud, siempre se encuentra todo justificado en su egoísta bienestar, en la conservación lo mejor posible de su propio cuerpo. Yo, respecto a estos tres puntos, puedo manifestar mis razones rápidamente.

El café en principio no me agrada por su sabor y sólo a base de echarme mucho azúcar consigo hacerlo tragable, consecuentemente me parece absurdo consumir café si, siendo amargo y de sabor desagradable, repugna a mi paladar. Efectivamente, tampoco fumo y las razones son las mismas, su mal gusto y la peste que produce me repugnan. Además es una práctica antihigiénica, no sólo ensucia los pulmones — los propios y los de los que rodean al fumador — sino que ensucia las calles, los locales públicos, los domicilios particulares, etc. Produce humo, lo cual es sumamente desagradable, independientemente de que sea humo de Winston o humo de un tubo de escape de autobús y, por último, es peligroso. Con mucha frecuencia he sufrido quemaduras — naturalmente sin importancia — por culpa de este vicio desagradable contra el cual no arremete ninguna de las asociaciones de defensa del medio ambiente. En el Mercado de San Antonio en Barcelona (mercado de libros viejos), he sufrido dos quemaduras, una en la mano y otra en la camisa, de personas que mientras curiosean con la vista los distintos libros, mantienen a su espalda el cigarrillo con el que uno entra en contacto al intentar mirar por encima del hombro del fumador los mismos libros que éste va mirando. También en otras ocasiones me he quemado — no sé si eso es normal o es que siento una oculta atracción hacia los cigarrillos encendidos — al acercarme a una

mesa y no haber visto que en ella, con la punta encendida hacia fuera, naturalmente, reposa un cigarrillo. En otra ocasión un automovilista, supongo que sin darse cuenta, lanzó la colilla de su cigarrillo en el preciso instante en que yo le adelantaba con mi bicicleta —los coches iban muy lentos en caravana—, metiéndoseme abundante ceniza en el ojo, en el mismo momento en que otro automovilista sintió la irresistible tentación de apearse de su vehículo, abriendo inopinadamente la puerta contra la cual no me estrellé por verdadero milagro de la naturaleza. Como comprenderán, lo lógico es que yo no fume, lo contrario sería masoquismo.

Por último, debo reconocer que tampoco bebo alcohol y la razón es siempre la misma: no me gusta. He probado cosas verdaderamente repugnantes: el "sake" por ejemplo, es exactamente igual que la repugnante agua de arroz de nuestros días de niño enfermo, el vodka sabe a tortura china y no me extraña que los rusos —según se dice— diesen a beber vodka a sus soldados antes de una batalla. Yo preferiría mil veces la guerra que continuar bebiendo vodka. Respecto al whisky o güiski —como ahora se escribe— lo probé creyendo, como muchos dicen, que tiene gusto a madera. Yo nunca he probado la madera —supongo que los que tal afirman si lo habrán hecho— pero en todo caso después de probarlo hice el solemne juramento de que jamás me comería ningún árbol, y no pude por menos que compadecer a castores y termitas obligadas a alimentarse de tan pésimo alimento. Otro argumento que me ha hecho apartar del alcohol es la posibilidad de una borrachera. Pese a que en las películas nos presenten la embriaguez como algo divertido, siempre que contemplo un alcohólico siento pena y conmiseración. La simple posibilidad de poder estar actuando bajo los efectos del alcohol, sin ser conscientes de nuestro proceder, me horroriza. Pero debo reconocer que lo que me ha alejado del alcohol ha sido su sabor a diablos al que, según dicen, se acostumbra la gente a base de consumirlo por compromiso. En la montaña se me ha aconsejado en ocasiones que tomase un trago de cognac o alguna otra bebida a fin de entrar en calor. No creo que aquí tenga utilidad tampoco. Siempre que he ido de excursión —incluso a temperaturas bastante por debajo de cero— no creo haber pasado más frío que mis compañeros que toman alcohol —muy pocos por cierto— y en todo caso una sopa o una fondue dan el mismo resultado.

Los vegetarianos, en cambio, si no consumen dichos productos es en razón de su salud, pues los tres, todo hay que decirlo, son eminentemente vegetarianos. Pero ocurre que los vegetarianos están cargados de manías y además de estas tres cosas prohíben infinidad de otras como el chocolate y algunos tipos de queso. Como fácilmente se comprenderá, el que mi organismo acoja más o menos favorablemente estos dos productos me tiene sin cuidado, los como porque las razones dietéticas me dejan absolutamente indiferente.

Resumiendo, el vegetariano es una persona que se preocupa de su cuerpo y el no-carnívoro de su alma. No he conocido ninguna persona amante de los animales que sea vegetariana ni ningún vegetariano que sea amante de los animales —lo cual no quiere decir que no existan—. Así pues, el movimiento vegetariano no tiene nada que ver con el verdadero amor a los animales. Sus conferencias siempre están plagadas de estudios dietéticos y científicos, descubren propiedades curativas en el ajo, el apio o la cebolla, e incluso en

una conferencia pude oír a un vegetariano hablar muy serio y convencido de lo que el llamaba “quirolología”, la antigua quiromancia. Algunos —especialmente en el extranjero— son defensores del desnudismo y cada fin de semana dedican algunas horas a esta práctica según ellos muy saludable, es decir, durante la semana van vestidos como todo el mundo y sólo el fin de semana lo dedican —cuando no hace frío— a vivir desnudos, es decir a hacer lo mismo que los demás habitantes del planeta, sólo que éstos llevan unos pocos centímetros cuadrados de ropa más que ellos. ¡Absurdo!

Habiéndome reconocido al principio de esta obra discípulo de Wagner, me permito citar aquí algunas frases extraídas de su libro “Religión y Arte” que no son de hecho sino la repetición de lo ya expuesto:

“... en nuestro tiempo se puede citar la constitución de asociaciones vegetarianas; sólo que incluso en medio de estos grupos de hombres, que parecen haber captado inmediatamente el punto focal de la cuestión de la regeneración del género humano, se suele oír, por parte de algunos miembros del más elevado sentir, el lamento de que sus compañeros practican la abstención de la alimentación cárnea a lo más, sólo por razón de dietética personal, sin ninguna referencia a la gran idea regenadora, que debe constituir el verdadero problema, si tales grupos quieren adquirir en algún momento fuerza moral. Junto a ellos se encuentran con una cierta eficacia práctica ya conquistada, las Sociedades Protectoras de Animales; en realidad, éstas últimas, que igualmente buscan ganar el favor popular desterrando fines utilitarios, podrían, en lugar de eso, obtener éxitos verdaderamente notables una vez que elaborasen los argumentos de piedad para con los animales, hasta encontrarse con la más profunda tendencia del vegetarianismo; una fusión de ambos movimientos, fundada en esta interpretación, debería ya desarrollar una fuerza de penetración considerable. No menos éxito debería obtener un llamamiento, por parte de ambos grupos, a motivos más altos de los hasta ahora salidos a la luz entre las leyes antialcohólicas”.

Creo pues que debe quedar perfectamente claro que nada hay en común entre los vegetarianos clásicos y los no-carnívoros. Una vez esto claro pasemos a explicar las razones para no ser carnívoros.

La razón es evidente. Quien haya visto rebaños de ovejas pastando por los montes, o haya visto la imagen de una vaca tumbada en un prado, o haya jugado con una cabra, o haya visto a los conejos correteando por el campo, comprenderá inmediatamente las razones de los “no-carnívoros”. Por otra parte, acostumbrados como estamos al mundo actual, nos hacemos indiferentes a lo que nos rodea y consideramos lógico y natural todo aquello que hemos encontrado hecho así y en tanto los medios de propaganda —diarios, revistas, radio, TV— no llaman la atención sobre el problema —lo cual nunca hacen sino es en aspectos económicos o políticos—, siempre lo aceptamos todo tal como está.

Si cualquier persona normalmente constituída espiritualmente —que por cierto no hay tantos como parece— se queda durante una hora contemplando el espectáculo de una carnicería, llegará al convencimiento de que lo que allí ocurre es ni más ni menos que lo que su nombre indica: una carnicería. Unos dependientes, con delantales manchados de sangre y con algunos pedazos de carne sanguinolenta adheridos, esgrimen en sus manos ensangrentadas grandes cuchillos con los cuales dividen en infinitas porciones

los pesados cadáveres de diversos animales y una vez partidos en pedazos, los envuelven en papeles parafinados que quedan inmediatamente manchados de sangre y se los entregan a la civilizada ama de casa, que recogiendo el sangriento paquete se lo lleva a su domicilio para posteriormente manosearlo nuevamente, cocinarlo y engullirlo junto con los sanguinarios miembros de la familia.

Citemos de nuevo a Wagner: "... así pues, si la vista del toro ofrecido a los dioses despierta ahora espanto, he aquí que, sin embargo, un diurno baño de sangre es sustraído, en pulidos establecimientos de carnicería, bien lavados con agua, a los ojos de todos aquéllos que, luego, en la mesa, se encuentran servidos y condimentados hasta la irreconocibilidad, los gustosos trozos de carne de los animales domésticos asesinados".

Cuando alguien explica que en Hong-Kong los perros cuelgan de las carnicerías como sanos y nutritivos alimentos, casi sin excepción todo el mundo considera dicha costumbre como un salvajismo, y entretanto de nuestras carnicerías cuelgan ovejas, animales con mucho más inocentes que los perros. Esto quiere decir que no nos damos cuenta de que nuestro proceder es erróneo, bien porque nadie nos lo hace ver o porque no nos hemos detenido a pensarlo.

El espectáculo de una carnicería, de los mataderos, de las pollerías con los conejos sin piel, todos colgados por los pies y de tantas y tantas otras cosas, no son propias de una civilización que se considere digna de tal nombre y, se quiera o no, con el tiempo estas costumbres bárbaras desaparecerán y el mundo podrá considerarse entonces como civilizado.

Mientras, tendremos que hablar a los que se niegan a entender este problema con su propio lenguaje. Podemos admitir que no se posea voluntad para prescindir de diversos alimentos a los que nos hemos acostumbrado, pero no puede permitirse que se desconozca el problema. Tratémosles como merecen, como dice Wagner: "En cuanto las panzas plutocráticas de nuestra civilización, hinchadas gracias a nuestro sudor, sonantes y mastigantes, levanten escandalizadas su griterío, nos los cargaremos como cerdos a nuestras espaldas, en espera de que ante la contemplación inesperada del cielo, que jamás han contemplado, se vean inducidos al silencio y la reflexión".

LOS TOPICOS

La gente tiene unos esquemas inmutables en su mente, embebidos en su falsa idea de civilización y cultura que les sirven en nuestro mundo actual materialista. Por ello, siempre intentan rebatir los argumentos nuestros con los mismos tópicos.

Uno de los más comunes es decirnos que también las plantas tienen vida y que los "no-carnívoros" matan al igual que todo el mundo, incluso más pues la cantidad consumida es mayor. Digamos a este respecto que dicho

argumento carece de fundamento. Los no-carnívoros preferirían, o preferiríamos, no tener que comer para vivir y aunque encontramos un placer físico en la comida, más por satisfacer el apetito que por el sabor de la comida en sí, con gusto renunciaríamos a ello si pudiésemos sobrevivir de esta manera. Puestos a alimentarnos de lo que ofrece la naturaleza, empezamos por lo menos malo, por lo inferior. Tanto entre animales como entre plantas existe una escala de valores. No es igual un escarabajo que un reno, ni un edelweis que una alcachofa. Así pues, aunque sea en cierta forma de manera confusa, nosotros distinguimos ciertas clases entre los animales y si aislado en una isla me viese obligado a alimentarme de animales y en dicha isla sólo encontrase ciervos o serpientes, preferiría dar muerte a las segundas. Podemos asegurar que esta clasificación de categoría dentro de los animales la tenemos todos casi en la misma forma. En todo caso lo mejor sería alimentarse de productos minerales, de frutos cuyo consumo no significa la muerte del árbol o derivados de queso, leche, etc. Pero esto ya es hilar muy fino, puesto que hay una gran diferencia entre alimentarse de vegetales o animales. A los que nos salgan con este tópico se les debe responder que ellos no tienen ningún derecho a enjuiciar nuestros criterios morales, puesto que carecen de moralidad, pero que si tan escrupulosos son, que piensen que el cordero que ellos se comen ha consumido durante su período de vida más vegetales de los que nosotros durante esa comida. En definitiva, nosotros evitamos la muerte del intermediario. Podríamos decir que consumimos directamente la hierba o los vegetales en su lugar, mientras que los carnívoros se comen esa hierba transformada ya en cordero adulto.

Otro tópico muy corriente es el de asegurar que los animales han nacido para alimentarnos y que ellos mueren para que nosotros vivamos. Nadie ha nacido para alimentar a otro, ni el cordero para alimentar al hombre blanco, ni el misionero para alimentar al batusi, y tanto más entre los humanos que, a diferencia de los animales, pueden encontrar otra alimentación. Lógicamente, puestos en trance de morir de inanición, no hay duda de que el hombre es superior al animal —no todos, desde luego— y que debemos o podemos matar a ese animal para alimentarnos. Pero aunque la teoría sea muy lógica, en la práctica no lo es tanto. La mayor parte de seres humanos civilizados preferirían la alimentación vegetariana si tuviesen ellos que matar a los animales que comen e incluso puestos en situaciones graves creo que su espíritu reaccionaría igual. Lógicamente, si yo me hallase abandonado en un territorio inhóspito, sin comida y en compañía de mi perro, lo normal sería que le diese muerte para alimentarme yo. No hacerlo sería absurdo puesto que falleceríamos los dos y nada ganaría. Sin embargo, mi moral me dice que no debo hacerlo. Este sentimiento, como toda moral, no es razonable. Nacemos con una moral, como nacemos con un gusto estético determinado, sin que podamos explicarlo. Los intentos que se han hecho han sido vanos. Por ejemplo, un pato es más feo que un cisne, sin embargo el pato es más armónico y proporcionado que el cisne. Este último tiene un cuerpo muy grande, un cuello larguísimo y unas patas cortísimas. Razonando, si a cualquier ser humano le diesen las dimensiones del cuello, cuerpo y patas del cisne y le pidieran que construyese un nuevo animal, produciría un engendro, pero la naturaleza nos ofrece un animal bello y armónico. Igualmente podemos decir del arte. Si alguien me describe meticulosamente un

cuadro de Velázquez o Zurbarán y yo intento reproducirlo sin haberlo visto, lo que saldrá difícilmente será una obra maestra. Por lo tanto, no podemos explicar en forma válida por qué algunas cosas son bellas y otras no o por qué unas cosas son morales y otras inmorales. Esa moral con la que nacemos me dice que no debo comerme a mi perro, ni a un cervatillo que tenga junto a mí. Quizás llegado el momento lo mataría, incluso llegaría a matar a otra persona para alimentarme con ella, pero éste sería un impulso de cobardía y miedo y no modificaría en nada lo que he escrito. Nadie se come su perro cuanto éste muere de viejo o accidente, y sin embargo come otros animales simplemente porque no ha vivido con ellos. ¡Absurdo!

Otro tópico lo constituye la afirmación de que no habría tierra en el mundo capaz de suministrar comida vegetariana a toda la humanidad. Este argumento es el más pueril de todos y basta hacer comprender al que tal dice que la cantidad de hierba o forraje consumido por un animal cualquiera destinado al sacrificio, a lo largo de toda su vida, desde el nacimiento hasta el momento de ser asesinado, es muy superior en volumen a la carne que pone al servicio de la alimentación. Si todos esos animales destinados al matadero desapareciesen, quedarían libres para el cultivo infinitas cantidades de terreno que se destina ahora a pastos o a forraje.

Sin embargo, los opositores a los no-carnívoros nunca utilizan el único argumento verdaderamente válido. Los cinturones, zapatos y otros utensilios de cuero que poseemos, no deberíamos utilizarlos, pero los sustitutos son difíciles en algunos casos. De cualquier forma ese es un paso más a dar en el camino hacia la regeneración.

SOLUCIONES

No sería posible cambiar en 24 horas la forma de pensar de toda la Humanidad y adaptarla a una alimentación no-carnívora. Por otra parte, una transformación brusca sería imposible de hacer en el terreno práctico. Debe ser un proceso lento y progresivo. Lo primero debe ser la prohibición de la venta de animales vivos con fines alimenticios, sean los que sean. Esas langostas a las que se aprieta los ojos para saber si están vivas deben ser prohibidas en su venta pública y si con ello, al venderlas muertas, saben peor ¡a fastidiarse! que después de todo las lentejas y garbanzos son más baratos. Por otra parte deberían irse limitando los espectáculos de las carnicerías y educando a todos en su sentido de amor a los animales y a la naturaleza.

Lo importante es distinguir entre vegetarianos y no-carnívoros. Los primeros son como aquellos niños que comen hostias sin consagrar porque les satisface su sabor, los segundos son los que comulgan con ellas unas vez consagradas. No nos dejemos convencer con fáciles explicaciones dietéticas.



LA NATURALEZA

Pocas cosas hay tan maravillosas en el mundo, especialmente para el hombre obligado a vivir en la ciudad, como la contemplación de la naturaleza virgen. Yo me he inclinado siempre por la alta montaña y ha llegado un momento en que todo lo demás me parece pequeño al compararlo con la sublime visión que nos ofrecen los bosques, prados y lagos de la media y alta montaña.

Nada nos subyuga más que la contemplación de un tupido bosque de abetos con los rayos del sol filtrándose en forma de haces luminosos por entre el espeso follaje, o un bosque de hayas en otoño cuyas hojas yacen en el suelo, a sus pies, tiñendo de un marrón uniforme todo el paisaje y confiriéndole un encanto especial y memorable o, cómo no, la visión de un riachuelo con ese embriagador murmullo que no turba la paz de la montaña sino que, contrariamente, aumenta su vida intensa al romper el silencio con su suave ruido. Tampoco podemos olvidar esos extensos y a veces interminables prados cubiertos en primavera de flores de diversos colores que engalanan en esa estación a toda la naturaleza, o esos lagos ya en las cimas, cuyas aguas transparentes reflejan las grandes montañas que los circundan. o esas visiones invernales con lagos helados, montañas de agreste aspecto con rocas cubiertas por un blanco manto, los bosques con los árboles ofreciendo mil caprichosas formas, todas hermosas y bellísimas, y tantos otros aspectos maravillosos que nos muestra la naturaleza. Sin embargo, hay para mí algo más hermoso todavía que esto, y es poder contemplar por entre los árboles del bosque la figura del ciervo con sus crías o las veloces carreras de las ardillas, o poder ver, además de oír, esos pájaros de cantos sublimes, o incluso, ¿por qué no? poder ver en los lagos de aguas transparentes o en los remansos de los ríos a las truchas o salmones viviendo felices en su natural ambiente.

Si esa inmensa y bella naturaleza inerte de árboles y rocas nos maravilla, ¿cómo no ha de hacerlo la visión de las criaturas que viven, que sienten y que forman parte también de la naturaleza?

Por desgracia yo no poseo experiencia al respecto. Pese a que he ido muchas veces a la montaña, y a la alta montaña, nunca he podido contemplar la verdadera naturaleza viva que tanto me entusiasma aún sin verla. Mis experiencias han sido pocas, pero suficientes para imaginarme la extraordinaria sensación que debe causar una montaña habitada por animales no temerosos del hombre.

Sólo en una ocasión, mientras hacía un vivac cerca de Arties, en el Valle de Arán, noté que algo subía por la espalda de mi saco. El susto fue mayúsculo y rápidamente me puse en pie buscando con la linterna al culpable del sobresalto pero, muy lógicamente, él debió huir más asustado que yo. Por su peso me pareció del tamaño de un conejo, pero por su forma de moverse quizás una rana de gran tamaño. En todo caso y pese al susto, me satisfizo la experiencia de haber notado en forma viva a los habitantes nocturnos de los bosques.

Fue también en el Valle de Arán, en esta ocasión en un valle paralelo al mencionado antes, el de Tredós, donde pude imaginarme la vida hasta cierto punto intensa de unos parajes que nos parecen solitarios. Fue el día de Reyes de hace algunos años y todo aparecía cubierto por una capa de nieve virgen.

Eramos nosotros los que con nuestro paso íbamos abriendo camino. Al día siguiente, al levantarnos, vimos toda la superficie de nieve cruzada en mil sentidos por distintas huellas de animales del bosque. En mi ignorancia, no pude identificar ni una de ellas, pero me entusiasmó también en esa ocasión el haber sido testigo de una intensa vida que se oculta atemorizada a nuestros ojos.

La tercera experiencia; también en el Valle de Arán, en esta ocasión dentro de uno de los pueblos, fue encontrar la cría de un ave de rapiña. Sobre ella revoloteaba la familia a la espera de encontrar ocasión para llevársela. Era muy pequeña y la cogimos para acariciarla, sin embargo sus potentes garras consiguieron clavarse en nuestros dedos marcándose como agujas. Por fin, la dejamos en un lugar de más fácil acceso y nos escondimos para presenciar la escena pero, sin saber cómo, desapareció con sus mayores sin que nos percatásemos del momento.

He ahí mis únicas experiencias a este respecto después de muchos años de andar por las montañas en todas las épocas del año. Son simples y poco atractivas, pero para mí significaron algo; el aumento siempre creciente de mi deseo de poder caminar por un bosque habitado por liebres, cervatillos, conejos, pájaros, incluso osos y jabalíes, sin necesidad de sorprenderlos por casualidad antes de que huyan de su mayor enemigo: el hombre.

Me han explicado cómo en algunos parques de Alemania, en el propio Bayreuth, cuna del movimiento wagneriano, donde reposan los restos del inmortal maestro en una sencilla tumba junto a la de su esposa y a la de su perro, se puede dar de comer a las ardillas en la mano, mientras en los Parques Nacionales americanos incluso los osos se acercan amigables. Vivir en estos lugares sería para mí lo más bello del mundo.

El recuerdo del aquel inmortal poeta, Walter von der Vogelweide, que logró ser conocido por ese nombre ("El que da de comer a los pájaros") y que mandó cavar en su tumba unos huecos para poner comida y bebida para los pájaros, aunque nadie se cuidó de cumplir sus deseos, me hace envidiar que él tuviera la dicha de recorrer los bosques de Alemania, cantando sus bellas poesías, propias de un alma sensible y espiritual.

Lo que no puedo comprender es como muchos montañeros o amantes de la naturaleza que se extasían ante un paisaje inerte, no comparten mis ideas al respecto. Si los seres inanimados nos pueden inspirar el mayor gozo espiritual, lagos, ríos, montañas, bosques... con mayor razón lo pueden hacer esos seres vivos que sienten, gozan, sufren, se alegran y se entristecen y que poseen una sensibilidad muy superior a lo que se puede creer.

Lógicamente, si no comprendo a los montañeros que no piensan en esos animales, muchísimo menos puedo comprender la figura del cazador, el mayor enemigo de la naturaleza y de los bosques. El que un ser humano pueda relacionar la visión de un ciervo en el bosque con un asado de dicho animal y su único pensamiento sea disparar, me deprime, me desmoraliza, me enoja.

Me contaron que en la región de l'Estanyet, cerca de Nuria, aunque ya en territorio francés, un montañero presencié hace ya muchos años una escena inolvidable. Vio en unas montañas situadas en frente de donde él estaba un pequeño grupo de ciervos o animales parecidos. De pronto sonó un disparo y uno de ellos cayó, levantándose seguidamente herido. Todos

huyeron corriendo menos uno que retrocediendo sobre sus pasos ayudó al herido a continuar. Puedo asegurar, aunque ello sea incomprendido por los que nada sienten por los animales, que con gusto hubiera disparado yo sobre el cazador, sin remordimiento alguno de conciencia, pues el que es capaz de presenciar una escena así y no sentir cómo se le estrecha el corazón, actuando como Parsifal y echando lejos de sí el arma que empuña, no puede ser jamás un buen hombre, es mucho peor que la bestia más sanguinaria.

Por desgracia en este mundo son pocas las satisfacciones que se nos ofrecen. En un mundo de dolor y pesares encontramos sin embargo a la gente indiferente ante las pocas cosas que todavía hacen la vida digna de ser vivida. Los animales, esa naturaleza viva y en movimiento, que siente y sufre es olvidada por todos.

LOS ANIMALES Y LOS NIÑOS

Los niños por naturaleza no gustan de la carne. Sólo a base de obligarles a comerla poco a poco se acostumbran, hasta que llega a ser para ellos un alimento bueno y natural. Si desde pequeños se nos acostumbra a una alimentación vegetariana, fácilmente la asimilaríamos y en muchos aspectos más fácilmente que la comida cárneas. Tanto el pescado como la carne disgusta en principio a la mayoría de niños que se inclinan especialmente por la fruta. Sin duda alguna, una educación desde pequeños bastaría para convertir al mundo al vegetarianismo en apenas un par de generaciones.

Sin embargo, los padres siguen creyendo que una alimentación vegetariana, es insuficiente y se gastan gran cantidad de dinero, incluso las familias más pobres, en la adquisición de unos manjares mucho más caros, en líneas generales, que los vegetales.

Conseguir los objetivos fijados en este trabajo puede lograrse exclusivamente a través de una nueva educación entre los jóvenes. Dado lo arraigados que están los esquemas actuales, a este respecto muy poco puede conseguirse con los adultos y todo debería concentrarse en las nuevas generaciones, olvidándose totalmente de las pasadas, ya imposibles de regenerar.

Al igual que en lo relativo a la alimentación, los niños sienten espontáneamente una atracción por los animales. Casi siempre los que les temen son hijos de padres que también les tienen miedo, pero incluso en estos casos los niños instintivamente encuentran en los animales unos compañeros atractivos y divertidos. Los padres son los que coaccionan al niño al decirles que los perros le morderán, los gatos le arañarán u otra expresión similar. “¡Ten cuidado, no te haga daño ese caballo!”, “¡No te acerques a este perro que muerde!”, etc. son frases hechas que mentalizan al niño y lo predisponen a tener miedo de los animales, sin embargo, quien haya tenido perros o quien conozca sus instintos, sabrá que con nadie tienen tanta paciencia los animales como con los niños. Saben positivamente que se trata de crías de hombre y aunque unos aguanten más que otros, todos tratan a los pequeños con una delicadeza asombrosa. Por otra parte, el atractivo mutuo es notorio y cuando uno de los dos muere, el intenso sentimiento es exactamente igual en el niño con respecto a su perro, que en el perro con respecto al niño. Nada hay más hermoso que la sincera amistad entre niños y animales, aunque los padres se esfuercen en evitarlo, porque la casa huele a perro o se ensucia.

Los sentimientos de los niños son en muchos aspectos similares a los de los animales. Son espontáneos y no actúan con premeditación. Al tener un pájaro en las manos, lo último que se les ocurriría es matarlo para comerlo, aunque una mala educación inicial y el fomento del desprecio por los animales, hace nacer en algunos niños una crueldad sistemática quemando hormigas o asustando palomas que no hace sino retratar a sus padres como verdaderas bestias humanas.

Los niños ven en el animal un compañero de juegos e incluso entre los salvajes se da el caso de saber distinguir entre niños y adultos, aguantando con sorprendente paciencia los tratos más desconsiderados con la pobre bestia que aguanta inmutable todas las bromas de los niños.

No es necesario en este caso intentar encauzar los sentimientos de los

niños. Basta en la mayoría de ocasiones dejarles a su libre albedrío y permitirles que jueguen con toda clase de animales, y sin duda de ahí nacerá una auténtica mentalidad de amor a los animales que con el paso del tiempo irá dando solución a todos los problemas que existen a este respecto. Por otra parte, del trato con los animales y con la naturaleza el niño se formará con ideas nobles y con sentimientos más elevados, lo cual, a no dudarlo, debe beneficiar a la relación entre los pueblos.

Ofrecemos en esta obra algunas fotografías de niños con diversos animales que son harto elocuentes. En todas ellas se refleja una imagen de ternura que nos admira. Los niños y los animales son los dos seres más nobles, puros y sinceros que nos ofrece Dios en este mundo y la simple contemplación de las fotografías que aquí mostramos son ya toda una imagen de pureza, de paz y de buena voluntad.





ANIMALES DOMESTICOS

En las grandes urbes es donde se debate más frecuentemente el tema del amor a los animales y es, al mismo tiempo, el lugar donde existen menos cantidad de ellos. En los pueblos, contrariamente, el tema apenas interesa y se cuidan o abandonan a las bestias, pero en forma espontánea, sin plantearse el problema.

Desgraciadamente en España el resultado es un trato la mayor parte de las veces indigno y frecuentemente cruel para con ellos. A excepción del Valle de Arán —entre los poquísimos lugares de la geografía visitados por mí—, donde me ha sorprendido ver a perros de pastores o campesinos limpios, saludables, bien alimentados y que en muchas ocasiones vivían en sus propias casas ignoro si se ha debido a la casualidad o a una mejor predisposición en este sentido, en el resto de pueblos por mí visitados es frecuente ver perros cadavéricos, caballos tiñosos y vacas —estas últimas también en el Valle de Arán— sucias hasta lo indecible. Aquellas vacas suizas cuidadas con esmero y que son limpiadas con regular frecuencia, son totalmente desconocidas en España.

Pero pese a que los animales domésticos son muy poco numerosos en comparación con los salvajes o los correspondientes a la ganadería, son un fiel reflejo de la mentalidad de cada uno. Alimentar a un cerdo y cuidarlo lo mínimo posible es paralelo a los intereses de su dueño; incluso tolerar gatos y alimentarles para que les libren de los ratones, también va en favor de sus intereses. Pero los perros por ejemplo, excepto los que sirven a los pastores, carecen de interés y es en ellos donde se puede ver el sentimiento de cada cual.

En las grandes ciudades las personas se dividen en tres grandes grupos, en lo referente a este problema: los amantes de los animales, los indiferentes y los que los desprecian.

Podríamos casi asegurar que los indiferentes pasarían a formar parte del primer grupo si tuviesen la ocasión de convivir con un animal, con un perro, por ejemplo. Estos animales logran tan pronto hacerse querer por los que los rodean que es difícil sustraerse a este atractivo.

Es importante conocer a los perros para formarse una idea cabal de lo que sienten los animales en general. No hay duda de que el perro es uno de los animales más inteligentes pero, quizás por su tamaño y características, es casi el único conocido en el plano doméstico. Las historias que se pueden leer sobre nutrias, caballos, conejos, pájaros de todas clases, ciervos, etc. mencionemos anecdóticamente el papagayo de Wagner que tarareaba fragmentos de sus obras—, no dejan lugar a dudas de que todos los animales, en un grado u otro, tienen los mismos instintos, las mismas características que los perros, el animal doméstico por excelencia.

Los perros, por otra parte, constituyen la mayor población animal de las ciudades, mientras que, tratándose de un animal genuinamente doméstico, no se encuentra en la naturaleza. El problema grave que se suscita es el de saber si el perro es feliz conviviendo en una vivienda de las reducidas dimensiones de las de las ciudades y sin posibilidad de dar rienda suelta a su exuberante naturaleza, debiendo permanecer encerrado la mayor parte del tiempo.

Yo, particularmente, creo que los perros deberían vivir en aquellas casas que, cuanto menos, posean un pedazo de jardín. Pocas son las zonas verdes en las ciudades y, por si fuera poco, en ellas no se permite el tránsito de perros. He ahí una curiosa característica de nuestra civilización, más acusada todavía en España. Los perros son una realidad evidente, tienen que pagar unas cuotas determinadas en los Ayuntamientos, pero con dichas cuotas ni se construyen sociedades protectoras de animales, ni se crean zonas verdes para perros. Parece como si los perros fuesen una especie de capricho y lo único que hace el Ayuntamiento es legislación contra los perros y nunca a favor de ellos. Deben ir casi siempre atados, con bozal, prohibida su entrada en algunos parques, etc. Y todo ello es aceptado por los propietarios de animales que se ven obligados a sacarlos a pasear a altas horas de la noche o en la madrugada. Sin embargo, los perros tienen unos derechos y dado que pagan unos impuestos deben también estar protegidos por la ley. Ejemplo de que esto es así lo tenemos en Alemania durante la pasada guerra mundial donde se instituyó una cartilla de racionamiento para perros, por considerar que como habitantes vivos en territorio alemán tenían derecho a poder comer como los seres humanos.

Los perros de nuestras ciudades están condenados a una vida hasta cierto punto aburrida. Los propietarios de grandes mansiones tienen perros como guardianes y en muy pocas ocasiones como compañeros que conviven con ellos. Los propietarios de grandes pisos en las ciudades no quieren tener perros pues podrían ensuciarles las cortinas o estropearles la moqueta, lo cual impresionaría desfavorablemente a don Fulanez, director, propietario, accionista... de determinada empresa. Así los perros quedan limitados a ser compañeros de las familias de clase media y baja que son las que se dedican a recoger animales perdidos, curarlos, alimentar a los gatos callejeros, etc. De ahí que la gran mayoría de perros vivan en pisos pequeños y en condiciones nada óptimas.

Los gatos constituyen un fenómeno aparte. Son muchas las personas la mayor parte mujeres que para colmo serán objeto de burlas llamándolas viejas solteronas etc. que se dedican a alimentar a esos gatos que se hallan más que viviendo, sobreviviendo, en los interiores de las manzanas de todas las ciudades. Dichos animales son tolerados porque nos libran de las ratas y como premio a su labor se les concede la gracia de dejarles vivir si es que encuentran almas caritativas que los alimenten. Nada más absurdo que querer mantener gatos hambrientos como solución para combatir a las ratas. Cuanto más fuertes sean los gatos más probabilidades de éxito tendrán en su lucha contra dichos animales. Los gatos han nacido condenados a ser mirados con desprecio. Es casi imposible poder acariciar a un gato callejero ya que, mucho más inteligentes que los hombres a este respecto, saben lo peligroso que puede resultar fiarse de los seres humanos. Ya desde pequeños los niños españoles se divierten tirando cosas contra los gatos, práctica que se mantiene durante el resto de la vida. Los pobres felinos son los más despreciados y carecen de los más elementales derechos.

Dejando el tema de los gatos a un lado, encontramos que la posesión de perros es sumamente beneficiosa para todo el mundo. El perro es, en muchas ocasiones, superior al hombre en ciertos rasgos característicos. No voy a dedicarme a dilucidar si debido al instinto o a un carácter independiente de

éste, en todo caso la observación de un animal doméstico de este tipo es sumamente beneficiosa. Decía Schopenhauer que los perros son transparentes como el cristal y esta definición es con mucho la mejor de las posibles. También Schopenhauer ensalza esa forma espontánea y sincera de saludar que tienen los perros con el movimiento de su rabo. Sin duda, la mayor particularidad de los perros, lo más precioso de ellos, lo que hace que este gran filósofo afirme que si no hubiera perros no querría vivir, es la sinceridad y espontaneidad de todas sus manifestaciones. Cuando se halla triste, enfermo, contento, taciturno, enfadado molesto, etc., lo podemos apreciar con una sola mirada, es transparente como el cristal. Difícilmente un alumno de la escuela de arte dramático podría reflejarnos tan claramente sus sentimientos con la sola expresión de su rostro. Los perros —y con ellos otros animales poseen muchas de las cualidades de los hombres pero pocos de sus defectos. Los perros son alegres, agradecidos, fieles, sinceros, pero ignoran lo que es el odio, el rencor, la avaricia, la envidia, la soberbia, etc. Incluso cuando sienten celos por las caricias prodigadas a otro animal, casi nunca pelean por ello. Los perros, como menciona Wagner, no conocen la súplica, la rendición. Como la mayoría de los animales, luchan hasta morir con una fuerza extraordinaria y una valentía sin par.

Existen infinidad de historias de perros que parecen increíbles a quien no ha poseído a uno de estos animales. Su actitud es tan sincera que en muchas ocasiones sólo desearía que los hombres fuesen o fuésemos la mitad de nobles que ellos. Mencionando de nuevo a Wagner, apoyo su opinión de que la expresión “ser fiel como un perro” debería ser motivo de orgullo y alabanza y no decirse en sentido de crítica.

La historia recoge algunos casos de muertes de amor entre los hombres, como Tristán e Isolda. Son muchos los que dudan de la autenticidad de estas historias por creerlas imposibles al ser superiores a la naturaleza humana, sin embargo son muchos los casos de perros que, fallecidos sus dueños les han seguido poco después a la tumba y, si se me permite la herejía, al cielo. Sí, creo en una vida eterna después de esta vida temporal, pero creo que también a ella tendrán acceso esos seres nobles que nos acompañaron por el difícil camino de la vida y que deben ir con nosotros a esa anhelada gloria. Si los animales no tuviesen cabida en el cielo, para mí la religión, la Iglesia y el mismo Dios, serían injustos y no quisiera una vida superior que ha sido negada a seres mucho más nobles. Creo que, sin lugar a dudas, los animales tienen alma además de cerebro, mientras que los hombres a esa alma unen un espíritu. Los animales lloran, sienten, gozan, padecen y los sentimientos no los puede albergar su cerebro. Por otra parte su inteligencia meramente cerebral es muy limitada, mientras que su nobleza de carácter es muy elevada, siendo imposible que se halle radicada en el cerebro. La muerte por amor de miles de animales fieles a sus amos, no puede ser premiada con la nada.

Es sorprendente ver a esos animales que soportan malos tratos y siguen siendo fieles, que saben perdonar y amar con todo el corazón y que acusan profundamente las recriminaciones. No hay nada más educativo para una familia, y sobre todo para una familia con hijos, que la espontaneidad y sinceridad de un perro que cada vez que llegamos a casa nos recibe como si hiciese diez años que no nos había visto y que, al cabo de un mínimo

de tiempo, se ha apoderado del corazón de todos, pues ni los hijos, ni la esposa, ni los padres, expresan tanta alegría al vernos como esos despreciados animales domésticos.

Los hemos conocido casos sorprendentes y hemos tenido referencias de otros más sorprendentes. Yo ví, hace unos años, en la calle Infanta Carlota a un perro muerto junto a la acera y a su lado, tocándole con la pata y llorando con esa voz tan emotiva de los perros, a un compañero suyo, intentando resucitar a su amigo. La expresión tan sincera del animal que ignora lo que sucede, pero que desea de corazón que pueda remediarse hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas y creo que aquéllos que son capaces de pasar sin fijarse o importarles lo que sucede, son indignos de llamarse auténticos hombres, son el prototipo de lo que se quiere considerar un "hombre", bebedor, pendenciero y sin sentimientos, imagen muy lejana del auténtico ser humano, de aquel que sabe apreciar la belleza de una flor, pero que también sabe empuñar la espada, si es necesario, para combatir la injusticia y defender nobles principios, o ¿por qué no? para llegar allí donde no llega la justicia. Si los amantes de los animales se organizaran debidamente y propinasen contundentes palizas a esos casos que se conocen repetidamente de crueldad con los animales, quizás se conseguiría reducir la bestialidad humana más que con las multas de 500 Ptas. por malos tratos.

Mi hermano, estando vivaquenado cerca de Espot, al despertarse se le acercó un perro que insistentemente le indicaba que le siguiera. Conocedor de la inteligencia de los animales, así lo hizo, pero ya estaba a punto de desistir, después de haber subido bastante por la montaña, cuando encontró a otro perro que tenía una pata atrapada en unas ramas. Lo liberó y ambos perros marcharon encantados y agradecidos.

Junto a esos casos que uno ha vivido en una forma u otra, cada año se reseñan historias verdaderamente fantásticas, de auténticas gestas debidas a animales. Los que poseen perros o cualquier otro tipo de animal, saben que dichas historias son posibles, sin embargo los despreciadores de los perros dudan en ocasiones de su autenticidad. Todas son sin embargo demostrables.

Uno de los casos más singulares de fidelidad lo tenemos en la historia de un perro viejo y asmático, cuyo dueño se decidió por fin a darle muerte dado su estado de salud. Pensó en tirarlo al mar y atándole una piedra al cuello lo precipitó al agua. El viento se le llevó la gorra que cayó también al mar. Por la noche le pareció oír un suave gemir y creyó que era su propia conciencia que le jugaba una mala pasada, pero al levantarse al día siguiente encontró a su viejo perro, junto con su gorra perdida, muerto junto a la puerta. Sin lugar a dudas el perro ni en un solo momento sintió odio por su amo al que demostró querer más que su amo a él.

Otras dos historias nos las dan dos perros lazarillos. Estos animales son extraordinariamente fieles y abnegados. Una de estas historias explica cómo al ser atropellado el ciego al que acompañaba el perro, quedó éste perdido y vagabundo, toda vez que nadie reparó en él al preocuparse de atender al ciego. Corriendo por las calles y perseguido por unos niños que le molestaban incesantemente, decidió atravesar un río, en el preciso instante en que un niño estaba ahogándose. El perro, como en tantas otras ocasiones que se relatan, salvó al niño de morir ahogado y diversas personas que habían salido a salvarle, le cogieron y le pusieron a salvo. Nuevamente nadie re-

paró en el perro, pero pasados los primeros momentos de precipitación, los padres del niño salvado quisieron saber qué había ocurrido con el salvador y de la investigación seguida se supo que capturado por los perreros había sido muerto poco después. Así pudo reconstruirse esta singular historia.

El otro caso de un perro lazarillo es igualmente singular. Después de muchos años de fiel servicio, el ciego al que conducía empezó a notar en él ciertos titubeos, especialmente cuando por alguna razón dejaban de seguir el camino habitual. Preocupado por ello llevó el perro al veterinario el que le informó, con la consiguiente sorpresa, de que su perro era igualmente ciego. Además, según aseguró el veterinario, lo era desde hacía bastante tiempo dado que su enfermedad había sido progresiva, sin embargo el animal, que iba perdiendo progresivamente la vista, se fue acostumbrando al recorrido habitual y con el oído y el olfato lograba conducir con seguridad a su amo, pero tenía lógicas dificultades cuando se seguía distinto recorrido del que era normal.

Cada año pueden leerse las historias de diversos perros que recorren grandes distancias para volver al lado de sus amos. Algunas veces los amos les han abandonado premeditadamente, en cuyo caso el drama del pobre animal no termina con ese esfuerzo sobrehumano, en otros, los amos lo acogen con cariño dado que no se habían querido desprender de él. El caso más singular al respecto que conozco es el del perro "Black" que había sido dejado por sus dueños a unos primos por tener que marchar al otro lado de Francia para residir allí. Su dueño se percató de que en las inmediaciones de su trabajo correteaba un perro negro de triste aspecto, sucio y flaco, pero su sorpresa fue grande cuando en una de las calles del pueblo vió de nuevo al animal que, viéndole en esta ocasión, se precipitó sobre él. Había viajado 1.300 kilómetros, desde Bethume a Chateaurenard interesándose en esta auténtica gesta diversos veterinarios que no acertaban a comprender cómo era posible seguir una pista durante tantos kilómetros.

Como caso de singular fidelidad tenemos también el recientemente publicado por la prensa y que sigue siendo actualidad en un pueblo de la provincia de Murcia. A la muerte de su dueño su perro se quedó junto a la tumba en el cementerio. Nadie ha logrado sacarle de allí y diversas personas se turnan para llevarle alimentos. Hace ya varios años que permanece costudiando la última morada de su amo y sigue todavía hoy en su puesto a la espera de poderle acompañar a su nueva vida.

Caso similar y ya histórico es el de Bobby que en 1858 mantuvo guardia durante 14 años junto a la tumba de su amo. 14 años, es decir, prácticamente toda su vida, la pasó custodiando la sepultura de su amigo, caso difícil de darse entre los seres humanos.

Y por tratarse de un hecho reciente, mencionemos el caso de un perro en Teviglio que abandonado por su dueño permaneció 15 días aullando y ladrando, sin moverse de donde fue dejado. Nadie se le podía acercar y no quería moverse, esperando posiblemente que su amo volvería a recogerle en aquel sitio. La noticia apareció en la prensa a los quince días del hecho, ignorando cuál ha sido el destino posterior del animal.

También en la prensa diaria pudimos leer la historia del perro "Sultán" para el cual su dueño, el niño de tres años Julito González, pide un pata

ortopédica. El perro le salvó la vida al retenerle por la ropa cuando el niño había pasado por entre los barrotes de la baranda del balcón. El fiel animal lo tuvo cogido hasta que vino ayuda.

Otro caso, ahora divertido, es el de un perro que, habiéndose acostumbrado a ver al médico cada vez que su ama tenía dolores, próxima a dar a luz, percatándose de que nuevamente los tenía, fue a buscar al mismo médico de costumbre, pudiendo asistir a la parturienta a tiempo. Se hizo famoso en la localidad debido a ello y se le requería para que prestara el mismo servicio cada vez que algún vecino se halla en igual situación, cumpliendo siempre puntualmente con su cometido y trayendo sin faltar al médico. Cual no sería la sorpresa de éste cuando en una ocasión, al seguir al perro como habitualmente hacía, se encontró con una perrita que estaba dando a luz y, como en ocasiones anteriores, también asistió a la parturienta con solicitud.

Nuevo caso sorprendente es el de un perro vagabundo que acostumbraba a recibir su comida diariamente en un hospital. Por fin, apiadada una persona del animal, se lo llevó a su casa para cuidarlo, pero puntualmente, a una determinada hora el animal se ausentaba, para volver pasado un cierto tiempo. Vista la regularidad de las salidas del animal, su dueño decidió seguirlo y cuál sería su sorpresa al comprobar que se dirigía a un Hospital y que allí le daban comida que se llevaba hasta otros perros vagabundos de la localidad. Sin duda el animal se resistía a abandonar tan provechoso hospital.

Otro caso, sin duda inexplicable y sobre el que se han vertido distintas teorías, es el de Héctor, un terrier que se introdujo en un carguero que se hallaba en Vancouver. El perro parecía conocer las costumbres de a bordo y pasaba el día junto a la bitácora donde el segundo oficial del buque prestaba servicio. Fue justamente el segundo oficial el que se había percatado de que este perro había estado subiendo en todos los barcos del puerto ignorando la razón por la cual eligió ese. Al llegar a su destino, el puerto de Yokohama en el Japón, el perro empezó a moverse preocupado. De un barco cercano un sampán había recogido a dos hombres y los llevaba al puerto. Al pasar el sampán cerca del barco donde viajaba el perro, éste empezó a dar saltos y a sollozar. Atrajó así la mirada de los ocupantes del sampán, uno de los cuales correspondió con igual actitud. El perro, sin dudarlo, se arrojó al agua y fue recogido por el que era su propietario. Una vez en tierra se supo que al no encontrar a Héctor, el barco había tenido que zarpar sin él. Nadie logró explicarse cómo había podido saber Héctor que ese barco iba justamente al mismo sitio que el otro. El capitán Kenneth Dodson, habiendo oído relatar la historia, decidió comprobarla y pese a haber transcurrido 34 años desde el suceso, logró encontrar a los oficiales de los dos buques en cuestión. Nadie supo nunca aclarar el problema ¿Simple casualidad? ¿Intuición? Nadie lo supo, pero la historia es auténtica.

Y como caso extraordinario y misterioso mencionemos el de otro perro que habiendo fallecido su dueño hacía varios años, de pronto un día empezó a jugar, moviendo el rabo insistentemente y dando saltos de alegría. Se dirigió al sillón donde habitualmente se sentaba su amo y fue presuroso a llevarle las zapatillas como tenía por costumbre, se quedó agazapado junto al sillón y poco después se percataron de que estaba muerto. ¿Había sido la imaginación del animal? ¿Viéndose cercano a la muerte había pensado instintivamente en su amo? Este, como otros sucesos, quedan sin explicación posible.

No sólo de los perros pueden contarse historias. Es lógico que siendo el animal doméstico por excelencia, sean más frecuentes los hechos conocidos sobre ellos, pero casos similares podemos encontrarlos en muchos otros animales y el afán sociable de muchas especies es simplemente desconocido por ser más raras que los perros. Pero son varios los casos curiosos que nos explican personas que viven en territorios cercanos a bosques salvajes o que por su trabajo han tenido que entrar en contacto con animales poco comunes. Son conocidas las historias de delfines, siempre amigables del hombre, pero es más raro el caso comentado por unos investigadores sobre un bacalao que se hizo amigo de ellos, dejándose acariciar y jugando constantemente con los buceadores. Le habían enseñado juegos y sujetado a horarios para la comida, por fin tuvieron que abandonar el lugar, pero al cabo de unos años oyeron a los miembros de otra expedición en el mismo lugar, referir la anécdota de un bacalao que se les había acercado amigablemente, por desgracia la convivencia con animales marinos es siempre más difícil para el hombre.

Otro caso singular lo relata un explorador en los bosques del Canadá. Explicaba que, hallándose pescando tranquilamente, se percató de que detrás suyo se hallaba un voluminoso oso gris. Decidió darle todo lo que había pescado y seguir lográndole comida. Así lo hizo, y el oso empezó a tomarle cariño. Le acompañó algunos días e incluso jugaban en ocasiones, si bien el peso del oso o sus suaves golpes eran para el ser humano demasiado violentos. A veces lo perdía de vista, pero al cabo de un rato reaparecía. De pronto de una ocasión se le acercaron un grupo de osos y, de nuevo apareció su amigo auyentándolos. Por fin, viéndose ya lejos de su habitual dominio, el oso abandonó al amigo humano que continuó su camino.

También un oso es el protagonista de otra historia. En una hacienda situada en el noroeste de los Estados Unidos, uno de los perros se adentró en el bosque y al cabo de un rato apareció con un oseño de 9 semanas. Al ver al dueño de la hacienda, el osito pareció identificarlo con su madre y rápidamente se encaramó por sus piernas hasta el cuello. Aquel animal fue creciendo y ya de regular tamaño, seguía durmiendo acurrucado junto al cuello de su amigo humano. Buscando el calor se escondía en el motor del coche y en una ocasión el propietario no se percató del intruso hasta varios kilómetros después, obligándole a salir de su escondite, donde se hallaba asustadísimo. A medida que se fue haciendo grande sus excursiones al bosque fueron mayores y en ocasiones no volvía en toda la noche. El propietario de la hacienda nunca hizo nada para que se quedase con ellos pero fue imaginando con tristeza que al cabo del tiempo acabaría por desaparecer.

Otro caso similar le ocurrió a la misma persona, cuando un cervatillo llegó a la granja y pidió también hospitalidad. Posiblemente, como en el caso del oseño, su madre habría sido herida por un cazador de los que abundaban en la región. Primero se creyó que el cervatillo volvería pronto al bosque y por ello no se dió más importancia al asunto, pero al ver que no ocurría así, el propietario de la hacienda decidió quedarse a dormir con él a cuyo fin bajo un colchón al patio acostándose allí lo cual, al verlo el cervatillo, le movió a acercarse y acurrucarse junto a él en el colchón. Llegó a convertirse en un ciervo hecho y derecho, hasta que para protegerlo de

los cazadores que inundan esa región, cerca de Seattle, y con los que había tenido problemas, lo llevó a un zoológico, donde lo visita regularmente.

Podríamos seguir con un largo etcétera. El famoso león que dió pie a la película "Nacida Libre"; el chimpancé que convertido casi en una persona se escapó por la ciudad y causó un espanto considerable al querer viajar en un autobús y todos los casos mencionados en el libro "Los animales llamados salvajes" publicado en la colección Austral.

Historias alegres, divertidas, emotivas, tristes, jalonan la vida de unos animales todavía demasiado olvidados. Inteligentes y pillos, son innumerables las hazañas que a diario realizan en cada familia con sus gracias y su picardía, como el que enojado con un mozo, cada vez que se acercaba chillaba como si le pisasen la pata para lograr que lo reprendieran; o el perro que en Arnhem fue amaestrado por unos niños para que robase golosinas de los supermercados, compartiendolas luego amigablemente; o el que refiere Konrad Lorenz sobre su propio perro que ya viejo en ocasiones no le reconocía y salía corriendo ladrando y para no reconocer su error, pasaba junto a él y seguía ladrando más allá, como si el motivo de sus ladridos fuese otro o también el del perro que habiéndole atado unos gamberros una cacerola en la cola, se dirigió a una comisaría de policía pues había visto que sus dueños iban allí cuando tenían problemas, etc. etc. Pequeños detalles que se encuentran en todos los animales.

Muchas veces los que amamos a los animales nos sentimos inclinados a defenderlos con tanta pasión que parece como si nuestro amor por ellos sea paralelo a un desprecio por el género humano. Esto es sin duda exagerado, pero tengamos presente que el animal es como un niño, incapaz de comunicarse verbalmente con nosotros. Cuando está enfermo no comprende el porqué de su dolor y nosotros debemos limitarnos a adivinar sus dolencias. En ocasiones un perro cercano a la muerte, inmóvil y sin posibilidad de moverse, sufre extraordinariamente porque tiene sed y a lo mejor nosotros no llegamos a averiguarlo, otras veces desea que se le cambie de posición, y todo esto, tan simple, tan sencillo para un hombre, es imposible para él comunicarlo. Por ello el perro, el animal que sufre, al igual que el niño que padece, nos impresiona y emociona más que el adulto que conoce la vida y tiene incluso unas creencias religiosas.

LOS TOPICOS

Justamente de este sentimiento que experimentamos hacia el sufrimiento de los animales, que supera a veces el referido a los hombres, hace que se formen una serie de tópicos concretos.

Es frecuente que ante una persona dedicada por entero al cuidado de los animales y que sufra por los más mínimos detalles, un animal herido, perdido, etc. se encuentre siempre la que se permita decir que mejor se haría cuidando niños enfermos o hambrientos. En contra de lo que podría pensarse, los que tal dicen ni tienen recogido ningún niño, ni les preocupa en absoluto lo que les ocurra a los niños. Ellos tienen su vida cómoda, gastan su dinero en el fútbol o las corridas de toros y mantienen una existencia burguesa en el sentido espiritual y material de la palabra. Lógicamente, si la persona

que nos dijese esto fuese ella misma dedicada a cuidar niños, a socorrer niños huérfanos o hambrientos, tendríamos que callar, pero esas personas que dedican su vida a los niños saben comprender perfectamente el que otras se dediquen a los animales y jamás se atreverían a decir nada, pues consideran esta labor extraordinariamente positiva. Por lo tanto debemos hacer caso omiso de esas personas a las que las corrientes igualitaristas pretenden hacer iguales a los demás pero que son muy inferiores.

Incluso en una Hoja Diocesana de Gerona de hace algunos años, apareció un artículo bochornoso, poniendo de manifiesto este absoluto distanciamiento de la Iglesia de los problemas de los animales. Se comentaba en dicha Hoja un hecho acaecido en un pueblo de la provincia en el cual un burro de gitanos había sido recogido por unas personas que lo cuidaron pues estaba medio muerto. El comentario pretendía hacer el razonamiento mencionado y pasaba a comentar, en plan folletinesco, una historia entre dos negros en Estados Unidos, uno de los cuales le decía al otro que le pasase la lata de comida para perros, queriendo con ello decir que los negros, en aquella parte del mundo, no pueden comer como los blancos, que gastan su dinero en cuidar burros. Lo más curioso del caso es que el resultado conseguido era justamente el contrario. Lo que parecía más bien es que se trataba de negros con gustos exóticos, pues no hay duda de que una lata de anchoas y pan es más barato que una lata de carne para perros. El relato se nos antojaba como una crítica a los negros por preferir la carne para perros a la de para humanos, quizás porque se parecía más a la de humanos, como era costumbre en sus antepasados. La demagogia barata puede pues volverse en contra de los que la utilizan pero en todo caso debe preocuparnos muy poco pues, como escribí yo al autor de este comentario en la Hoja Dominical, imaginaba que no recibiría mi carta, pues después de haber escrito ese artículo, sin duda que se habría ido a Uganda a cuidar a los negros, pero no, como es siempre de esperar, ese señor vivía cómodamente en Gerona mientras en los países africanos se hallan los mejores sacerdotes que serían sin duda incapaces de escribir en estos términos criticando una obra humanitaria.

Si en un incendio se hallan abandonados en un edificio un niño y un perro, una persona amante de los animales salvará, sin ningún género de dudas, primero al niño, pero después al perro si todavía tiene tiempo. Los que no aman a los animales se cuidarán —si es que se cuidan— del niño y el perro les importará muy poco. Esto es prueba evidente de que los amantes de los animales son personas superiores a los que no les aman.

Otro de los tópicos de los que se oponen a los animales domésticos es el de que ensucian las ciudades. Sin duda es cierto y lamentable, pero no lo es menos que no se ha buscado ninguna solución, excepto en Alemania donde se han instalado W.C. para perros. Los animales domésticos carecen de zonas especiales para ellos, son obligados a llevar bozal, sus ladridos pueden ser objeto de denuncia con peligrosas sanciones etc., pero en lo positivo nada se ha hecho. Ciertamente ensucian las calles pero mucho menos, por ejemplo, que los cigarrillos. Miremos cualquier fragmento de acera y comprobaremos el gran número de colillas, cenizas, etc. que se encuentra. Si tenemos en cuenta que son personas las que fuman, fácilmente podría corregirse esta falta de higiene y, sin embargo, no lo hacen y nadie se queja —quizás por

aquella absurda ley democrática según la cual la mayoría siempre tiene razón, aunque no la tenga y siendo mayoría los que fuman y minoría los amantes de los animales, sólo se protesta en contra de estos últimos. No son animales los que dejan sus motos en las aceras dejando profusas marcas de aceite, ni son animales los que ensucian las paredes de las ciudades con inscripciones varias, ni son animales los que tiran papeles, arrojan basura, ni lo son tampoco los que queman buzones, asustan a jóvenes, roban bolsos etc. etc. ó como contestó despreciativamente un amigo mío a un vecino que se distinguía por su poca simpatía por los animales y que hizo alusión a las palabrotas que figuran escritas en todos los ascensores de España, "mi perro no ha sido, no sabe escribir. Quizás otro". Pese a ello los perros están obligados a llevar bozales —aunque por suerte la ley no se cumple demasiado— y los hombres no están obligados preventivamente como se hace con los perros— a ir esposados. Los automóviles polucionan la ciudad, hacen ruido, llenan de humo, causan accidentes, pero lo único que preocupa a los municipios es que los perros lleven bozal. Así ya está garantizada la seguridad en las calles.

También dignos de enojo son esos carteles de "perros no" que figuran en restaurantes, hoteles, supermercados, etc. Yo hace ya años tomé la decisión de no entrar en ninguno de esos sitios, aunque por comodidad me fuese más fácil. Aunque tuviese que prescindir de algo necesario. Un categórico no a esos establecimientos estúpidos que prohíben la entrada a los animales. Creo que hay suficiente gente propietaria de animales como para boicotear con éxito a esos comercios y también para beneficiar a los que no tienen esos absurdos prejuicios. Estoy de acuerdo con un letrero que diga "Perros mal educados no", pero claro eso exigiría añadir "Niños mal educados tampoco", "Personas mal educadas stop" etc. etc. Cuando veo esas señoras que para comprar cualquier menudencia se hacen enseñar todos los artículos de la tienda, o cuando veo niños que juegan con los artículos en los supermercados, o lloran ante la impasible contemplación de sus padres, no puedo menos que reiterarme en mi postura de boicotear esos establecimientos estúpidos que prohíben a los perros. Yo aceptaría, ya que hay mucho perro mal educado, una multa, considerable además, para todo animal que se hiciese sus necesidades en un establecimiento público o tocase la mercancía, pero esa multa debería ser igual para un niño o un adulto que incurriese en igual infracción. Mientras persista la situación actual pido y casi exijo a los amantes de los animales que boicoteen estos establecimientos.

Las críticas no conducen a nada, lo importante son las soluciones. He ahí el problema, pero mientras los ayuntamientos se limiten a cobrar y a restringir la libertad de los animales sin buscar otra solución no habremos dado un paso siquiera en el camino de los animales domésticos.

Quizás llegue un día en que podamos reunir una importante manifestación de perros y amos y protestemos así por todo este injusto trato a los animales. Hoy que todo el mundo protesta por cualquier cosa, sólo faltamos nosotros. Podríamos convocar nuestra reunión frente a las Cortes y aunque el resultado de la misma no creo que fuese muy provechoso, por lo menos nuestros perros podrían transmitir nuestra opinión sobre el ilustre edificio, levantando su patita trasera y dejando constancia de la importancia que merece para nosotros dicha institución discutidora.

Un mono al que quiere hacerse leucémico para estudiar sobre él. Experimentos que pueden ser útiles a los hombres, pero que son inmorales. Wagner combatió la vivisección por razones de piedad, desterrando todo fin utilitario.



LA CRUELDAD CON LOS ANIMALES

Dos aspectos de los mencionados en este libro son auténticamente básicos para juzgar el grado de cultura de un pueblo. Se trata por un lado de su alimentación y por el otro del trato dado a los animales. Ambas cuestiones retratan perfectamente el nivel de cultura de los pueblos aunque, lógicamente, hay también otros aspectos a considerar, importantes igualmente, de los que no nos ocuparemos por no estar dentro de la temática que tratamos en esta obra.

La forma de alimentación es fundamental. Mientras las tribus negras de Africa son capaces de comer seres humanos y es en ellos práctica corriente beber la sangre de los animales recién muertos, a medida que los pueblos se van civilizando se limita cada vez más el número de animales comestibles, se organizan mataderos que ocultan a los consumidores el espectáculo sanginario de las muertes y se tiende, progresivamente, a presentar los alimentos en envases, plastificados de forma que, como el jamón, lleguen a parecer-nos un producto sintético y lo asociemos lo menos posible a la muerte de un animal criado con el único objeto de ser degollado.

He dicho antes que para juzgar el grado de cultura de un pueblo hay que tener en cuenta dos factores, y justamente también el otro tiene una gran importancia. Hoy día, nuestra sociedad tiene un alto grado de tecnología, pero los criterios morales que la rigen son muy inferiores a lo que debiera corresponder a este grado de progreso tecnológico. Nuestra sociedad, materialista en todos los órdenes, intenta no dar la cara al problema y simplemente procura camuflar o disimular todas las cosas, por un lado se procura que un pedazo de carne se parezca lo menos posible a lo que es, dando incluso las albóndigas hechas ya, etc., por el otro se procura soslayar el problema de la crueldad con los animales pues significaría un difícil problema para poder acabar con él en todo el ámbito de una nación.

La crueldad con los animales es también punto indicativo del grado de cultura, y en este lugar es preciso hacer una distinción entre civilización y cultura. A la primera corresponde un progreso técnico, a la segunda un progreso moral. No debemos pues hacernos demasiadas ilusiones, ya que aunque podríamos creer erróneamente que nuestro mundo occidental ha alcanzado un alto grado de cultura, esto no es en absoluto cierto. No existe ninguna duda de que en los pueblos africanos se cometen salvajadas y crueldades cuya simple enumeración basta para calificarlas de incivilizadas y salvajes. En nuestro mundo occidental no se cometen tales atrocidades, sin embargo distamos mucho de ser lo que aparentamos. A la cabeza de los civilizados sin cultura debemos mencionar a los judíos, cuyo rito de degollamiento de animales, realizado en forma primitiva, ritual y salvaje, hace sufrir a las bestias sacrificadas y, pese a las más intensas campañas, sigue practicándose en todos los países del mundo. Este rito ancestral es muestra clara de una civilización que carece de elevación cultural y que, a lo largo de miles de años, ha progresado tecnológicamente sin haber dado apenas un paso en el terreno de la formación moral.

Schopenhauer llega a indignarse por ello y dice: "La piedad, principio de toda moralidad, toma también a los animales bajo su protección, mien-

tras que en los otros sistemas de moral europea se tiene para con ellos tan poca responsabilidad como miramientos. La pretendida carencia de derechos de los animales, el prejuicio de que nuestra conducta con ellos no tiene importancia moral, de que como se suele decir, no hay deberes para con los irracionales, todo esto es, ciertamente, una grosería que repugna; una barbarie de Occidente, que toma su origen del judaísmo. Es necesario recordar a esos desdeñosos de los brutos, a esos occidentales judaizantes, que igual que ellos fueron amamantados por sus madres, el perro también lo fue por la suya. La piedad está íntimamente unida a la bondad de carácter, de tal manera que puede afirmarse con seguridad que quien es cruel con los animales no puede ser un buen hombre”.

El hecho de que nuestra civilización occidental permita la práctica del degollamiento judío en mataderos especiales o en los mismos que sirven carne a los demás, ya dice bien poco en favor de nuestro mundo, pero aquí, como en lo mencionado antes de la alimentación, nos hallamos ante un camuflaje del problema. Nuestra civilización se ha vuelto cobarde. El confort y el bienestar han aburguesado a la mayoría de habitantes que son incapaces de contemplar una herida o de presenciar el más mínimo derramamiento de sangre. Esta civilización, huyendo de la sangre, ha organizado una gran pantalla que le oculte los cruentos espectáculos de los mataderos. Se preocupa, eso sí, de conseguir medios más humanos para matar, pero es incapaz de suprimir progresivamente la alimentación cárnea en favor de la supresión de la crueldad. Al contrario, detrás del decorado de nuestra civilización, hay infinidad de negocios destinados a explotar a los animales y sacar fines utilitarios de su muerte. El dolor y la muerte que causa el hombre a los animales no se soluciona con un servicio de recogida de perros perdidos, sino con una revolución mundial de carácter moral. Pasemos revista a algunas crueldades. El Ejército Norteamericano adiestra a los delfines para que se acerque a los barcos con minas atadas a su costado; la URSS adiestra perros para luchar contra los tanques con igual procedimiento. Sólo en el Centro de Investigación de los Institutos Nacionales de Salud de Bethesda, Maryland, son utilizados anualmente 800.000 animales; la policía adiestra a perros para buscar drogas, pero en ocasiones droga al perro para que su necesidad les lleve a las drogas; 50.000 ballenas son muertas cada año, unos 25 millones de animales son asesinados para conseguir su piel; dos millones de visones son muertos en la URSS para abrigo y algunos de ellos, como las focas, son muertos simplemente a palos, hecho denunciado por Brigitte Bardot que pese a su influencia y a haber ido a pintar las focas para estropear su piel, no ha logrado detener el masivo asesinato, realizado con medios crueles y salvajes; recordemos las granjas donde los animales son tratados como máquinas o las fábricas de foie-gras donde se cortan las patas a los patos para que estando quietos engorden más fácilmente, pero todo esto no nos puede extrañar cuando leemos que durante las Fiestas de San Juan, pueblecito español, por pura diversión le quemaron los ojos a un toro; o en otra localidad donde a un cachorro le colocaron un collar de hierro soldado de manera que a medida que se hacía mayor se iba degollando a sí mismo; o en el país vasco donde se juega con una oca viva a la cual debe arrancarse la cabeza en signo de victoria, mientras que pasa por debajo de ella suspendida sobre el agua; o en otra localidad de Barcelona donde por una simple

propina el basurero se deshacía de los perros de la vecindad tirándolos vivos en el triturador de basura de los camiones; u otro caso ocurrido en Las Palmas donde un profesor de quinto de G. Básica hizo tirar por la ventana de la clase a un perro que había entrado sin permiso; o la mil veces repetida hazaña de abandonar a un perro dejándolo atado a un árbol o abandonándolo en la carretera, como el caso del coche matrícula B-392170 que en las proximidades de San Feliu de Llobregat —como cita la revista PREGON, calle Vico, 21, Barcelona, revista recomendada por su labor en defensa de los animales— abandonó a su perro y al serle preguntado si era suyo, contestó negativamente, marchándose con su vehículo y desapareciendo tras él el fiel perro que seguía amando a su amo.

Esas personas capaces de tales canalladas son un peligro para la humanidad. Yo no podría vivir tranquilo teniendo por vecino al basurero mencionado que es capaz de echar vivos perros a la trituradora ni con ninguno de los otros ejemplos mencionados. ¡Y esto pasa en Europa! ¡Qué pasara en Africa! Para mí todas estas personas si es que merecen tal calificativo—merecen la prisión o la muerte, la sociedad tiene que librarse de ellas pues son un peligro constante ya que demuestran una falta total de sentimientos, demuestran hallarse por debajo de los animales, quizás no merecen ser considerados ni como minerales. Son monstruos del siglo XX que deben desaparecer o a los que se debiera dar un castigo ejemplar para sino por amor a las criaturas vivas, si por temor a las represalias, se limitasen estos espectáculos.

Suerte que de vez en cuando esos casos tienen su contrapartida en la nobleza de algunos hombres que manteniéndose al margen de la podredumbre general, saben responder a lo que debería ser la moral de nuestra civilización. Tal es el caso de Antonio Marín Cano, el agente de la Policía Municipal que no dudó en aplicar la respiración boca a boca a un perro recién rescatado de un incendio y que se ahogaba y gracias a cuya intervención recuperó su respiración y salvó la vida, o Antonio Barrera Luna, bombero de Cádiz que al ir a restacar a un perro que había sido tirado al mar y que había alcanzado unas rocas a nado y volviéndose a tirar al mar a ver acercarse a los bomberos, no dudó en seguir al perro hasta alcanzarlo y traerlo sano y salvo a tierra.

Todos somos en parte culpables de algunas de esas crueldades. De todas aquéllas de las que nos beneficiamos y a las que no queremos renunciar, negándonos a ver la realidad. Miles de animales sufren para que nosotros nos engordemos como tocinos o para que vistamos elegantemente o utilizemos perfumes caros y debemos ser conscientes de nuestra culpa.

Nuestro mundo no ha renunciado ni a una sola cosa en favor de los animales, al contrario y mientras en la Edad Media los hombres mataban únicamente para comer y para vestirse, pese a que estaban acostumbrados al derramamiento de sangre, hoy en día somos incapaces de matar nosotros mismos a los animales, pero aceptamos con beneplácito las muertes para vestidos de lujo o platos especiales y así incluso aceptamos la venta de animales vivos —especialmente marisco— que comemos sin remordimientos de conciencia, excepto los pocos vegetarianos que lo son por no caer en lo que digo.

No debe confundirse nunca la cobardía o el afeminamiento de una so-

ciudad con el principio de regeneración. Debemos ser capaces de hacer frente a las situaciones que se nos presenten, de pelear en una guerra si se nos quiere desposeer de todo aquello por lo que hemos luchado, de participar si las hubiese— en nuevas cruzadas destinadas a reparar injusticias o a defender derechos de los que los tienen pero les son pisoteados por enemigos injustos. Debemos estar dispuestos —aunque deseemos por todos los medios evitarlo— a hacer frente, con todas nuestras fuerzas, a los mayores problemas, sin asustarnos cobardemente ante el derramamiento de sangre si ello es necesario, puesto que nuestra existencia ha sido posible gracias a la sangre derramada por los que nos precedieron. Pero nuestra civilización, demasiado cobarde para luchar, se complace en las películas morbosas, en las fotografías de accidentes, en las filmaciones de ejecuciones en países salvajes y en las escenas de violencia. Nuestro mundo ama la guerra, se complace con la guerra pero proclama el pacifismo, ama la violencia pero es incapaz de afrontarla. Un grado de cultura en lugar de civilización nos haría detestar la violencia, pero estar dispuestos a afrontarla. Suprimir de nuestras películas los miles de asesinatos y dedicarnos a acabar con la delincuencia con las armas en la mano, detestando nuestro trabajo, pero aceptándolo como una misión en el mundo. Pero mal defenderemos los derechos de los animales si no queremos renunciar a nada para evitar su muerte. El mayor absurdo de nuestro mundo —que quiero repetir una vez más— es que nos preocupemos del sufrimiento de un perro, y olvidemos, y ni tengamos en cuenta, los cientos de miles de millones de animales que mueren cada año y cuyo destino no nos importa en absoluto. Estoy de acuerdo en que debemos dar solución a aquellos problemas que vivimos, pero tenemos que ser conscientes del resto de problemas y hacer lo posible para darles solución en el futuro.

Debemos disculpar en parte el proceder de la mayoría de personas amantes de los animales, dado que no han llegado a pensar en el problema seriamente. Después de todo, el comportamiento de una persona en relación con un animal doméstico es indicativo, indiscutible, de su carácter y naturaleza. Aquéllos que cometen brutalidades con los animales no pueden ser jamás personas dignas y civilizadas. Aquel hombre que degolla diariamente, sin demasiados miramientos, a un sinfín de animales para su alimentación o su venta, no es necesariamente un indeseable. Ha nacido en un mundo que acepta como natural su proceder, por ello es mucho más censurable aquél que, sin razón alguna, da una patada a un perro o le tira una piedra. Estas personas poseen malos instintos. Sin embargo el amante de los animales que se conciente del problema, una vez leído este libro, tiene la obligación o de rectificar de acuerdo con su moralidad o cuanto menos ser consciente de que obra mal, aunque la falta de voluntad le impida comportarse correctamente y renunciar a muchas cosas que ahora le parecen indispensables.

De momento la lucha debe dirigirse muy directamente contra las personas crueles, pues son un peligro evidente. Mientras las leyes existen se hallan controladas, pero en cuanto dejan de existir, se convierten en fieras desalmadas pues, como decía Quevedo el hombre que se convierte en bestia, y es fácil de dar en tal, se convierte en la peor de todas y en una manifestación multitudinaria o en una revolución se convertirán en seres sanguinarios. Contrariamente, aquel que ama a los animales no puede ser mal hombre. Si protege a un animal también protegerá a un ser humano. De

esto no debe nadie tener la más mínima duda, es una verdad cierta e indiscutible como la vida misma. El peligro se halla en que esos crueles y salvajes hombres reprimidos por el bozal de la fuerza pública se desaten en cualquier momento creando un mundo de terror y salvajismo. En contra de éstos, debemos estar dispuestos a luchar si ello es necesario. Lo primero intentar su regeneración por medio de la educación, pero si no están dispuestos a educarse en los nuevos principios de regeneración, no debemos —obligados por una perjudicial sensiblería— dejar de hacerles frente. Nuestro mundo sigue siendo un mundo de lucha y debemos luchar para lograr que estos principios que yo he apuntado vayan convirtiendo a nuestra elevada civilización en una elevada cultura.

CONCLUSION

Como conclusión incluimos dos textos íntegros. Uno es la carta de Wagner en contra de la vivisección pues contiene argumentos muy interesantes y son testimonio de una de las personalidades históricas que más ha hecho en favor de los animales y también incluimos, seguidamente de esta "Conclusión", el texto íntegro de la narración corta de Mark Twain "Memorias de una perra". En un principio había pensado que dicha narración precediese a todo el libro, pero pensé más tarde que una vez leída, todo lo demás aparecería gris, oscuro, sin sentido, mediocre. Mark Twain nos ofrece en esta lírica obra, la visión de un poeta que sabe introducirse en la mentalidad de una perra y que nos transporta a un mundo de inocencia y pureza extraordinarios. Su lectura servirá de maravilloso colofón a este modesto escrito que persigue únicamente el lanzar el primer grito, con el deseo de que sea secundado por otros, en favor de esas criaturas inocentes y puras que Dios ha puesto a nuestro lado, para que las protejamos y amemos.



MEMORIAS DE UNA PERRA

Mi padre era un San Bernardo y mi madre una perra pastor; yo he nacido rebelde, en opinión de mi madre, pues no hago ningún caso de estas cuestiones. Las considero cosas que nada significan. A mi madre, en cambio, la entusiasman; nada le gustaba tanto como repetirlo a los otros perros, que la contemplaban entonces con asombro y admiración, preguntándose dónde habría adquirido una altura tan distinguida. En realidad, no era altura auténtica, era simplemente retentiva. Mi padre oía estas palabras en el comedor, en la sala de estudios o acompañando a los niños a la escuela... Cuando oía una palabra nueva, se la repetía a sí misma varias veces para grabarla en su mente, y de este modo podía decirla en la siguiente reunión de perros de la vecindad. Era extraordinario ver la sorpresa y la envidia que en ellos causaba, desde el pequeño pequinés hasta el rudo perro de presa. Esto la compensaba de todas sus dificultades.

Cuando un forastero asistía a la reunión, se superaba a sí misma y cuando aquél, pasada la primera sorpresa, se reponía, nunca dejaba de preguntar qué quería decir aquella palabra ¡Menudas explicaciones las que ella daba! El forastero entendía tan poco de todo aquello que creía con certeza haber comprendido mal lo que le decían; asimismo, cuando ella había contestado, el interlocutor se creía cubierto de vergüenza, mucho mayor, que la que esperaba causarle mi madre.

Lo más divertido era la expresión que adoptaban nuestros compañeros durante este diálogo: sabían desde el principio cómo acabaría aquello, y sentíanse extraordinariamente orgullosos de mi madre. Cuando había explicado el significado de una de aquellas grandes palabras todos se mostraban tan admirados que, ni una sola vez dudó nadie de su absoluta certeza. Y esto era perfectamente natural, puesto que respondía tan rápido y con tanta seguridad que parecía un diccionario ambulante y, por otra parte, ¿qué perro hubiera podido decir que se equivocaba? Era la única, de toda la reunión, que se había formado en sociedad.

En cierta ocasión descubrió la palabra "intelectualidad"; la repitió con frecuencia durante la semana, como tenía por costumbre, ganándose, también como de costumbre, admiradores y enemigos. Advertí entonces que cada vez que le preguntaban por el significado, durante toda la semana, no dió nunca la menor explicación. Esto prueba más presencia de ánimo que cultura. Como es de suponer, nada dije; es elemental suponerlo.

Tenía siempre a mano una palabra, una especie de tabla de salvación para el caso de que una inesperada curiosidad pudiera hacerle perder la serenidad; era la palabra sinónimo. Cuando era preciso repetir la explicación de un vocablo que tuvo sus momentos de apogeo semanas antes, y cuya explicación estaba ya olvidada, los forasteros se sorprendían mucho, quedando silenciosos por un momento, pero luego, como ya mi madre había seguido hablando sin detenerse para nada, ellos le pedían que les aclarase su duda. Entonces los perros allí reunidos veían temblar un instante su piel y luego, adoptando de nuevo su aire de seguridad, exclamaba muy convencida, con una serenidad digna de mejor causa: "Es un sinónimo de esotérico", o "Es sinónimo de...", a lo que añadía otra endiablada palabra de longitud desmesurada, que se retorció en la boca como un reptil en la arena.

En seguida hablaba de otra cosa, muy desdeñosa, mientras los forasteros quedaban abochornados y estupefactos y los habituales de la reunión batían la cola sobre la tierra, transfigurados en júbilo.

También tenía debilidad por las frases largas. Mi madre las recogía por cualquier sitio y las conservaba en la memoria, repitiéndolas cada cinco o seis minutos, durante dos mañanas como mínimo, cada vez de una manera distinta, puesto que no recordaba más que la frase, pero no su significado. Sabía muy bien que los otros perros no tendrían suficiente valor para insistir en sus preguntas.

Era extraordinaria. Jamás temió que se descubriese su superchería; tanta seguridad tenía en la ignorancia de sus semejantes. En ocasiones, refería anécdotas, ante las cuales la familia y los invitados habían estallado en carcajadas, durante la comida y, con frecuencia, acoplaba la palabra de un "calambour" a otro "calambour". Al explicarlo, se dejaba caer al suelo, revolcándose de risa de una manera exagerada. Sin embargo, me dí cuenta de que ella comprendía que las anécdotas no divertían a los otros. En realidad, no importaba lo más mínimo; los otros se reían y se revolcaban, más exageradamente aún, avergonzados de no ver la gracia que pudiera tener la cosa y sin comprender que no era culpa suya.

Habrán comprendido ustedes que mi madre tenía un carácter algo vanidoso y frívolo, pero también tenía virtudes para compensarlo. Tenía buen corazón y maneras afectuosas.

Nunca tuvo resentimientos por algo que le hubieran hecho, limitándose a olvidar toda injuria o descortesía. Educó convenientemente a sus hijos y fue por ella que aprendimos a ser valientes y decididos ante el peligro, sin pensar en nuestra salvación, sino en enfrentarnos con él para ayudar a un amigo e incluso a un desconocido, olvidando los riesgos. Nos educó, no sólo explicándonos lo que debíamos hacer, sino demostrándonoslo, lo cual es el sistema más directo, el más seguro y el más consciente. ¡Cuántas cosas hermosas, heroicas y buenas fue capaz de hacer! Era tan modesta que nadie podía dejar de admirarla. Pero mi madre hubiera rehusado incluso cualquier felicitación. Lo único que le importaba era cumplir con su deber.

II

Una vez crecida, fuí vendida y me llevaron lejos. Nunca más volví a ver a mi madre. Esto le partió el corazón igual que a mí, y lloramos mucho. Ella me consoló lo mejor que pudo, diciéndome que estábamos en el mundo para un fin digno y bueno, que debíamos cumplir con nuestra obligación sin quejarnos, vivir para el bien y la felicidad de los otros sin preocuparnos del resultado, cosa que no nos interesaba. Añadió que los hombres que siguen esta línea de conducta tendrían una magnífica recompensa en el otro mundo, y que nosotros, los animales, que no íbamos a ir, debíamos esforzarnos en realizar acciones justas y buenas sin esperar un premio, puesto que ellas mismas darían a nuestra existencia una dignidad y un valor que en sí era ya un pago a tales acciones. Estas ideas las había aprendido mientras acompañaba a los niños a la escuela y las había conservado en su memoria mucho más profundamente que cualquier palabra nueva o alguna frase altisonante. Ella las había estudiado profundamente para entenderlas, para bien suyo y nues-

tro. Puede comprenderse así que tenía una profunda inteligencia, junto a una ligereza un tanto vana.

Nos despedimos, mientras nos mirábamos por última vez a través de nuestras lágrimas. Entonces añadió algo que había guardado hasta el último instante, para que me acordase mejor y fue:

Cuando veas algún peligro, te pido, en recuerdo mío, que no pienses en tí misma, sino en mí y que hagas lo que yo hubiera hecho.

¿Podía yo olvidar esta recomendación? Desde luego que no.

III

Mi nueva residencia era muy hermosa. Era una vasta vivienda, muy blanca, con ricas alcobas decoradas con cuadros y muebles costosos. No había ni un solo rincón sombrío. Por todas partes entraba el sol para arrancar destellos multicolores de los adornos de los cristales. Y en torno a ella jardines y flores, frondosidad sin fin. No me dieron un nombre distinto, sino que conservé el que me puso mi madre: "Elisa querida" Lo repetía en forma de cántico; sin duda los Gray, mis nuevos amos, conocían esa tonada y la hallaron a su gusto.

Mistress Gray, de unos treinta años, era muy bella y dulce y Saddie, su hija, que contaba unos diez años de edad, se le parecía mucho. En realidad era su misma imagen, más pequeña y más alocada, con una larga trenza negra a la espalda y faldas cortas.

También había un niño de un año, gordezuelo y robusto que me quería mucho y nunca se cansaba de tirarme de la cola, de abrazarme y de reír de sus inocentes bromas. Mister Gray era delgado, simpático y alto, siempre alerta y despierto, cuyos movimientos estaban llenos de vida. Era un sabio de fama. No sé lo que esto quería significar, pero mi madre lo hubiera aprovechado muy bien; con esta palabra hubiera llenado de confusión a un "terrier" y hecho enrojecer a un "bulldog". Pero aún había otra palabra más inexplicable: la mejor de todas, sin duda: "laboratorio". Con ella, mi madre hubiera mareado a toda una corte de perros. El laboratorio no era un libro, ni un cuadro, como aseguraba el perro del abogado, nuestro vecino. No, nada tenía que ver con el "arte de la oratoria"; era algo muy distinto. Era una habitación amplia, llena de botellas, de ampollas y de frascos de vidrio y de hornos de todas clases. Cada semana, varios sabios se reunían allí, ensayaban, encendían los hornos y discutían, haciendo lo que ellos llamaban experimentos. Yo asistía a ellas con frecuencia, en un intento de aprender algo, en recuerdo de mi madre y por amor a ella, aunque a mí me resultara muy pesado. Por otra parte nada conseguí. Pese a todos mis esfuerzos, nunca llegué a entender ni a retener nada.

Otras veces descansaba a los pies de la dueña de la casa, en su tocador. Ella apoyaba sus pies sobre mi espalda, cosa que me gustaba mucho.

En ocasiones, me iba a pasar un rato con los niños, donde me sentía muy feliz. Vigilaba el cesto del niño mientras éste dormía y la nodriza debía ausentarse. También corría desesperadamente por el jardín, junto con Saddie, hasta que nos sentíamos extenuadas, y luego me tendía a dormir bajo la sombra de un árbol, mientras ella leía. Con frecuencia, me entretenía visitando a los perros de los vecinos. Los había muy agradables en las casas cercanas, espe-

cialmente un "setter", guapo y galante, que se llamaba "Robin Adair". Era rebelde como yo y pertenecía a un pastor escocés.

Los sirvientes de nuestra casa me trataban con mucho afecto y con mucha consideración. No es posible imaginar una vida mejor para un perro, que la mía. Digo esto, como reflexión propia, pero es la pura verdad. Me esforzaba en hacer siempre lo mejor, para honrar la memoria de mi madre y para aprovechar sus enseñanzas y, también para gustar las cosas agradables de la vida.

Al fin nació mi perrito y mi dicha rebasó la medida.

Aquella cosa minúscula era lo más lindo que hay en el mundo. Era delicado, dulce, sus torpes patitas no le sostenían casi, sus ojos tenían una expresión tierna ¡y su aspecto era tan manso y tan inocente! Me sentía muy orgullosa de ver hasta qué punto los niños y su madre le adoraban y se sorprendían de todas las cosas maravillosas que sabía hacer. ¡La vida era demasiado, demasiado hermosa!

Llegó el invierno. Un día me había instalado en la cámara de los niños, es decir, dormía sobre el lecho. El niño dormía también en su cunita, que se encontraba junto a la cama, entre ésta y la chimenea. La cuna estaba cubierta por un dosel de tejido excesivamente ligero. La nodriza había salido y dormíamos los dos solos. Supongo que una chispa desde la chimenea, alcanzó el tisú. Pero todo continuó en calma. De súbito, me despertó un grito del niño y ví la cuna envuelta en llamas que se elevaban hasta el techo. Antes de tener tiempo de pensar en otra cosa, en mi terror, salté del lecho, dirigiéndome a la puerta. Pero en seguida me dí cuenta de lo que debía hacer y volví a subir al lecho. Me había acordado de las últimas palabras de mi madre. Introduje la cabeza por entre las llamas y sujeté al niño con los dientes por los pañales. Tiré de él y caímos juntos al suelo, envueltos en nubes de humo. Le sujeté de nuevo y arrastré a la llorosa criatura hasta la puerta de la sala. Me disponía a alejarme aún más, cuando una voz exitada y enfurecida, la de mi amo, exclamó:

— Fuera de aquí.

Dí un salto, para escaparme, pero era terriblemente ágil y me persiguió, blandiendo su bastón. Asustada, quise esquivar los golpes, pero al fin me alcanzó en la pata delantera izquierda, lancé un grito y me desplomé. El bastón iba a abatirse nuevamente sobre mí, pero permaneció en el aire en el preciso instante en que la nodriza gritaba con todas sus fuerzas:

— ¡Fuego! ¡Fuego!

El amo echó a correr en dirección a la sala y pude salvar mis huesos.

La pata me dolía de un modo terrible, pero no podía pensar en eso y preocuparme tan sólo de huir. Con sólo tres patas, me encaminé hacia el extremo del salón, donde una pequeña escalera negra conducía a un sótano donde se guardaban toda suerte de objetos raros y al que no se le hacía el menor caso. Con grandes esfuerzos, cojeando y buscando el camino en la oscuridad, me dirigí hacia el rincón más oscuro de todo el desván. Era estúpido tener miedo allí, pero no podía evitarlo; tal terror sentía que contuve mis deseos de gemir, aunque esto me hubiera aliviado mucho. ¡Es tan agradable poderme lamentar! Pero me entretuve lamiéndome la pata y esto ya fue bastante útil.

Durante media hora hubo un gran escándalo en la casa; escándalo de gritos y de pasos y luego renació la calma. Esta no duró más que unos mi-

nutos, pero lo recibí con alegría, pues mis temores comenzaron a decrecer y el miedo es mucho peor que el dolor. De pronto oí algo que me heló la sangre en las venas. ¡Me llamaban! ¡Me llamaban por mi nombre! ¡Me estaban buscando!

La distancia disminuía un poco el sonido de las voces, pero no hacía lo mismo con mi miedo. Fue el peor momento de toda mi vida. Los gritos se oían en lo alto, iban y venían, sonaban en la planta, a través de las habitaciones, desde el sótano hasta el jardín. Luego, se fueron alejando, cada vez más, hasta hacerse imperceptibles. Pero volvieron nuevamente y resonaron en toda la casa y creí que nunca iban a detenerse. Al fin, cesaron, pero muchas horas después de que la vaga penumbra del desván dejara paso a las tinieblas más absolutas.

Entonces, en la tranquilidad de aquel momento, mi espanto desapareció por completo y pude dormir con tranquilidad. Pude descansar un buen rato, pero me desperté antes de amanecer. Me encontraba mucho mejor y pude reflexionar acerca de lo que debía hacer. Mi plan era magnífico, y consistía en descender hasta la planta y dirigirme hacia la puerta trasera, salir a la calle y escapar cuando el lechero trajese la provisión para el día. Me ocultaría en las cercanías durante todo el día y me alejaría de allí por la noche. Huir, sí, huir hacia no importa qué lugar, donde nadie me conociese y no pudiera devolverme a mi amo. Me sentía muy animada, cuando un súbito estremecimiento me invadió ¿qué sería de mi vida sin el pequeño? Me sentía descorazonada.

¡Nada podía hacer! ¡Mi situación era desesperada! Debía quedarme donde estaba, esperando y aceptando lo que sucediera, que estaba por encima de mi voluntad. Así era la vida. Mi madre lo había dicho ya...

Y entonces comenzaron nuevamente las llamadas. Y también mi terror. No sabía qué pude haber hecho para enfurecer de aquel modo a mi amo. Juzgué que debía ser algo incomprensible para un perro, pero sorprendentemente claro para un hombre.

Me llamaron insistentemente, durante varios días y varias noches, por lo que a mí me parecía. Duró tanto que el hambre y la sed comenzaron a torturarme y a debilitarme. En estas ocasiones, el sueño es un gran sedante; dormí mucho. Cierta mañana, me desperté, sobresaltada. Me pareció que las voces que me llamaban se encontraban allí mismo, en el desván. ¡Era cierto! Era la voz de Saddie. Lloraba, mientras iba repitiendo mi nombre, la pobre pequeña y casi no pude dar crédito a lo que oía. Mi júbilo fue demasiado grande cuando dijo:

—Vuelve, vuelve y perdónanos. Estoy tan triste sin mi querida...

La interrumpí con un ladrido de agradecimiento y un minuto más tarde, Saddie, saltando por encima de los trastos almacenados en el desván, llamaba a todo el mundo, gritando con todas sus fuerzas:

— ¡La he encontrado! ¡La he encontrado!

Los días que siguieron resultaron maravillosos por completo.

Mistress Gray y toda la servidumbre dejaron de mimarme para adorarme literalmente. Nunca les parecía mi lecho suficientemente mullido y mi comida lo suficientemente escogida. No había asado, pastel o postre que desde el primer momento no pretendiera hacerme probar. Diariamente enteraban a los visitantes, a los amigos, de mi heroísmo; esto es el nombre

de lo que yo había hecho y que significa algo como agricultura. Recuerdo que mi madre lo explicó delante de un corro numeroso, pero no dijo lo que significaba agricultura, a excepción de que era un sinónimo de incandescente.

Así, una docena de veces cada día, mistress Gray y Saddle referían a las visitas cómo yo había arriesgado mi vida para salvar al niño, mostrando nuestras quemaduras como prueba. Todos me acariciaban, examinándome con atención, al tiempo que la ternura brillaba en los ojos de mis dueñas. Luego, cuando alguien comentaba la causa de mi cojera, parecían confusas y cambiaban súbitamente de conversación, pero si insistían haciendo preguntas, me parecía ver como se empañaban sus pupilas, igual que si fueran a llorar.

Todo estaba muy lejos de no ser más que una gloria pasajera. En cierta ocasión en que vinieron una veintena de amigos del amo, los más distinguidos, me llevaron al laboratorio y comenzaron a hablar acerca de mí como si se tratara de alguien desconocido. Uno dijo que era maravilloso ver en un animal, incapaz de transmitir sus pensamientos, tal prueba de instinto, que casi parecía talento. Pero el amo le atajó con vehemencia:

Desde luego, es instinto. Pero mejor sería llamarlo razonamiento. Cuántos hombres, destinados, como ustedes y yo, a un mundo mejor, demuestran menos inteligencia verdadera que estos estúpidos cuadrúpedos destinados a desaparecer. Rió añadiendo—: No crean que ironizo. Mírenme a mí: con toda mi inteligencia, lo primero que supuse fue que se había vuelto rabioso y que iba a destruir al niño. No sé si es talento, pero desde luego hay razonamiento en las bestias, pues de otro modo el niño habría muerto.

Discutieron durante un buen rato y yo fuí el centro de su conversación. ¡Cómo me hubiera gustado que mi madre hubiera podido presenciar todos los honores que recibí! ¡Qué orgullosa se hubiera sentido!

Luego hablaron de óptica, como lo llamaban, y discutieron la cuestión de si una herida en el cerebro podía cegar, pero no pudieron ponerse de acuerdo, decidiendo que sería preciso hacer la experiencia más tarde. Hablaron luego de las plantas, lo que me interesaba mucho puesto que, durante el verano, Saddle y yo íbamos a sembrar semillas: la ayudaba a hacer hoyos en el suelo y, días más tarde, una cosa verde surgía de donde hubo los hoyos. Esto parece imposible, pero yo lo he podido comprobar y hubiera querido explicarles muchas cosas a aquella gente para que vieran cuántas cosas sabía sobre el particular, y lo mucho que me interesaba. Sin embargo la óptica no me interesaba lo más mínimo. Era tan aburrido como la lluvia y cuando ví que volvían a esta cuestión, me marché, disponiéndome a dormir.

Llegó, por fin, la primavera y todo se hizo más bonito. Mi ama y los niños, después de habernos acariciado a mi pequeño y a mí, se fueron a pasar unos días a casa de sus parientes. El amo no se preocupaba de nosotros, pero jugábamos mucho juntos y la servidumbre era bondadosa, de modo que éramos felices, contando los días que faltaban para el regreso de los amos.

Cierto día, aquellos señores volvieron al laboratorio y dijeron que ya era tiempo de realizar la experiencia. Se llevaron a mi pequeño. Yo les seguí, cojeando, muy contenta y muy orgullosa, porque toda la atención que se

nuación la carta abierta de Richard Wagner al Dr. Weber, apoyando su lucha contra la vivisección, aunque no escrita en forma poética, nos muestra la opinión de un gran hombre, poniendo de manifiesto que el sufrimiento de un animal no puede justificarse por el simple hecho de que sirve a la ciencia. La protección a los animales no puede excusarse con la vana excusa de que se sirve a la ciencia. La afirmación siempre repetida de que el hombre es superior al animal es cierta, siempre y cuando el ser humano, a través de un comportamiento como el referido por Twain, no demuestre justamente lo contrario. No se puede hacer sufrir en nombre de la ciencia, ni torturar en nombre de la humanidad. El progreso científico, técnico, práctico, no tiene derecho a avanzar si ha de ser a costa de un retroceso moral, ético y humano, como en el siempre creciente y actual problema de los experimentos con animales con fines científicos. La utilidad no puede justificar la inmoralidad. Twain lo explica maravillosamente en esta genial obra de pura poesía, Wagner lo expone al público de su tiempo con palabras más frías, pero ambos son hombres cuya grandeza espiritual, supera a los políticos y politiquillos de un mundo que sólo habla de derechos y no de obligaciones. De un mundo que sin duda avanzaría hacia sendas de auténtica moralidad y ética, aún a costa de la pérdida de una parte del bienestar, si en lugar de ser gobernado por el tecnocratismo político profesionalizado y embaucador, lo fuera por alma como las de estos dos artistas que han hecho más bien al mundo que todas las cartas de derechos del hombre).



Muchos famosos son amantes de los animales. En esta página, fotos de personajes variados de la historia y la vida social. De izq, a der. y de arriba abajo: Brigitte Bardot, Doris Day, Gerald Ford, John Wayne, Hermann Goering, Bismarck y Hitler.



CARTA ABIERTA A ERNST VON WEBER (AUTOR DE: LAS CAMARAS DE TORTURA DE LA CIENCIA

Apreciado Señor:

Me cree Vd. capaz de poder ayudarle, con mi palabra, en la campaña tan enérgica que Vd. ha emprendido recientemente contra la vivisección, y parece, a este respecto, tomar en consideración el número bastante considerable de amigos cuyo gusto por mi arte me ha proporcionado. Aunque su edificante ejemplo me incita vivamente a intentar responder a su deseo, es sin embargo menos la confianza que posee en mi poder lo que me decide a imitarle, que un vago sentimiento de necesidad de estudiar, incluso en este campo tan alejado en apariencia de aquéllo que interesa a los artistas, el carácter de la influencia artística que muchas personas me han atribuído hasta la fecha.

Ya que una vez más encontramos, en el caso, actual, el espectro de la "ciencia" que se ha convertido, en nuestra época materialista, desde la mesa de disección hasta las fábricas de fusiles, en el demonio del utilitarismo, juzgado únicamente digno de afecto por parte del Estado, creo que, interviniendo en la cuestión actual, constituye ya una ventaja para mí el hecho de que tantas voces graves y bien autorizadas se hayan elevado en su favor, denunciando al buen sentido las aserciones erróneas, cuando no mentirosas, de nuestros adversarios.

Por otra parte, ciertamente se ha otorgado un lugar tan importante al puro "sentimiento" en la discusión de este asunto, que hemos proporcionado excelentes ocasiones a los burlones y chistosos con mala idea, que casi son los únicos que se ocupan de nuestros discursos, de defender los intereses de la "ciencia". A mi entender, sin embargo, se está discutiendo aquí la cuestión más grave de la humanidad, de suerte que las convicciones más profundas no podrán adquirirse más que después de un examen verdaderamente serio de este "sentimiento" del que tanta burla se ha hecho. Intentaré de buen grado seguir este camino, en la medida que mis débiles facultades me lo permitan.

Lo que me ha frenado hasta el presente a entrar en una de estas asociaciones protectoras de animales que existen, es que todos los llamamientos y todas las instrucciones que les veía publicar se basaban casi exclusivamente en el principio utilitario. Y es que, sin duda, lo que en primer lugar importa a los filántropos que se han dedicado hasta el presente a la protección de animales es probar al pueblo su utilidad para así obtener un mejor trato. Pues los resultados de nuestra civilización actual no nos permiten invocar otros motivos más que la búsqueda de un beneficio en las acciones humanas del ciudadano. En este preciso momento podemos comprobar hasta qué punto somos todavía extraños a un motivo exclusivamente noble de tratar bien a los animales, y qué poca cosa se ha podido obtener realmente de la práctica corriente: los representantes de la línea de conducta adoptada hasta el momento por las sociedades protectoras contra la barbarie más inhumana seguida contra los animales, la que se ejerce en nuestras salas de vivisección autorizadas por el Estado, no sabrían emitir ni un solo argumento concluyente desde que se hace valer, para defenderla, la utilidad de esta barbarie. Quedamos casi totalmente limitados a discutir exclusivamente esta utilidad; y si se hubiese llegado a poder demostrarla con absoluta certi-

dumbre, sería precisamente la sociedad protectora de animales quien, siguiendo su línea de conducta acostumbrada, habría favorecido la crueldad más indigna de la humanidad contra sus propios protegidos.

Por consiguiente, para conservar nuestros sentimientos de simpatía con respecto a los animales, contamos, como única ayuda, con llegar a hacer reconocer oficialmente la inutilidad de esta tortura científica de los animales; esperemos que podamos conseguirlo. Aún cuando nuestros esfuerzos hubiesen obtenido un éxito completo en este aspecto, no se habría logrado nada definitivo y bueno para la humanidad en tanto la tortura de los animales sea abolida únicamente en razón de su inutilidad, lo que habremos conseguido es desfigurar y matar casualmente la idea que dió lugar a nuestras sociedades protectoras de animales.

Aquéllos que, para evitar los sufrimientos prolongados a voluntad de un animal, necesitan otro motivo distinto del de la pura piedad, no podrán nunca sentirse verdaderamente inclinados a reprimir los malos tratos a animales por parte del prójimo. Quien quiera que se haya rebelado a la vista del martirio de un animal, no ha sido arrastrado a ello más que por un sentimiento de piedad; quienquiera que se une a otros para proteger a los animales, no lo hace más que movido por la piedad; piedad totalmente desinteresada e inaccesible a todo cálculo de utilidad o inutilidad. Pero el hecho de que, a la cabeza de todos nuestros llamamientos y avisos dirigidos al pueblo, no nos atrevamos a colocar esta piedad como el único móvil discutible que nos mueve, eso sí que demuestra la maldición de nuestra civilización y la confirmación de que las religiones de nuestras iglesias oficiales se han quedado sin Dios.

Ha sido necesaria en nuestro tiempo, la enseñanza de un filósofo (1) que combate de la forma más despiadada todo lo que hay de falso y malsano, para demostrar que la "piedad" fundada en la naturaleza más íntima de la voluntad humana, es la única base verdadera de toda moral. Se han burlado de él; el Senado de una Academia de Ciencias ha llegado incluso a colocarle con indignación en el Índice; pues la virtud, desde el momento en que no se halla prescrita por la revelación, no sabría tomar su fundamento más que en las meditaciones de la razón. La piedad, considerada del punto de vista de la lógica, fue incluso tachada de egoísta por excelencia; se ha pretendido que la piedad no se vería motivada más que por la visión de un sufrimiento extraño que en realidad no causa dolor a nosotros mismos, pero no por el sufrimiento extraño en sí, el cual intentaríamos reprimir con el fin únicamente de suprimir su efecto doloroso sobre nosotros mismos. ¿Qué ingeniosos hemos llegado a ser con el fin de defendernos, hundidos en el fango del más vil de los egoísmos, contra los remordimientos motivados por sentimientos comunes a todos los hombres! También se ha despreciado la piedad con el pretexto de que se la ha encontrado frecuentemente hasta en los hombres

(1) Se refiere a Schopenhauer.

más groseros, como mínimo de instinto vital; con esa excusa, se ha llegado a confundir la piedad con la pena que los testigos de todo infortunio público o doméstico experimentan tan fácilmente y que traducen, como a menudo podemos comprobar, en una simple inclinación de cabeza para después dar la vuelta con un alzamiento de hombros. Hasta el momento en que un hombre destaca entre la multitud, a quien la verdadera piedad impulsa a prestar un socorro eficaz.

Aquél que no sienta inclinación a la piedad y que no haya sobrepasado esta débil pena, se sentirá feliz de poderse pasar sin ella y de ahí experimentará un perfecto y agradable desdén hacia la humanidad. Será difícil, en efecto, remitir este hombre a su prójimo para aprender de éste a practicar la piedad a su manera; pues, en general, es cosa bastante difícil, en nuestra sociedad burguesa reglamentada por la ley, obedecer al precepto de nuestro salvador: "Ama a tu prójimo como a tí mismo".

En general, nuestro prójimo es muy poco digno de nuestro amor, y en la mayoría de los casos, la prudencia nos aconseja esperar del prójimo la prueba de su amor; igualmente, no tenemos ningún motivo para fiarnos de la simple declaración de su amor. Si lo examinamos todo con detalle, veremos que el Estado y la Sociedad se hallan combinados de tal forma que, según las leyes de la mecánica, se hace muy soportable el pasarse sin el amor ni la piedad del prójimo. Queremos decir con esto que al apóstol de la piedad le costará muchos esfuerzos aplicar su doctrina, de hombre a hombre primero, pues hasta nuestra vida familiar, tan degenerada en nuestros días, bajo la postración de la miseria y la búsqueda de nuevas distracciones sería ya incapaz de dar un buen ejemplo. También es bastante dudoso que estas doctrinas sean acogidas con entusiasmo por parte de la administración del ejército que, como sabemos, mantiene más o menos el orden en toda nuestra existencia política, excepto en la Bolsa; ella le probaría que hay que comprender la piedad en un sentido muy distinto al que cree, es decir "en gros" (1), sumariamente, como medio de abreviar los sufrimientos inútiles de la existencia con proyectiles que dan en el blanco con precisión cada vez más perfecta.

En cambio, la "ciencia", revestida de sanción oficial, parece haberse encargado de practicar la piedad en la sociedad civil, poniendo en práctica profesionalmente sus dádivas. No queremos hablar aquí de los resultados de la ciencia teológica que arma a los pastores de almas de nuestros municipios con el conocimiento de los impenetrables misterios de la divinidad; y supondremos por un momento, que la práctica de esta profesión incomparablemente hermosa no habrá prevenido a sus discípulos contra una propaganda como la nuestra. Es cierto, desgraciadamente, que sería demasiado exigir del dogma estricto de la Iglesia, que únicamente considerase como base suya el primer libro de Moises, que reclamase la piedad de Dios hasta para los animales creados para beneficio del hombre. Sin embargo, en nuestros días, se pueden superar muchas dificultades y el buen corazón de un cura filántropo ha encontrado ciertamente, en el ejercicio del gobierno de las al-

(1) En francés en el original.

mas, muchas ocasiones que podrían haber dispuesto su espíritu dogmático en favor de nuestra causa. Aun cuando existan dificultades en la teología para reclamar la simple piedad en favor de sus fines, encontraríamos sin embargo perspectivas tanto más estimulantes al examinar la ciencia médica, que anima a sus discípulos con vistas a una profesión consagrada únicamente a aliviar los sufrimientos humanos. El médico puede parecernos realmente el salvador laico de la vida, ninguna otra profesión puede compararse a la suya dados los palpables beneficios de su ejercicio. Llenos de confianza en él, debemos respetar a quien le presta los medios para curarnos de los crueles sufrimientos, es por ello por lo que contemplamos la ciencia médica como la más útil y preciosa, y estamos dispuestos a sacrificarlo todo a su ejercicio y a sus exigencias; es ella, en efecto, la que nos dá la práctica verdaderamente privilegiada de la piedad activa y personal, algo tan raro de encontrar entre nosotros.

Cuando Mefistófeles pone en guardia contra el "veneno oculto" de la teología, queremos ver esta advertencia tan maliciosa como su sospechoso elogio de la medicina, a la que intenta, para consolar a los médicos, dejar el éxito de sus experiencias "a la gracia de Dios". Pero, precisamente, esta buena opinión maliciosa que profesa con respecto a la ciencia médica nos hace temer que no haga más que contener un "veneno oculto", al menos un veneno bien ostensible, que el astuto compadre no tiende más que a esconder en su provocador elogio.

Es sorprendente, sin embargo, que esta "ciencia" que generalmente se juzga como la más útil, dé a entender cada vez más claramente que no es una ciencia, y se esfuerce tanto más en sustraerse a la experiencia práctica para llegar, gracias a nociones cada vez más positivas, a la infalibilidad que quiere alcanzar por medio de operaciones especulativas. Son unos doctores médicos quienes nos informan de ello. Los operadores-profesores de fisiología especulativa pueden declararles incompetentes, (estos médicos) que se imaginaban que se trata sobre todo, en el ejercicio en el arte de curar, de la experiencia accesible únicamente a los doctores-médicos, del golpe de vista asegurado por parte del individuo dotado de aptitudes médicas especiales y, por último, de su profunda dedicación, que le hace correr en ayuda siempre que sea posible, de los enfermos que se confían a él. Mahoma, después de haber pasado revista a todas las maravillas de la creación, acabó por reconocer que la mayor maravilla es que los hombres sientan piedad los unos de los otros; nosotros, otorgamos ciegamente esta (piedad) a nuestro médico, mientras nos fiamos de él, y lo colocamos, consecuentemente, por encima del fisiólogo que especula, en la sala de disección y busca resultados abstractos para su propia gloria. Pero perdemos esta confianza cuando nos enteramos, como el otro día, que en una reunión de doctores-médicos, por miedo a la "ciencia" o temiendo ser tomados por hipócritas o supersticiosos, han llegado a desmentir las únicas cualidades dignas de confianza que los enfermos les suponen y se han constituido y vulgares servidores del martirio especulativo de los animales, al declarar que si se suprimiesen los ejercicios de disección que los estudiantes realizan sobre animales vivos, el doctor-médico no podría ya curar a sus enfermos en un futuro próximo.

Felizmente, los informes que hemos recogido sobre lo que hay de justo y verdadero a este respecto son tan perfectamente edificantes que la cobardía de estos señores no conseguiría nunca entusiasmarlos por esta tortura

que ellos recomiendan con filantropía, sino que, por el contrario, nos sentimos inclinados a no confiar más nuestra salud y nuestra existencia a un médico que toma de ello enseñanza, pues lo consideramos como un hombre incapaz de sentir piedad y que hace trampas en su oficio.

Aclarada de manera tan instructiva la horrorosa chapucería de esta "ciencia" que se recomienda sea extraordinariamente respetada y puesta bajo la poderosa protección del "gran público" y sobre todo de nuestros ministros y consejeros del príncipe, como han recomendado recientemente varios doctores-médicos en sus tratados destacables sobre todo por su elegante alemán, podemos esperar con derecho, que el espectro de la "utilidad" de la vivisección no vendrá a importunarnos en nuestros ulteriores esfuerzos; nos importará únicamente en adelante cultivar en nosotros con energía, la "religión de la piedad", a pesar de aquellos que sigan fieles al dogma de la "utilidad". Desgraciadamente, la forma que acabamos de adoptar de considerar las cosas humanas, nos ha enseñado que la piedad estaba borrada de la legislación de nuestra sociedad; pues hemos visto a nuestras instituciones médicas, bajo el pretexto de ocuparse del hombre, llegar incluso a transformarse en escuelas de brutalidad -en nombre de la "ciencia"-; ésta, un día, se desviará naturalmente de los animales contra el hombre que carecerá ya de protección contra estas experiencias.

Guiados por esta irresistible sublección que nos inspiran los terribles sufrimientos causados voluntariamente a los animales, ¿encontraremos el camino que conduce al único reino redentor que es la piedad experimentada por todo aquel que vive, como en un paraíso perdido y conscientemente reconquistado?

*

*

*

Cuando la sabiduría humana comprendió un día que el animal y el hombre se halkan animados por el mismo soplo, parecía ya demasiado tarde para desviar la maldición que habíamos atraído sobre nuestras cabezas, colocándonos al nivel de bestias feroces que consumen alimento animal: enfermedades y miserias de todo tipo a las que no veíamos expuestos a los hombres que vivían únicamente a base de vegetales. El reconocimiento que de ello hemos adquirido nos hizo comprender la profunda culpabilidad de nuestra existencia terrestre: decidió a aquéllos que se convencieron de ello a renunciar a todo lo que excita las pasiones y a abstenerse de todo alimento animal. Es a estos sabios a quienes se les desveló el misterio del mundo como un incesante movimiento de desgarramiento que no podía ser rescatado para volver a la unidad sana y tranquila más que por medio de la piedad.

Únicamente la piedad que sentía por todo ser que respira libertó al sabio de la incesante metamorfosis de todas las dolorosas existencias por las que debe pasar hasta llegar a la redención definitiva. Por esto es por lo que compadecía al hombre sin piedad para con su sufrimiento, y compadecía más profundamente todavía al animal al que veía sufrir, por saberle incapaz de ser rescatado por la piedad. Este sabio reconoció que el ser dotado de razón a alcanzado la felicidad suprema mediante mediante sufrimientos voluntarios que, por lo tanto, busca con extremo celo y soporta con pasión, mientras que el animal no espera el sufrimiento absoluto, que le resulta tan inútil, más que con la terrible ansiedad y una horrible repugnancia. Y todavía más digno de compasión les parecía a estos sabios el hombre que podía atormentar volunta-

namente a un animal y permanecer insensible a sus sufrimientos, pues sabía que ése se hallaba todavía más lejos de la redención que el mismo animal: éste, en comparación, debía aparecérselo inocente como un santo.

Algunos pueblos, expulsados hacia climas más rudos, viéndose reducidos a la alimentación animal para conservar su existencia, han mantenido hasta épocas recientes la conciencia de que el animal no les pertenece a ellos, sino a una divinidad. Sabían que matando o derribando un animal se convertían en culpables de un crimen del que debían pedir permiso a Dios; le inmolaban el animal y le ofrecían, en acción de gracias, las partes más nobles de la presa. Lo que aquí había sido un sentimiento religioso sobrevivió, después de la decadencia de las religiones, en algunas filosofías más recientes, como pensamiento rebosante de humanidad. Léase el hermoso tratado de Plutarco "Sobre la inteligencia de los animales terrestres y acuáticos". Con sensibilidad se considerarán entonces como ignominiosas las ideas de nuestros sabios y sus iguales.

*

*

*

Hasta aquí, pero no más allá ¡ay!, podemos seguir las huellas de esta piedad, fundada en la religión, que nuestros antepasados humanos sentían por los animales, y parece que el progreso de la civilización, al convertir al hombre indiferente "al Dios", le haya transformado en animal feroz; en efecto, hemos visto un Cesar romano, revestido con piel de animal, remedar en público a un animal feroz.

Un Ser divino sin mácula se cargó sobre sí la suma enorme de pecados de toda esta existencia a la que rescató mediante su dolorosa muerte. Es gracias a esta muerte expiatoria, a lo que todo ser que vive y respira puede saberse rescatado, con tal de que la haya comprendido y tomado como ejemplo para imitarla. Eso es lo que hicieron los mártires y santos que se sintieron irresistiblemente arrastrados al sufrimiento voluntario sumergiéndose en la fuente de la piedad hasta la destrucción de toda mentira en el mundo. Hay leyendas que nos cuentan que los animales se aficionaron con familiaridad a estos santos, quizás no únicamente por la protección que estos les aseguraban, sino porque además se sentían atraídos por el poderoso movíl de la compasión que de ahí se podía deducir: es que podrían lamer sus heridas y encontrarían quizás una mano afectuosa y protectora. En estas leyendas, como, por ejemplo, la de la cierva de Santa Genoveva, y tantas otras parecidas, existe probablemente un sentido que sobrepasa al Antiguo Testamento.

Ahora bien, estas leyendas han desaparecido. El Antiguo Testamento es hoy vencedor y el animal feroz se ha convertido en el animal "que calcula". Nuestro credo reza: El animal es útil, sobre todo cuando se nos somete fiándose de nuestra protección. Hagamos pues de él lo que nos parezca mejor en provecho de los hombres. Tenemos derecho a torturar mil perros fieles durante largos días si de ese modo ayudamos a un hombre a gozar del bienestar "canibalesco" de "quinientos cerdos".

El horror causado por las consecuencias de esta máxima no pudo encontrar su verdadera expresión más que cuando se nos instruyó más claramente sobre los abusos de la tortura científica de los animales y nos vimos obligados finalmente a preguntar cómo, no hallándose instruída en los dogmas de nuestra Iglesia, nuestra actitud con respecto a los animales podía ser considerada como moral y tranquilizadora de la conciencia. La sabiduría de los

Brahmanes, la misma de todos los pueblos paganos civilizados, nosotros la hemos perdido: al desconocer su conducta con relación a los animales, tenemos ante nosotros un mundo convertido en animal en el peor sentido de la palabra, (un mundo convertido) en algo infernal. No existe ni una sola verdad que, incluso aunque seamos capaces de penetrar en ella, no seamos capaces de esconder con el pretexto de nuestro egoísmo y de nuestro interés personal: en eso consiste nuestra civilización. Pero, esta vez, parece que la medida, colmada, se desborda y que pueda abrirse paso una consecuencia favorable del pesimismo activo, en el sentido del "benéfico" Mefistófeles.

Totalmente aparte, pero casi al mismo tiempo en que se manifestaban estas torturas practicadas en los animales al pretendido servicio de la ciencia, un amigo de los animales, hombre de ciencia, nos reveló, tras leales investigaciones, tras atentas lecciones y comparaciones verdaderamente científicas, las enseñanzas de una ciencia primitiva desaparecida, según la cual es el mismo soplo el que anima la vida de los animales y la nuestra, más aún, que indudablemente descendemos de los animales. Esta constatación podría enseñarnos de la manera más segura, según el espíritu de nuestro siglo sin fe, a señalar con precisión infalible nuestras relaciones con los animales y, quizás, sería ésta la única forma de que alcanzásemos la verdadera religión, la del amor a la humanidad, que el Salvador nos enseñó y afirmó con su ejemplo.

Acabamos de explicar lo que nos hace a nosotros, esclavos de la civilización, tan incomparablemente difícil la práctica de esta doctrina. Como, hasta el momento, hemos empleado a los animales no solamente para alimentarnos y servirnos, sino también para conocer, mediante los sufrimientos que les provocamos artificialmente, las enfermedades que nosotros mismos podríamos sufrir cuando nuestro cuerpo se corrompe por una vida no conforme con la naturaleza, por toda suerte de excesos y vicios, deberíamos en adelante utilizarlos en nuestra educación para purificar nuestra moralidad y hasta, tras buenos informes, como testimonios indiscutibles de la sinceridad de la naturaleza.

Nuestro amigo Plutarco nos ha dado ya un ejemplo de ello. Tuvo el atrevimiento de inventar un diálogo entre Ulises y sus compañeros, que Circe había convertido en bestias, en el que se niegan a volver a ser metamorfoseados en hombres, alegando razones de lo más persuasivas. Quien haya leído con atención este curioso diálogo, encontrará bastantes dificultades exhortando a los hombres que nuestra civilización ha transformado en brutos a recuperar su verdadera dignidad humana. No se puede esperar un verdadero éxito más que si el hombre vuelve a tomar conciencia, gracias al animal, de su naturaleza noble, su sufrimiento y su muerte nos proporcionarían la medida de la dignidad superior del hombre, que es capaz de concebir el sufrimiento como lección eficaz y la muerte como expiación que transfigura, mientras que el animal sufre y muere sin provecho alguno para sí mismo.

Despreciamos al hombre que no soporta con resignación los males que le atacan y que tiembla con insensata angustia ante la muerte: y es precisamente por esta razón por la que los fisiólogos realizan vivisecciones de animales, por la que les inoculan venenos que este hombre ha creado a consecuencia de sus vicios y prolongan artificialmente sus dolores para enterarse de cuanto tiempo podrían evitar a este miserable la angustia suprema. ¿Quién vería una idea moral en esta enfermedad o en este remedio? ¿Se acudiría

en ayuda, con los mismos procedimientos científicos, de un pobre obrero que sufriese hambre, privaciones y agotamiento? Sabemos que es precisamente ese, que — ¡felizmente! — no se aferra a la vida y la abandona de bastante buen grado, quien sirve a menudo para las experiencias más interesantes para hacer reconocer objetivamente problemas fisiológicos. De suerte que, con su misma muerte, el pobre presta igual servicio al rico, que en vida al trabajar el yeso a costa de su salud para ofrecerle un nuevo apartamento.

Esto es, sin embargo, lo que el pobre hace con estúpida inconsciencia. Se podría suponer, por el contrario, que el animal se dejaría torturar y atormentar por su dueño a sabiendas y de buen grado, si se le pudiese hacer comprender que está en juego la salud del hombre, su amigo. Esto no es mucho decir; se puede percibir esto si observamos que los perros, caballos y casi todos los animales domésticos y domados no llegan a ser adiestrados más que cuando comprenden que trabajos les pedimos. Desde el momento en que lo comprenden, los ejecutan siempre de buen grado. Las personas brutas o imbéciles, por el contrario, creen que es necesario manifestarles su voluntad mediante castigos cuya intención el animal no comprende y que interpreta mal. Y esto, como consecuencia, engendra nuevos malos tratos que quizás serían útiles si le fuesen aplicados al dueño que conoce el significado del castigo. Sin embargo, no disminuyen el amor y la fidelidad que el animal, tratado de manera tan insensata, testimonia a su verdugo. Un perro, hasta en medio de los dolores más violentos, puede ser acariciado por su amo. Los estudios de los vivisectores nos lo han enseñado: en interés de la humanidad deberíamos buscar mejor de lo que se ha hecho hasta el momento qué opiniones sobre el animal se podrían sacar de estas experiencias. Obtendríamos un beneficio meditando sobre lo que ya sabíamos de los animales y las enseñanzas que todavía podríamos sacar.

El hombre no era superior a los animales, que nos enseñan todas estas artes mediante las cuales les hemos cogido y sometido a ellos mismos, más que por el fingimiento y la astucia pero no por el valor ni la bravura; pues el animal lucha hasta que acaba por sucumbir, indiferente a las heridas y a la muerte. “No sabe ni suplicar, ni pedir gracia, ni aceptar su derrota”. Sería un error querer basar la dignidad humana en el orgullo humano, contra el de los animales, y no podemos explicar más que por nuestro mejor arte del disimulo. Nos vanagloriamos de este arte. Lo denominamos “razón” y creemos poder distinguirnos orgullosamente del animal gracias a este arte, por ser capaz, entre otras cosas, de hacernos parecidos a Dios. A lo que Mefistófeles da su propia opinión cuando encuentra que el hombre no emplea su razón “más que para convertirse en más bruto que cualquier animal”.

El animal, en su gran sinceridad e ingenuidad, no sabe valorar cuan moralmente despreciable es este arte mediante el cual le hemos sometido; reconoce en él, en todo caso, algo demoníaco y le obedece por temor. Ahora bien, si el hombre que manda ejerce la clemencia y una bondad amable con relación al animal, convertido en adelante en tímido, podemos suponer que reconoce en su dueño algo de divino y que honra y ama tan fuertemente este rasgo divino que dedica exclusivamente a su servicio sus virtudes naturales de valor, fiel hasta la más dolorosa muerte. Del mismo modo que el santo se

siente empujado irresistiblemente a testimoniar su fe en Dios mediante las torturas y la muerte, igualmente, el animal se halla inclinado a testimoniar el amor a su amo a quien venera como a un Dios. Un único lazo, que el santo ya había podido romper, une al animal, pues no puede dejar de ser sincero con la naturaleza: la piedad hacia sus pequeños. Pero ante los obstáculos que de aquí se suceden, sabe tomar una decisión. Un viajero abandonó a su perra que le acompañaba, y que acababa de parir, en la cuadra de una posada y regresó solo a su casa, a tres horas del lugar. A la mañana siguiente encontró, sobre la paja de su patio, a los cuatro cachorros y a la madre muerta junto a ellos. Había realizado el camino, lleno de ansiedad e impaciencia, llevando cada vez a uno de sus pequeños. No fue hasta el momento que hubo colocado el último en casa de su amo cuando no hallándose ya obligada a dejarlo, se abandonó en manos de una muerte retrasada por el dolor.

He aquí lo que el ciudadano "libre" de nuestra civilización denomina "fidelidad de perro", subrayando con desprecio la palabra "perro". ¿Y no tomaríamos ejemplo del animal, del que somos sus amos, ejemplo que nos edifica y nos conmueve, en un mundo en que el respeto ha desaparecido totalmente o, en donde si todavía existe, no constituye más que un fingimiento hipócrita? Cuando, entre los hombres, encontramos una fidelidad consagrada hasta la muerte, deberíamos reconocer a partir de este momento un noble lazo de parentesco con el mundo animal y ello no debería humillarnos; pues muchas razones demuestran que esta virtud es practicada por los animales más puramente, más divinamente que por los hombres. El hombre, en efecto, es capaz de reconocer en el sufrimiento y en la muerte, abstracción hecha de su valor reconocido por el mundo, una expiación que le hace feliz, mientras que el animal, sin considerar mediante razonamiento una eventual ventaja moral, se sacrifica entera y puramente por amor y fidelidad (aunque nuestro fisiólogos se encargan de explicarnos esto como un simple proceso químico de ciertas sustancias elementales).

A estos simios que, en la angustia de su impostura, trepan al árbol de la ciencia, se les debería recomendar en todo caso que examinasen no el interior de un animal vivo sino, más bien, que mirasen en sus ojos con un poco de tranquilidad de reflexión. Allí, quizás, vería el hombre de ciencia, expresado por primera vez, lo más digno que existe para los humanos: la sinceridad, la imposibilidad de la mentira, y entonces, mirando más de cerca, le hablaría de la sublime tristeza que la naturaleza siente por el orgullo lastimoso y falible del sabio: porque, cuando realiza una broma científica, el animal se toma la cosa en serio.

Que el sabio desvíe su mirada primero hacia su prójimo que, nacido en la indigencia absoluta, sufre verdaderamente, deteriorado desde su más tierna infancia por trabajos excesivos que han arruinado su salud, muriendo prematuramente por mala alimentación y tratamientos inhumanos de todo tipo, hacia este prójimo que le considera con aire inquieto, con sumisión estúpida. Quizás entonces se confesará a si mismo que ése es en todo caso y con toda certeza un hombre como él. Esto constituiría un resultado. Pero si no podeis imitar al animal compasivo que, de todo corazón, comparte el hambre de su amo, intentad sobrepasarlo ayudando a vuestro prójimo habriendo a procurarse el alimento necesario, lo que os resultaría fácil sujetándole al mismo régimen que al rico y dando ese exceso de alimento que hace que caiga enfer-

mo a quien permitiría convertir en persona sana. Y para ello no serán en absoluto necesarios manjares succulentos como las alondras que se encuentran mejor en el aire que en vuestro estómago. Pero para ello sería necesario que vuestro arte fuese suficiente. Ahora bien, no habeis aprendido más que artes inútiles.

Unos derechos a la entrega de una herencia considerable dependían de la muerte, diferida hasta cierta fecha, de un señor húngaro moribundo: los interesados pagaron enormes honorarios a los médicos para prologar su vida hasta el día fijado; se llamó a los médicos, allí existía algo interesante para la "ciencia". ¡Dios sabe cuantas sangrías y envenenamientos realizaron! Fue un éxito. Recibimos la herencia y se remuneró brillantemente a la ciencia. Con seguridad podemos pensar que tanta ciencia nunca sería empleada en beneficio de nuestros pobres obreros. Pero quizás resultaría alguna cosa más: un profundo examen de nuestro interior.

El horror que todo el mundo experimenta sin duda hacia los peores tratamientos imaginables, aplicados a los animales, en pretendido beneficio de nuestra salud — ¡y ésta sería la peor cosa que podríamos poseer en un mundo sin corazón—, (este horror) ¿no provocaría por si solo este examen, o bien sería necesario empezar por demostrarnos que esta utilidad es falsa, cuando no engañosa, y que se trataba en realidad de una vanidad de virtuoso o de la satisfacción de una curiosidad estúpida? ¿Esperaríamos que la vivisección humana realizase nuevos sacrificios en favor de la "utilidad"? ¿No es necesario que el interés del Estado tenga más valor para nosotros que el del individuo?

Un Visconti, duque de Milán, estableció una pena contra los grandes criminales de Estado que fijaba en cuarenta días la duración de las torturas mortales del delincuente. Este hombre parece haber reglamentado por adelantado los estudios de nuestros fisiólogos; estos saben prolongar los tormentos de un animal capaz de soportarlos físicamente a cuarenta días en los casos más favorables, pero menos como antiguamente, por crueldad calculada que por economía. El edicto de Visconti fue ratificado por el Estado y la Iglesia, pues nadie se subleó contra él; solo los que no consideraban estos terribles tormentos como el caso peor, se vieron motivados a luchar contra el Estado en la persona de monseñor el duque.

Que el Estado moderno se ponga en el lugar de estos "criminales de Estado" y que eche a los señores vivisectores, deshonor de la humanidad, a la puerta de sus laboratorios. ¿Dejaríamos de nuevo esta labor a los "enemigos del Estado", considerando como tales, según la más reciente legislación, a las llamadas "socialistas"? En efecto, sabemos que —mientras el Estado y la Iglesia se devanan los sesos para decidir si deben ocuparse de nuestras reivindicaciones y si no hay que temer, por otra parte, la cólera de la "ciencia" ofendida— la violenta invasión de uno de estos laboratorios de vivisección, producida en Leipzig, así como el rápido aniquilamiento de los animales despedazados, extendidos, conservados durante semanas de martirio y una buena tunda administrada al guardián que vigilaba estas horribles salas de tortura han sido considerados como atentado brutal contra el derecho a la propiedad y atribuidos a subversivas intrigas socialistas.

¿Quién no se convertiría en socialista al ver que nuestro esfuerzo contra la perpetuación de la vivisección y la petición de su abolición son rechazados por el Estado y por el Imperio?

Pero no se trataría más que de una abolición absoluta, no de una "restricción tan extendida como sea posible" bajo el "control del Estado", pues no podría tratarse de hecho el control del Estado más que de la presencia de un gendarme especialmente calificado en toda conferencia fisiológica de los señores profesores ante sus "espectadores".

Nuestra conclusión, desde el punto de vista de la DIGNIDAD HUMANA, es que ésta no se manifieste más que allí donde el hombre puede diferenciarse del animal por la piedad que sentiría por el animal mismo, pues podemos aprender del animal la piedad con relación al hombre, desde el momento en que se trata al animal razonablemente y con humanidad.

Si esta conclusión hiciese que se riesen de nosotros y si nuestros intelectuales nacionalistas nos rechazasen, si la vivisección continuase prosperando en público y en privado, deberíamos por lo menos un beneficio a sus defensores: el que, incluso como hombres, abandonaríamos fácilmente y de buen grado este mundo en donde "un perro no podría seguir viviendo por más tiempo" incluso aunque no se nos debiese interpretar un requiem alemán (1).

Bayreuth, octubre 1879
Richard Wagner

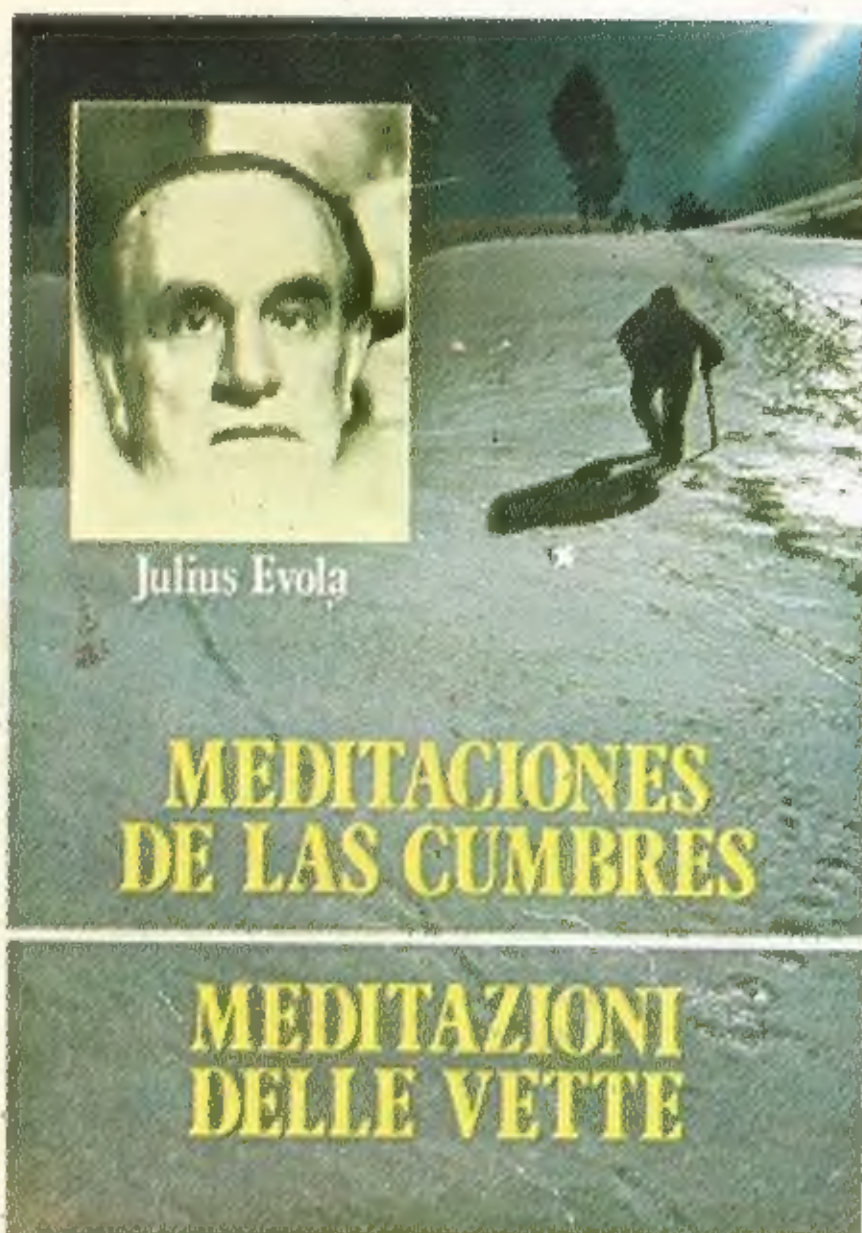
(1) Alusión al Requiem alemán de Brahms.

INDICE

Prólogo	7
El desequilibrio ecológico natural	11
Deportes sanguinarios: La caza	21
La pesca	27
El tiro de pichón	28
Las corridas de toros	29
Los tópicos	34
Zoos	38
Vegetarianismo	43
La Naturaleza	50
Los animales y los niños	53
Animales domésticos	57
La crueldad con los animales	68
Conclusión	73
Apéndices:	
Memorias de una perra	75
Carta abierta sobre las cámaras de tortura de la ciencia	84

¡NOVEDAD!

Julius Evola



JULIUS EVOLA (1898-1974) practicó el alpinismo en los años 20 y 30, escribiendo este libro. Llamado "el Spengler italiano", entre su abundante obra, editada en todos los idiomas, cabe destacar "Rivolta contro il mondo moderno", "Calcare la tigre", "La tradición hermética", etc.

MEDITACIONES DE LAS CUMBRES

La concepción de la Montaña como refugio místico donde el espíritu del hombre encuentra la más absoluta libertad es el tema base de esta obra, en la que Evola alterna ricas ideas filosóficas sobre la espiritualidad de la montaña con sus recuerdos de ascensiones al Lyskamm, al Grossglockner, etc.

Las cenizas de Evola, tras su muerte en 1974, fueron depositadas en la cumbre del Monte Rosa, donde hoy descansan.

Libro muy ilustrado en color y en negro.

Gran formato: 21x31 cms.
104 páginas. PVP: 850 pts.

Se trata de la edición más cuidada y mejor presentada que se haya realizado en todo el mundo de la obra escrita por **JULIUS EVOLA**

Si está usted interesado en recibirlo en su domicilio, corte y envíe el cupón
Ediciones de Nuevo Arte Thor C/Vallirana, 69 BARCELONA-6 (España)

Don
Calle núm Ciudad

desea recibir un ejemplar del libro **MEDITACIONES DE LAS CUMBRES** al precio
de PVP: 850 pts. cantidad que pagará: —Adjunta talón bancario

Fecha y Firma

—Contrarreembolso